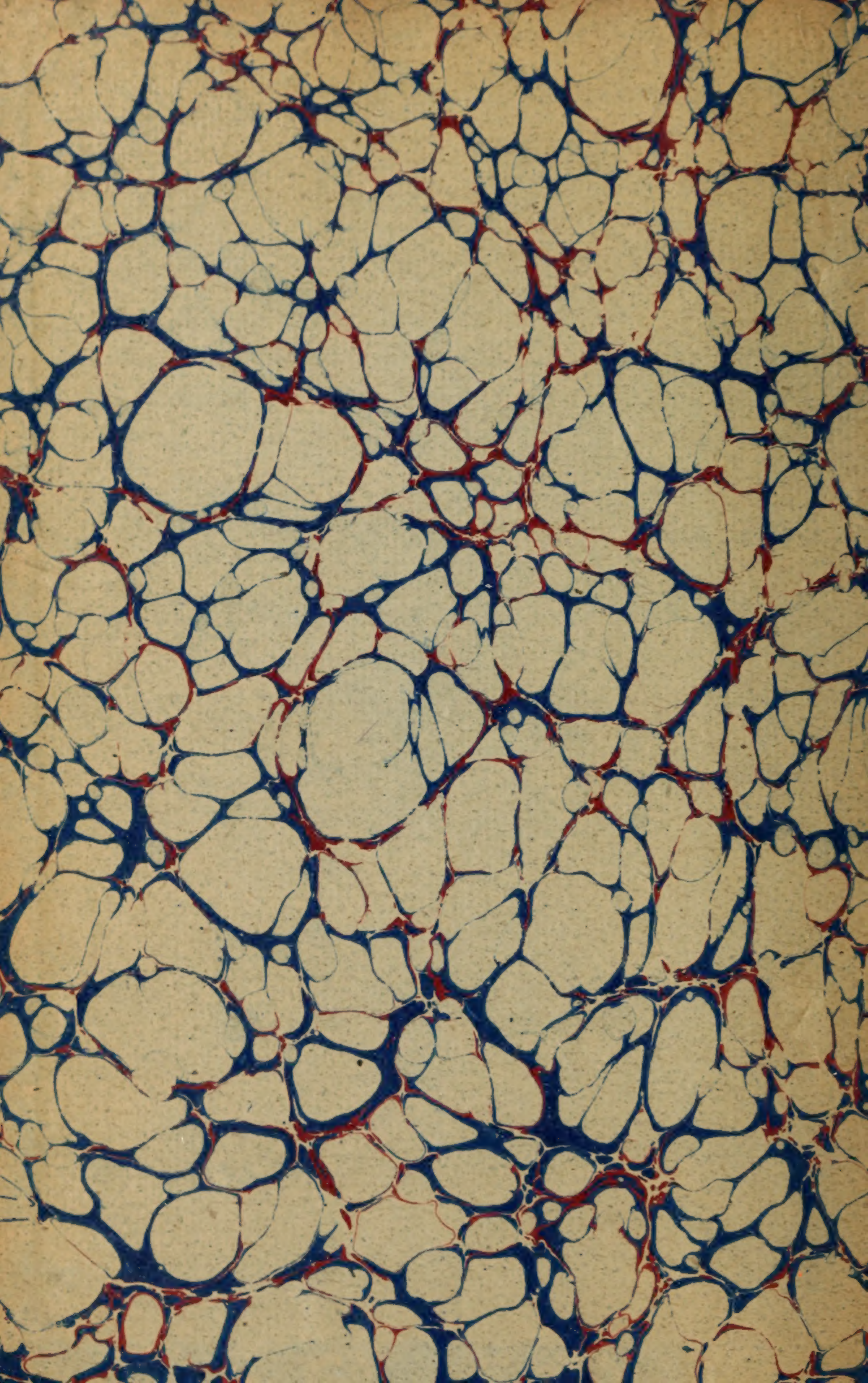
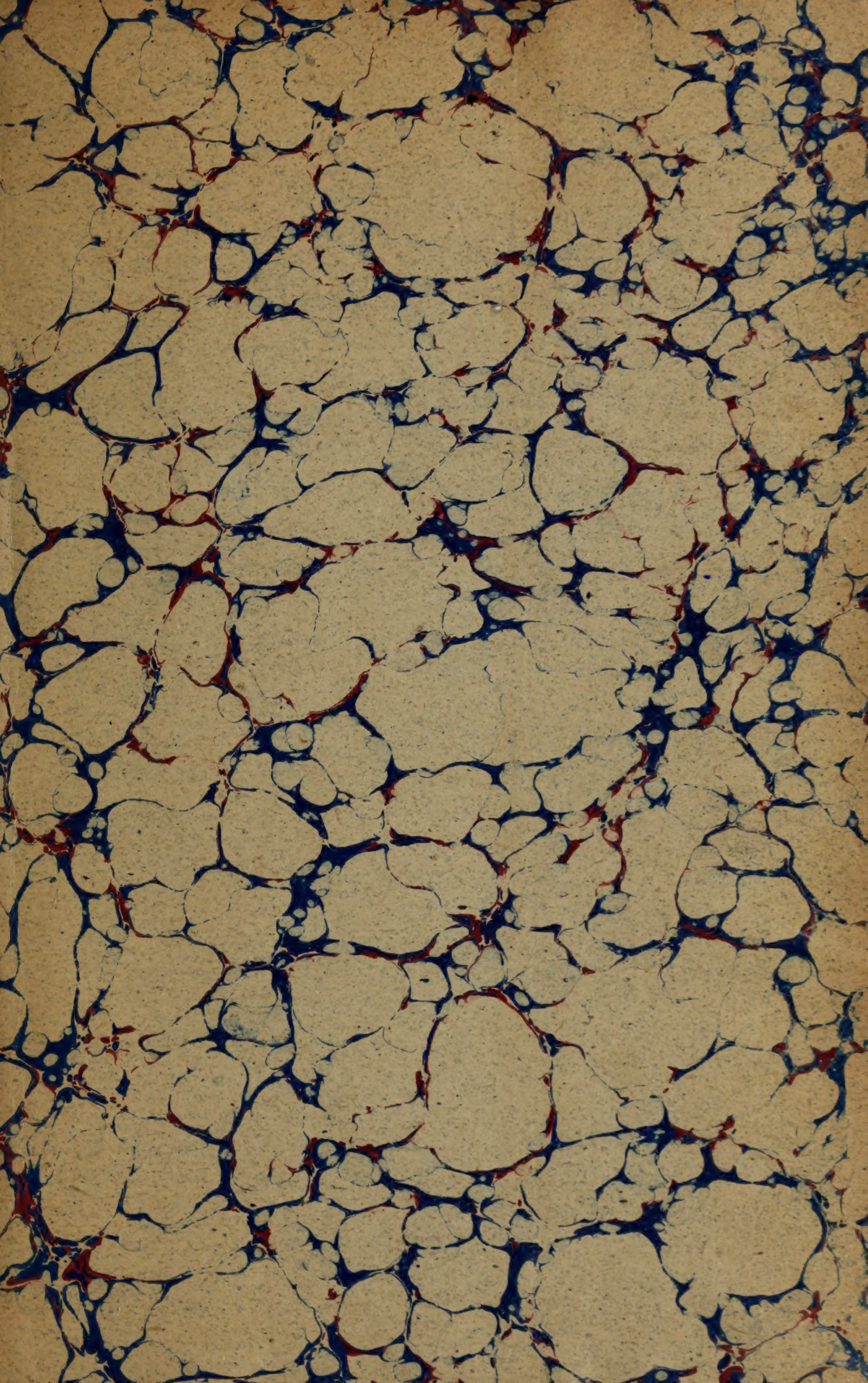
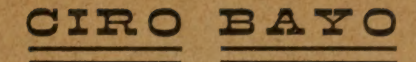







# EL PEREGRINO ENTRETENIDO

(VIAJE ROMANCESCO)



MADRID: 1910

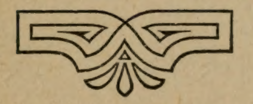
# El Peregrino

# entretenido.

CIRO BAYO

# EL PEREGRINO ENTRETENIDO

(VIAJE ROMANCESCO)

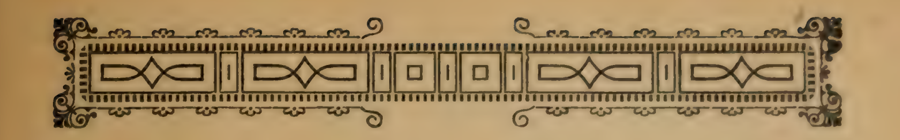




MADRID
IMPRENTA DE LA CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÈRE
Calle de la Cava alta, núm. 5.

—

1910



# PREÁMBULO

Como pájaro emigrante, siento con el buen tiempo necesidad de volar; la nostalgia de la vida de campo, de vagabundear al sol y al aire libre. Unas veces á pie, otras en cabalgadura, salgo de la ciudad casi todos los años y hago una correría, más ó menos lejana, para gozar de la buena vida bohemia.

Como ando sin prisas, me detengo, á menudo, para conversar con los labradores en el campo, ó con traficantes y viajeros, en ventas y posadas. Estas conversaciones son no menos entretenidas que instructivas, pues aprendo muchas cosas nuevas sobre las costumbres del país que recorro, y los gustos y variados caprichos de los hombres.

En ocasiones, con achaque de éntrome acá que llueve, ó hace un sol que rabia, me refugio en ventas y paradores donde encuentro, de ordinario, carreteros, mercachifles y rufianes; y con esta gente me entretengo envidando rondas de vino, fritos picantes ó cosas de más enjundia; «para que se vea—diré con Antonio Pérez—que es necesario á los peregrinos templarse á ratos

como instrumentos, para entretenimiento de los con quien tratan».

Al obscurecer, me alojo en mesones ó me hospedan en hidalgas moradas. Como quiera que sea, antes de acostarme me quito el traje de viajero, sucio de polvo y de barro, y, como dice elegantemente Maquiavelo, me revisto con el pensamiento un traje de corte, con manto de armiño, para anotar las impresiones del día.

Tal es la génesis de este libro, que á Dios plegue sea muy leído para que cunda la afición á las excursiones, á los *entretenimientos peregrinos* al aire y al sol, dispensadores de salud y fortaleza.





# JORNADA PRIMERA

## LA SALIDA

Esta vez salgo á caballo por la famosa Puente Segoviana.

Visto traje de pana, de corte militar, y por todo equipo, un maletín á la grupa con ropa blanca, y un recio capote, entre poncho y manta.

A paso corto, enfilo la carretera de Extremadura en dirección al Campamento. El trayecto, entre calle y carretera, está salpicado de tejares y tabernas, y más que todo, de chozas y aduares, asilos de merodeadores y traperos que salen á la busca, como los aviones y gaviotas acuden á las playas de un puerto, donde desembocan las cloacas.

Me apeo en Carabanchel, y mientras el caballo pace y descansa, vuelvo la cara para despedirme de Madrid.

Está la mañana muy clara, y esto me deja ver la «Ciudad de las siete colinas» (1), dibujando su perfil en el

---

(1) La villa de Madrid, como la ciudad de Roma, empezó á edificarse sobre siete cerros ó colinas, cuyos nombres aun conserva la tradición. Es particularidad que conviene consignar, en esta época reformadora de desmontes y de rasantes urbanas.

horizonte. No obstante serme familiar la vista de Palacio, mis ojos se clavan en él. Blanco y adusto, se destaca aplomado, como enorme alcazaba, entre el confuso caserío. La alfombra de verdor que tiende á sus pies la ribera y la Casa de Campo, mitiga la severidad de la grandiosa fábrica. Sólo, cuando horas más tarde, el sol se refleja en su fachada occidental, aparece el Alcázar, albo y magnífico, como lo que realmente es: un himno de piedra á la Realeza y al Arte.

Del Campamento adelante, campos sin cultivo y dehesas sin pastos.

Al llegar á Móstoles, donde el camino se bifurca á Navalcarnero y á San Martín de Valdeiglesias, suelto las riendas al caballo dejándole en libertad de escoger la ruta. El animal, sugestionado por la vista del vecino Guadarrama, toma la derecha. Con esto, determino el plan de mi viaje. Iré, por Valdeiglesias, á perderme en la sierra de Gredos.

Hace una hermosa tarde de Junio.

Camino de Villaviciosa de Odón gallardean en la plana las mazorcas de oro y asoman por las bardas las támaras del guindo y las borlas del madroñero. Rapaces gorriones otean las huertas desde los hilos del telégrafo; y vencejos y golondrinas revuelan sobre los hospitalarios caseríos pregonando la resurrección del sol y de la vida.

Pero el idilio no es completo, no satisface del todo porque se nota la vecindad de la urbe. Los rabadanes tienen aire de chulo y los gañanes parecen obreros de fábrica. De sus gargantas salen tonadas de género chico y juramentos y dicharachos de la gentuza madrileña. Peones camineros y guardas campestres hablan de po-

lítica y comentan los sucesos del día. Es incesante el ir y venir de los automóviles apestando á gasolina y vanidad.

Al pasar un puente, se me interpone un guarda jurado.

—Caballero—me dice—, no se puede pasar.

—¿Puedo saber por qué?

—Unos señores del pueblo se entretienen en tirar á las palomas en este vedado (señalando á la izquierda) y como va á empezar el tiroteo sería peligroso cruzar la carretera.

¡Ni que estuviéramos en tiempos del feudalismo!, pienso, pero no lo digo, porque el guarda no está para oir historias sino para complacer á los caciques.

En el puente nos juntamos hasta media docena, entre personas y animales, esperando que los *señores* y sus invitados hagan la primera tirada.

Ni protesto, ni me impaciento. Me apeo, tomo el caballo de la brida y lo bajo á abrevar al riachuelo.

A la sombra del puente veo acampada una familia de gitanos, pero de estos gitanos degenerados que prefieren á la bohemia de sus mayores las cuevas de las Peñuelas y Cambroneras.

La familia la componen dos hombres, tres mujeres, cinco chavales y cuatro asnos. Uno de los dos hombres está echado panza al sol, canturreando al son de una guitarra que rasca el otro. Dos mujeres jóvenes lavan la ropa en un remanso; otra, la más vieja, está cocinando el rancho. Los niños campan aparte al cuidado de las bestezuelas que pastan en las orillas.

Así que aparezco, todos se vuelven á mirarme y los rapaces me chillan pedigüeños. Comprendo que he caído en un avispero, pero no retrocedo. Abrevado el ani-

mal, lo ato á un árbol y saco la bolsa de tabaco. Al rato, como araña que avanza cautelosamente hacia la mosca, se acerca uno de los gachós.

—Buenas tardes, maestro —me dice—, ¿á dónde se va?

—A Villaviciosa—contesto por decir algo y por ser el pueblo más inmediato.

—Mala gente—replica el gitano—. Allí roban al caminante. Ya lo sabe usted: *Al ave de paso, cañazo.* Nosotros vamos á la feria de La Adrada... ¡Ea! Déme usted de su tabaco que será mejor que el que yo gasto... ¡Vaya un animalito! (señalando á mi cuartago); pero que muy superior. Por uno así diera yo todo este ganado (apuntando á la tropilla de burros). ¿Conviene?

Yo me sonrío y doy á entender que nones.

—Acércate, Colás—prosigue dirigiéndose al otro compadre que por allí ronda, y alargándole mi petaca.—Este *cabayero* convida.

No bien acaba de arrollar un caróligo del calibre de un dedo, se oye el fuego graneado de las escopetas de arriba, armándose el gran revuelo en la familia gitana.

No me extraña: á río revuelto, ganancia de pescadores. Los gitanos estarán á la espera de lo que por allí caiga.

Espantada por los perros, en el momento de soltarlas, viene una banda de palomas, que fusilan los cazadores así que las aves, poniéndose á tiro, están en arco ó ciarre. Las pocas que llegaron á un árbol vuelven á volar á pares, y los tiradores les tiran á placer. Algunos perdigones caen del aire y aun van á dar en los matorrales del río, lo cual demuestra la alta previsión de aquellos señores, que, dispuestos á hacer tiros bajos,

se acordaron de los pobres viandantes; de donde la interdicción del guarda.

Una que otra paloma mal herida ó aturdida sale del campo de tiro y se asoma al ribazo. Los gitanillos que por allí merodean no curan de ellas. Es que están al acecho de otra caza mejor.

Hicieron un hoyo en la vereda de un hueco del tapial, y allí tenían oculta una trampa de coger perdices: unas tabletillas puestas en un marco de madera, agarrotadas con un cordel de cerda en tal guisa, que bicho que pone los pies en las tablillas cae en el hoyo y no vuelve á salir hasta que el cazador viene y lo saca. Lo que no lograron en muchas horas de espera, lo consiguen los gitanillos en un minuto. Dos perdices que en el vedado estarían comiendo verde, al ruido de las detonaciones se salieron por la vereda y fueron á caer en la traidora trampa.

En un santiamén los churumbeles las cogieron y las pasaron á los gitanos viejos. Entonces uno de éstos me propone las aves en venta.

Son dos malos perdigones, pero mi hombre pide por ellos un duro, plantándose al fin en una peseta. Convengo, hacemos el daca y toma y el gitano se va. En llegando al pueblo, me digo, daré á guisar estas perdices en la posada, y con ellas tendré merienda estirada y buena cena.

Apiolándolas estaba para mejor llevarlas, cuando se aparece el guarda.

—Caballero—me dice—, lo he visto todo. Diéronle el timo. Siento decírselo, pero el deber me lo ordena. Estas perdices fueron hurtadas. Las trampas de tablillas están comprendidas entre los artificios pajareros; ade-

más, durante la época de la veda, no es lícita la circulación de la caza viva ó muerta. La ley de Caza es terminante; no valen excusas, ni menos evasivas, porque le veo con las manos en la masa.

—Tómelas usted — respondo, alargándole las perdices.

El guarda no las toma, sino que se limita á decirme, cambiando de tono:

—Le advierto que puede usted seguir adelante mientras se prepara el otro tiro.

Desato el caballo y sigo por la rampa al guarda. Los gitanos están á distancia, formando corro, cuchicheando y riéndose.

—¡Bandidos!—les grita el representante de la ley.—Yo le vengaré á usted, caballero.

—Déjelos usted—contesto—, no vale la pena.

Al llegar á la carretera se para el guarda.

—¿Tiene usted interés—me dice confidencialmente—en guardar estas perdices?

—Hombre, ni sí, ni no. Usted dirá...

—Pues si le convienen, puede quedarse con ellas; pero que no se entere nadie.

—Comprendido. Tome usted, amigo—, y me desprendo de otra pesetilla. Por donde las perdices no son ninguna ganga, y la cena venteril vendrá á costarme tanto ó más que la de fonda madrileña.

¡No importa! Comeré las perdices, y aun rociaré los bocados con buen vino de la tierra, brindando por el guarda y los gitanos. ¡Ah, buena gente! Vosotros, como los pajarillos del aire y las alimañas del campo, os buscáis la vida y picáis el grano donde le encontráis. ¡Vosotros, como ellos, lo tomáis porque no os lo dan!

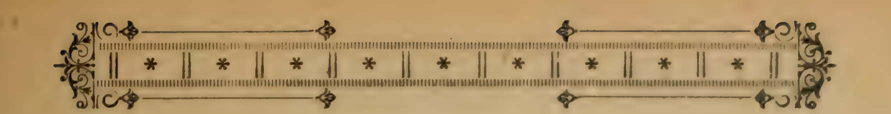
Pero el amor propio ofendido me dicta estas reflexiones:

El gitano es hijo del interés y padre del robo; es vigilante en su negocio y perezoso en el ajeno; parece que regala y vende; siempre procura engañar y se juzga engañado; es tan enemigo de la verdad, que con la cara miente. Á nadie quiere bien, y se trata mal á sí mismo; de todo recela, y aun de sí mismo desconfía; de nadie habla bien, menos de Dios, y es porque no le conoce. Cuando se le ruega, se estira; si se le manda, se finge cansado; come de lo suyo lo que basta para vivir, y de lo ajeno hasta reventar. No conoce ningún sacramento, y de todo hace sacramento.

Y el guarda, ¿dónde se queda? Á éste ya le pone la ceniza en la frente la copla que uno de los gitanos está cantando:

*Pasan por el puente*
*muchos matuteros,*
*y los dependientes*
*son muy embusteros...*





# JORNADA SEGUNDA

## EL PARADOR DE BRUNETE

La meridiana sería cuando en otra jornada llegué á Brunete. Importándome el pueblo bien poca cosa, me apeé ante un parador del egido.

En estos aledaños de Madrid, en ventas y mesones, se recibe al caminante con desconfianza. Como éste pague el gasto con pesetas, el ventero se convierte en tasador de moneda; si con un duro, el disco rueda de mano en mano y son tasadores el ventero, su mujer y uno por uno todos los arrieros que van llegando. No conciben que se pueda dejar Madrid teniendo un peso fuerte en el bolsillo.

Á mi llegada al parador sale á recibirme un perrazo que, meneando la cola y dando saltos de alegría, me guía adentro. Confieso que estas carantoñas perrunas halagaron mi amor propio, pues ellas daban á entender que el can veía en mí un huésped de calidad y de provecho.

Precedido del mastín, entro en una estancia, á un tiempo taberna, cocina y zaguán. Techo y paredes es-

tán enjalbegados y el solado revestido de casquijo. En el fondo se destaca la campana del hogar ennegrecida por el humo.

En medio de la sala, de cara á la puerta, está una mujer lavando en una artesa. Es la mesonera; joven, guapota y frescachona, tipo de esas mujeres fuertes de Castilla, que lo mismo saben defender su hacienda que su honra. Como lleva el refajo levantado y asobarcadas las mangas, muestra con púdico desenfado una pierna de Diana cazadora y unos brazos que para sí quisiera la Venus manca de Milo.

—¿Qué quería el señor?—me preguntó levantando la cabeza, pero sin interrumpir su trabajo.

—Buenas tardes, señora—contesté.—Deseaba echar un pienso al animal y que me sirvieran un plato caliente.

—Señor Vicente—gritó ella—, haga usted el favor de venir.

Obediente á la llamada, apareció un hombre por la puerta de la cuadra.

—Haga el favor de llevar al pesebre el caballo de este señor y de medir un pienso de avena.

Este tratamiento de usía para mandar á un mozo de cuadra me llama la atención y hace que me fije en el señor Vicente. Es un hombre que pasa de los cincuenta; va en mangas de camisa, y á juzgar por las manchas de cal que salpican su barba y sus manos, ha de ser un albañil.

Haciendo memoria recuerdo haberle visto en Madrid. Es, en efecto, un tipo popular; un bendito que recorre los paseos y las afueras de la corte repartiendo estampas á los niños y contándoles vidas de santos, entre la

rechifla de la golfería. El señor Vicente, como así le llaman todos, viste siempre negra hopalanda y sombrero hongo, pero aquí le veo despojado de esa indumentaria que le da aspecto de apóstol de levita ó de muñidor de cofradías.

—Este hombre no me es desconocido—digo á la mesonera que sigue lavando.

—Siendo usted de los madriles, sí le conocerá—me responde—. Es un infeliz que se pasa la vida predicando á los cuatro vientos y rezando en las iglesias. Aquí está de paso como peregrino al Santuario de Guadalupe, que dicen está muy lejos; y mi marido le ha ocupado en el blanqueo de la cuadra para que el pobre se gane unas perras.

—Qué, ¿es usted casada?

—Sí, señor; mi marido fué á Madrid con una carga de vino.

A este punto se oye un vagido en un rincón de la estancia. La mujer se enjuga las manos y corre presurosa á una cuna en la que yo no había reparado. Alza la criatura, la besa, la piropea, y el niño, sonriendo, se agarra á la ubérrima teta de la madre.

—¡Qué gordito y qué hermoso está!—exclamo—. Salud para criarlo, señora.

—Y usted que lo vea—responde ella complacida.

En esto vuelve el señor Vicente de la cuadra con mis alforjas al hombro y una medida de granos en la diestra. Cuelga aquéllas de una escarpia, saco yo las perdices para que respiren, y él me dice:

—Supongo que con un cuartillo habrá bastante.

Yo asiento y él pide á la mujer la llave del granero.

—Señor Vicente—dice la mesonera devolviendo á la

cuna el infante ya dormido—. Este señor le conoce á usted.

El señor Vicente me mira bajo, se sonríe y no dice nada; pero como se acaricia la barba, deduzco que se siente halagado. Colma la medida de grano y se retira.

La mesonera acabó de lavar; toma á dos manos la artesa, la suspende con robustos brazos y anadeando las caderas va á volcarla afuera. Luego, abrochándose el escotado seno y bajando los remangos, se encara á mí, diciendo:

—Diga el señor qué quiere comer.

—Ni yo mismo lo sé; algo que esté hecho pronto.

Convenimos en una tortilla y una buena chuleta con patatas. Como en la casa no hay carne de solomillo, el señor Vicente se encarga de ir á comprarla al pueblo, que está á dos tiros de piedra.

—Tome usted un duro para la compra—le digo.

—No hace falta, señor—replica la mesonera—. Le darán el cambio en calderilla, y como el gasto, contando el vino que usted tome, no ha de pasar de ocho reales, se cargaría usted de cobre.

—Como usted quiera, señora.

La ventera da al señor Vicente una moneda de dos pesetas; parte el mandadero, se va la mujer á su menester y yo me siento en un poyo de la estancia pensando en lo que dan que hacer *ocho reales*.

Las personas ociosas se distinguen de las que trabajan en que aquéllas dicen: «Una peseta», «un duro»; y éstas, «cuatro reales», «veinte reales». *Veinte reales* representan, en efecto, una suma de esfuerzos, una labor, una ganancia difícilmente obtenida. *Un duro* no es

nada; es un disco de plata tirado al aire, echado al acaso; un duro nada más.

El rico dice: «un duro»; el trabajador: «veinte reales». El paleto llama diez céntimos á lo que el pródigo golfo madrileño *una perra*.

Los vicios, y también algunas virtudes del rico, no menos que las estrecheces del pobre, están contenidos en esta diferencia de palabras.

Por ocho reales va al pueblo el señor Vicente, y la ventera se apresta á freir aceite, cascar huevos y pelar patatas; con dos pesetas pagaré todo esto...

La aparición de dos nuevos personajes me distrae de estas reflexiones crematísticas. Son dos chulos de los barrios bajos de Madrid, á juzgar por el tipo y la indumentaria: cara afeitada, pantalón ajustado y chaquetilla corta. Usan sombrero alado y uno de ellos lleva un hatillo al hombro, cruzado por un estoque. Á la cuenta, son toreros trashumantes, chicos que van á las capeas de los pueblos á ganar los garbanzos de la semana y adiestrarse en el arte taurino.

El viaje fué fructífero, á juzgar por lo que piden de comer.

—Muy buenas, patrona—dice uno de ellos—. Á ver si podrá ser. Queríamos que nos apañara usted una buena cazuela de arroz con pollo y una ensalada de huevos.

—Pero pronto, patrona—añade el otro—, porque aprieta la gazuza.

—En seguida que haya servido á este caballero—replica la mesonera.

—Pues mientras, dénos usted un cuartillo de vino.

Sírvenselo, y uno de los jóvenes escancia y se levanta á ofrecerme un vaso. Aunque no acostumbro beber

vino en ayunas, acepto por cumplir con el protocolo tabernario, y correspondo ofreciéndoles tabaco.

Los dos chulos fuman y beben sentados en un poyo frontero al mío. En alta voz comentan las incidencias y los resultados de la excursión. Hará dos días que fueron á una capea de Valdeiglesias á pie y sin dinero, y si regresan á pata no es por falta de *metales*, según declaran, sino porque la estación convida á andar y les sobra el tiempo.

De sus llamadas se desprende que uno es Manolín y otro *Manazas*.

Conocen también al señor Vicente, que ya es vuelto del mandado, porque le llaman por su nombre y se guasean de él. Le convidan á vino, pero el buen hombre declara ser abstinente. En esto, una de mis perdices, tendidas en el suelo, aletea y obliga á aletear á la compañera.

—Bonitas piezas—dice uno de los chulos—de buena gana les hincaría el diente. ¿Se puede, patrona?

—No son mías—contesta—son de este caballero.

—¿Las va usted á despachar ahora?—me interroga el chulo, plantándose delante.—Lo pregunto porque podíamos hacer negocio. Se las mercamos.

Las dichosas perdices ya me estorbaban; guardábalas para la noche y tenía que cargar con ellas. Sentíame dispuesto á vendérselas al chulo, pero temía perjudicar á la ventera.

Ésta comprendió mis escrúpulos.

—Caballero—me dijo—, que no se quede por mí. Si es usted gustoso en venderlas, al avío. Me hará un favor en ello, porque, á la verdad, un pollo me queda y siento matarlo, pues ya va para gallito.

—Pues vendidas están—dije al chulo.

—¿Y cómo se llaman?—repuso éste.

—Pues una peseta, lo mismo que me costaron.

—Perfectamente; al pagar la cuenta á la patrona, cambiaré y se le pagarán á usted.

El chulo tomó las perdices del suelo y se las dió á la mujer, añadiendo:

—Lo dicho, dicho, señora; pero en vez de pollo, perdices. ¿Qué te parece, *Manazas?* Vaya un almuerzo de *mistó.*

—¡Pero que ni *Machaco!*—contestó el chulo segundo.

La ventera, para aviar más pronto, llama á su ayudante y le dice:

—Despáchelas usted.

—¡Animalitos!—exclama el cuitado, con el mismo acento que San Francisco pondría para decir: *¡Hermano lobo!*

La mujer hace un mohín de impaciencia; desata las aves y con sendos cogotados las desnuca. Luego, entregando las víctimas al santo varón, dice:

—Ea, avíe usted en seguida.

Lo que es por esta tarde puede despedirse el señor Vicente de la llana y de la brocha de albañil; ha de desplumar las perdices, atizar el fuego del hogar y ayudar en lo posible á la mesonera, que está sola.

Hízose ya mi condumio y ante él me siento á una mesa de pino. Pido una botella del tinto y convido, á mi vez, á los toreros. Concluyendo de comer, salgo á dar un vistazo al caballo y paseo luego por la sala, para ayudar la digestión.

Entretanto, se fué haciendo la paella y los chicos se disponen á yantar. Comen á dos carrillos y doblan las

raciones de pan y de vino; piden aceitunas y á los postres queso. La patrona les sirve complaciente, encantada de tan buenos parroquianos. Ya, á lo último del banquete, la veo cuchichear con su ayudante, arreglando la cuenta céntimo por céntimo. Ella cuenta con los dedos; él, haciendo números y sumándolos.

Oportunamente, uno de los mozalbetes grita:

—Señora, ¿qué se debe?

—Pues, diez y seis reales y buen provecho—contesta la mujer.

—Ya lo oyes, Manolín; á dos del *ala* por barba...

—...Te juego mi parte.

—Advierto á ustedes—replica la ventera—que aquí no servimos baraja.

—Ni falta que hace, patrona. Es cuestión de piernas, á ver quien corre más. El Manolín lleva ganada una partida y yo le gano ahora, ó pierdo dos...

—Si te empeñas en convidarme—interrumpe Manolín, con tono guasón.

—Falta verlo—replica el *Manazas*, amoscado.—Oiga usted, señor Vicente, va á hacernos el favor de venirse afuera con nosotros, que vamos á fijar el trecho de la carrera. Estos señores (la ventera y yo) sentenciarán desde la puerta cuál de nosotros llega antes de vuelta.

Á la ventera le hace gracia la ocurrencia de los mozos.

—Ea, señor Vicente, vaya usted con ellos. Nos distraeremos un rato.

También á mí me parece de perlas.

—Patrona—exclama Manolín, con súbita inspiración—, ya que éste se empeña en convidar, refrescaremos. Sáquese una botella de cerveza, pero de las grandes.

Bebida que fué entre todos á la salud del futuro vencedor, salen Manolín y el *Manazas*, á paso largo, seguidos del señor Vicente y del mastín del parador, atraído por la gresca de los dos rivales.

Precisamente enfrente de la puerta se alargaba la carretera cosa de unos cien metros, y á esta distancia describía una curva siguiendo las ondulaciones de unos altozanos que, por aquella parte, limitaban el horizonte.

Esta hectárea de camino recto constituía, en verdad, una pista apropiada para carreras á pie ó á caballo. La ocasión era, además, muy oportuna, porque á esta hora no se veía sér viviente en el camino.

Llegados los contendores á la revuelta, en compañía del señor Vicente y del perro, quitáronse las chaquetas, dejándolas al cuidado del primero, y empezaron los preliminares de la carrera. Á guisa de tanteo ó ensayo, dieron el primer recorrido por la cancha, entre las risotadas de la ventera y los ladridos del moloso, que, alborozado, les corría á los talones.

—Patrona—dijo de pronto Manolín acercándose á nosotros—, haga usted el favor de atar el animal, porque si no, es imposible.

La mujer, cada vez más interesada por el espectáculo, llama al perro y, asiéndole de la carlanca, lo encierra en la cuadra. De vuelta á mi lado, ya estaban Manolín y el *Manazas* en línea, dispuestos á tomar carrera. La arrancada sería á la tercera palmada que yo diera.

La ventera y yo éramos los jueces de campo en este lado, como en el otro lo sería el señor Vicente, á quien se veía de pie, inmóvil, como estafermo de almiar.

—Cuando usted quiera, caballero—dijo Manolín.

¡Una, dos y tres! Los corredores salen disparados. ¡Qué piernas! ¡Qué agilidad! Ni la ventera ni yo apreciamos ninguna ventaja entre los dos, porque ambos corren casi alineados.

—Pero ¿qué es esto?—exclama de repente mi compañera de jurado.

Es que, al llegar Manolín y el *Manazas* al sitio donde estaba el señor Vicente, de un encontronazo le derriban, alzan las chaquetas del suelo y, corriendo como gamos, desaparecen por la curva de la carretera.

—¡¡¡Bandidos, canallas, hijos de mala madre!!!—grita desaforada la ventera, dando unos pasos adelante.—Corra usted, señor Vicente.

Pero el señor Vicente está quebrantado del susto y de la caída, y, sacudiéndose el polvo, viene hacia nosotros y dice santiguándose:

—Nos la han pegado, señora María. Vaya un timo, caballero. ¡Quién lo creyera!

—¿Pero qué hace usted, hombre?—replica la ventera empujándole.—¿Por qué no los corrió usted? ¿No ha oído decir que á un diestro un presto?

—Ya no hay remedio—arguyo sentenciosamente.—Ya ve usted, también volaron mis perdices.

Estas palabras sacan de tino á la mujer. Sí; no hay remedio, pero estallará su cólera.

—Señor Vicente—grita—, es usted un idiota. ¿Cómo no se le ocurrió que nos la iban á pegar? Ea, que trae usted muy mala pata. Lárguese usted de aquí. Líe el petate y líbreme de su mala sombra.

—Pero señora...—pruebo á decir yo.

—Calle usted, caballero; no conoce usted este hom-

bre. Es capaz hasta de secarme los pechos. Razón tenía mi marido en decir de él que da mal de ojo.

..................................................

Por única compensación halló después la ventera que el hatillo de marras contenía un mal trapo de capea y un estoque de palo.





# JORNADA TERCERA

## EL ANARQUISTA DE VALDEIGLESIAS

Por ser día de fiesta sonada, llegué á Valdeiglesias entre repique de campanas y salvas de morteretes. Pregunto por una fonda, y un muchacho me lleva á la más próxima.

Estas fondas puebleras son legítimas sucesoras de las posadas de camino, con el mismo aspecto hosco y desaliñado, con la carencia total de cómodo alojamiento y de limpieza. Yo las prefiero, sin embargo, á los hoteles limpios y correctos que les van haciendo la competencia en las viejas ciudades castellanas, y las prefiero porque en ellas se siente más el contacto del espíritu nacional.

Pláceme ser recibido en el portalón por el mozo de mulas, que lleva mi animal al abrevadero; cruzar el patio, atestado de sacos y corambres, de aparejos y carromatos; subir la escalera del rincón, y, en la balconada, ser recibido por el ama ceremoniosa ó por la maritornes amable; entrar en un cuarto enjalbegado, que bastan á llenar una cama como un catafalco, tan aparatosa, que hay que ser ágil y tomar carrera para subir á

ella; dos sillas de enea, un palanganero de metal y una mesa de pino; y meterme al fin entre sábanas á la luz de un cabo de vela ó de un candil, mirando las estampas de santos y de toreros pegadas á la pared, hasta que, acabándose la luz, me quedo á las buenas noches.

Ó bien entrar en el comedor, con vistas á la cocina, de azulejos polícromos, sin otros adornos que vasares empapelados y peroles y cacerolas de coruscante metal.

En vez de camareros tiesos y almidonados, las hijas del ama, cuál haciendo de cocinera, cuál de doncella de servicio, que me saludan y se aprestan á servirme, compitiendo una y otra en exquisiteces culinarias y en amable servicio. Desde mi asiento veo trébedes y llares, asadores y cazuelas lamidos por las lenguas de fuego de aromática leña; oigo chirriar el aceite en las sartenes y aspiro el vaho de guisos y fritadas. El aire y el sol que entra por las ventanas avivan mi apetito; las conversaciones del patio, los cantares de los arrieros y los gritos de los animales me saben á regalada música.

Mi fonda de Valdeiglesias es un punto menos que hotel y un punto más que posada; esto es, una fonda antipática. El ama es una oronda burguesa, y los criados, de chaqueta y mandil blanco, no se diferencian de los mozos de las casas de comidas madrileñas. Sin duda porque es día de mucha gente me reciben como por favor y me alojan aprisa y corriendo. Entre tantas caras, me fijo en la del mozo de cuadra, y á éste, dándole buenas esperanzas, confío mi caballo y los enseres de montar.

En seguida me echo á la calle, en dirección á la plaza. Así como las plazas ciudadanas son pulmones de la urbe, la plaza mayor es el corazón de un pueblo. Como esta

víscera, tiene sus diástoles y sístoles correspondientes á la vida del vecindario. Triste y solitaria en días normales, bulle y se alborota en los feriados.

La plaza de Valdeiglesias está hoy muy concurrida. La gente principal, los señores, la atraviesan camino de la iglesia; los proletarios, labradores, obreros y chalanes, se estacionan en los porches y, con preferencia, en las esquinas de las tabernas. Ante la casa del Ayuntamiento veo corros de gente que habla y gesticula de cara al edificio. Algo grave ocurre, porque el garbullo va en aumento. Acércome á un corrillo, y entreoigo al voleo estas palabras: *Anarquista*, *Morral*, *bomba*...

—¿Qué pasa?—pregunto á uno de los entretenidos, so pretexto de pedirle lumbre para mi cigarro.

—¡Ahí es nada!—me responde, cuitado.—Los civiles encontraron en el monte un extranjero sospechoso y lo han entrado en el Ayuntamiento para identificarle. Dicen que es un anarquista de los más peligrosos.

—Pero ¿qué tiene que hacer un anarquista en Valdeiglesias, y, sobre todo, en el monte?—aventuro á preguntar.

—Nada; pero como Madrid está á un paso y allí está el rey...

—¿Ha visto usted al preso?

—Sí, señor; le vi cuando lo traían los civiles. Me parece que éstos no se han equivocado. Es un hombre que, á la cuenta, debe de ser gabacho, porque es muy rubio y venía fumando una pipa muy larga. Uno de los guardias llevaba, como cuerpo del delito, una bolsa con frascos que huelen á demonios, y el otro una caja que no se sabe lo que contendrá. Ahora están el alcalde y el juez municipal con la pareja, averiguándolo todo.

Di las gracias al valdeiglesiano, y me separé de él, sin que me extrañaran sus manifestaciones, porque á todos consta que desde el atentado de Morral los sospechosos son muy vigilados á las puertas de Madrid.

Al pasar por delante de la iglesia, veo la puerta abierta y en el fondo el altar mayor hecho un ascua de oro. Había misa cantada y á toda orquesta por una capilla de música de Madrid. Arrimado á la pila del agua bendita asisto al oficio. La mayoría de los fieles está formada por señoras y señoritas del pueblo, algunas con sombreros modernistas. No pocos mozos entran y salen, ó se plantan en la nave casi de espaldas al tabernáculo, mirando á las niñas ó á los cantores, que asoman en el coro.

Al empezarse el sermón abandono el templo, y voy al café á tomar una cerveza. Aquí oigo música también. Un pianista le está dando al clavicordio, y unas cuantas personas le corean. El mozo que me sirve díceme que están ensayando la zarzuela anunciada para la noche en el teatro, y que los que ensayan son coristas desperdigados de los que se contratan en la calle de Sevilla.

Una señora de alguna edad, que está sentada á una mesa contigua á la mía, pero sin tomar nada, aprovecha la ocasión para preguntar al mozo:

—Diga usted: ¿tardará mucho en llegar el tren de Villa del Prado?

Villa del Prado es la estación de la vía férrea que une Valdeiglesias á Madrid.

—Señora—contesta el camarero mirando al reloj de pared, que señalaba las doce—, pues dos horas justas, porque hasta las catorce no llegan trenes de Madrid.

—¡Vaya por las catorce!—exclama mi vecina.—¡Qué fastidio! Y nosotras perdiendo el tiempo... ¿Es usted

también de Madrid, caballero?—me pregunta, entablando conversación conmigo—. Lo pregunto porque yo soy también forastera. He venido acompañando á mi hija, la partiquina que está ensayando ahora.

—Y que, por cierto, canta muy bien—replico yo por galantería, fijándome en una señorita del coro que está cantando un solo.

—Gracias, caballero. Pues ahí, donde la ve usted, la pobre lleva más de una hora de plantón ensayando á solas y con el coro; y luego función por la noche. Todo por diez pesetas que le dan por el *bolo*, de las que la mitad, por lo menos, se llevará la fonda. En cambio, la tiple, que gana billetes, y á la que están esperando, no viene, por lo visto, hasta el último tren, para ahorrarse el almuerzo de la fonda. Aquí me tiene usted cargada con el fardo de ropa de mi hija, y sin desayunarme todavía.

—Pues que le traigan á usted un café con tostada. ¡Mozo!!

El momento de servírselo coincide con un descanso en el ensayo. Los coristas masculinos encienden un cigarrillo, y las chicas, por no ser menos, se sientan y pitan también, menos la partiquina que viene al lado de su madre.

Es una morena agraciada, casi bonita, y, desde luego, muy simpática.

—Carmen—dice la madre—, saluda á este caballero... Toma hija, que buena falta te hace.

Como la buena señora se dispone á repartir la colación, yo no lo consiento y hago traer otro café con media. Carmen llama á voces á una compañera y la convida á su vez. Tentado estoy á pedir el tercer café, pero

me salva la llegada de un personaje, que todos reciben con palmoteos y vivas. Es el tenor que vuelve de la iglesia de cantar el *Cor Jesu* y el *Tántum ergo*, y ahora se apresta á ensayar una cavatina amorosa; pero advertido del retraso de la tiple, se dispone á hacer *mutis*.

Antes que él, lo hago yo; y pagando el gasto me despido de la mamá, de Carmen y de su amiguita, no sin que antes la primera me dé una tarjeta de su hija para que la visite en Madrid.

Del café me traslado á la fonda, porque es hora de comer. Ya en el comedor, me encuentro con la mesa redonda ocupada por otros forasteros, y que los criados están alineando las mesas sueltas para formar una corrida.

—¿Dónde me siento?—pregunto desconcertado.

—Tiene usted que esperar—me responden—. No hay sitio. Aquí van á sentarse los músicos de la iglesia y después vienen los artistas del teatro. Ya se le avisará cuando se desocupe un puesto en la otra mesa.

Hay para rato, porque las personas que la ocupan comen sin prisa, charlan y el servicio va muy lento. Algo me consuela ver que otros que van llegando han de esperar como yo. Pero yo me indigno de tanta imprevisión, y, no queriendo aguardar turno, me largo al café donde pido los platos obligados de tortilla y bife. Por fortuna, el establecimiento estaba desierto y pude sentarme con libertad. De haber esperado un poco más Carmen y su mamá, se ganaban el almuerzo.

Empezaba á desplegar la servilleta, que oigo rumor en la calle y llega hasta la puerta del café una avalancha de gente.

A la cabeza de la columna se destaca un hombre que

entra en el establecimiento y viene á sentarse á una mesa inmediata á la que yo estoy.

—¡Qué gente tan salvaje!—le oigo decir con acento extranjero, procurando que yo lo oyera.

El amo del café, atraído por el ruido de la calle, se asoma á la puerta, arenga á los grupos y, cerrando la cancela, viene á pedir recado al recién venido.

Es un joven rubio que viste traje alpino y, además, fuma una pipa larga. Verde y con asas... me digo; el anarquista del Ayuntamiento. El extranjero pide de comer, y como no hay otra cosa, opta por lo mismo que yo, con la diferencia que en vez de vino quiere cerveza. Se expresa en buen español, pero se adivina su nacionalidad.

—¿Es usted italiano?—le pregunto cuando quedamos solos.

—Como si lo fuera—me responde—. Soy tirolés, italiano *irredento.*

Y desabrochándose el jubón, sacó la cartera y me ofreció una tarjeta en la que leí:

Jenaro Scherer.

*De la Universidad de Trieste.*

—Pero ¿qué le ha pasado á usted, Sr. Scherer?—pregunto sin más preámbulos.

—Por lo visto está usted enterado. Pues cosas impo-

sibles, cosas de España. Soy naturalista, especialmente entomólogo. Cazando insectos he recorrido parte del Chaco argentino y de los Andes bolivianos. Esto le explicará á usted por qué hablo el español. Ultimamente, la Universidad de Trieste me comisionó para la búsqueda de un insecto raro, de un tisanuro de los ventisqueros, que se supone habita también en los nevados de Guadarrama. En esta tarea he pasado más de ocho días por la sierra, albergándome en cabañas y rediles, sin conseguir mi objeto. Al bajar á los Toros de Guisando, no lejos de este pueblo, se me antojó pararme en aquel sitio y descansar de mi caminata. Mi único equipaje consistía en manta, stock, una caja de aluminio para insectos y el botiquín de disecación y desinfección.

Yo no había reparado que en las inmediaciones de aquel paraje había una caseta. Cuando más distraído estaba, se destacó de ella una pareja de guardias civiles y vinieron á mí.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?—me preguntó el cabo.

No le satisficieron mis explicaciones y menos mi pasaporte expedido en alemán, y cambiando una mirada de inteligencia con su compañero, me intimó que les siguiera. Lleváronme al puesto, y, armándose la pareja, me condujo á este pueblo á disposición de las autoridades. Como el tránsito por la población fué esta mañana, excuso decirle la gente que se agolpaba á mi paso.

—En efecto—le interrumpí—, yo no le he visto entrar, pero he oído los comentarios que acerca de usted hacían los grupos en la plaza.

—Sí; la gente me tomó por un anarquista y esto mismo creían los guardias. Ya en el Ayuntamiento, tardó

más de una hora en llegar el alcalde, porque estaba presidiendo el cabildo en la iglesia. Llegó al fin y empezó mi interrogatorio. Tampoco le pude convencer, y ya iban á enviarme de Herodes á Pilatos, es decir, del alcalde al gobernador de la provincia, cuando se me ocurrió decir en mi abono que se llamase al boticario y al sacristán del pueblo, únicas personas que me conocían, por lo que oirá usted después.

Compareció el primero, pero el segundo no, alegando sus ocupaciones. Ya verá usted cómo esta negativa obedecía á otra causa. El bueno del farmacéutico declaró, en efecto, que á mi paso por Valdeiglesias le había comprado ingredientes de botica, y presentádole que fué mi botiquín, hizo ver al magistrado que aquellos olores sospechosos, en lugar de ser reactivos anárquicos, eran simplemente ácido fénico, benzol y otros desinfectantes.

Para más convencerse, hiciéronme abrir la caja metálica que el cabo había depositado sobre la mesa, como otra caja de Pandora, y con sorpresa y vergüenza de mis acusadores, vieron salir y desparramarse en todas direcciones, mi cosecha de coleópteros, ortópteros y neurópteros. Á escobazos y con plumeros, los ordenanzas ahuyentaron los insectos, y á mí, con buenas palabras, me soltó el alcalde. Añádase á tantas emociones, el haberme tenido ayuno y boquiseco toda la mañana, y usted dirá si me viene bien este almuerzo.

—Ya lo creo—repuse entre sonriente y mohíno, oyendo la plancha de nuestras autoridades—. Y ¿qué piensa usted hacer ahora, señor Scherer?

—Lo primero, almorzar; luego tomar el primer tren de Madrid para reclamar á mi cónsul, y, por último,

vengarme del sacristán por no haber querido servirme de testigo de descargo.

—No sé cómo...

—Ahora lo sabrá usted. No tomará usted á alabanza propia si le digo que á mis aficiones de naturalista añado las de arqueólogo. Buena prueba de esto es mi malhadada visita á los Toros de Guisando. Pues bien; á mi paso por Valdeiglesias hube de visitar lo único que supuse valdría la pena de verse: la iglesia. Como es natural, el sacristán me sirvió de cicerone. Como esta gente está acostumbrada á ventas y chalaneos de objetos artísticos religiosos con chamarileros extranjeros, lo menos que se creyó mi sacristán fué que yo sería uno de éstos, y, de buenas á primeras, me planteó el negocio.

—Antes de despedirnos—me dijo—, quiero ver si nos entendemos para algo que pueda interesarnos á los dos. En el almacén de la iglesia hay un San Cristóbal muy antiguo, con una leyenda que no acabo de descifrar, pero que me huele á misteriosa. Ya sabe usted las historias de tesoros ocultos en los cachivaches de antaño. Yo creo que este San Cristóbal encierra algo por el estilo. ¿Quiere usted sacarme de dudas? Bien entendido que, de haber negocio, iremos á medias.

—Vamos á verlo—respondí yo.

El sacristán abrió una puerta, y entramos en una sala colmada de bártulos y de objetos del culto. Allí, sillones, mesas, aras y retablos; allí, andas, peanas, ciriales y arañas de todos estilos; é imágenes de arcilla, de madera, vetustas y llenas de polvo. Llegamos ante un San Cristóbal de talla, de colores chillones y bastante bien conservado. El sacristán tomó una silla y, haciéndome subir, me dijo:

—Lea usted lo que está escrito en la bola del niño.

En efecto, en la bola que llevaba el niño Jesús en la mano había ésta leyenda: *Felice qui me levará.*

—¿Entiende usted lo que significa?—me preguntó el sacristán.

—Mucho que sí—contesté—. «Dichoso quien me descargue».

—Ya ve usted que no andaba descaminado en mis sospechas—me respondió el chupacirios, encandilados los ojos de codicia.

Ni corto ni perezoso, corrió á por unos útiles de carpintero, y de consuno procedimos á desmontar el Niño de la bola. Con mucho tiento, y no poco trabajo, lo conseguimos; y hallamos, en el lugar de la espalda que quedó al descubierto, esta otra inscripción: *Fatto béne á levarme, que le coste me dolevano.* (Hiciste bien en descargarme, porque me dolían las espaldas.)

Olí el chasco y bajé de la silla, soltando la carcajada. No así mi cómplice, que al enterarse de la traducción quedó mohíno y cariacontecido. Con esto, y con dejar á San Cristóbal aliviado de su carga, salimos á la iglesia, y yo tomé la puerta, no sin que antes el rapavelas me recomendase el secreto.

Ahí tiene usted explicado por qué este hombre no quiso encontrarse conmigo en el Ayuntamiento. El mentecato pensó que yo iba á contarlo todo, en demostración de mi visita á la iglesia.

—Y ¿qué venganza piensa usted tomar de este hombre?—pregunté yo á Scherer.

—Pues que el secreto, será el secreto á voces. En cuanto despache lo de Madrid, vuelvo aquí, veré al

cura y se lo contaré todo. Como San Cristóbal siga como le dejamos, no me dejará mentir.

—Creo que no vale la pena de volver á Valdeiglesias para esto sólo, señor Scherer.

—Es que además quiero seguir mis pesquisas entomólogas en la vecina sierra. Me procuraré un salvoconducto y cuanto sea menester para que nadie me moleste. No he de parar hasta conseguir el *dosario* raro de los ventisqueros y aumentar el catálogo de la Historia natural.

—Sí, *natural*—respondí, recalcando la palabra—, aunque no me parece tan natural en vista de los sustos y disgustos que, como á usted, ocasiona.

—No importa—repuso Scherer—; por ella estoy dispuesto á afrontar otros peores. No sabe usted, amigo, las delicias que proporciona su estudio, en particular el de los insectos. ¡*Insectos!!!* Pronunciamos esta palabra con desprecio. Sin embargo, estos seres minúsculos están mejor organizados que nosotros; tienen más simetría de proporciones, más fuerza y más resistencia á la fatiga y á la muerte. Como organización social son todavía superiores á nosotros: forman imperios, reinos, repúblicas, falansterios inconmovibles, con un mínimum de cambios de gobierno que envidiarían algunos Estados.

—¿Alude usted á mi país, á España?

—No, señor, hablo en general; aunque á decir verdad, lo que más me extraña de su tierra es la abundancia de hombres políticos y... de mujeres bonitas...

—¿De modo, señor Scherer, que le gustan á usted las españolas?

—Mucho, especialmente las madrileñas, menudas, gráciles, ligeras y nerviosas.

—Pues entonces, le voy á proporcionar ocasión para que conozca una de pura raza. Cuando vaya usted á Madrid, haga usted esta visita, diciendo que va de parte del caballero del café de Valdeiglesias.

Y pasé á Scherer la tarjeta que me diera la mamá de Carmen la partiquina.





# JORNADA CUARTA

## EN LA ADRADA

### I

### LA FERIA

Entramos en tierra de Ávila.

Vía de La Adrada va la gente á la feria. Viene de lugares y caseríos apartados de ferrocarriles y carreteras.

El camino se estrecha entre cerros y altozanos, pero cuando sale á un prado ó pampichuela parece explayarse, aunque la anchura sea la misma.

Es una ilusión óptica, un espejismo que engaña á los viajeros, hasta el punto que en estos claros de camino se apelotonan peatones, carros y caballerías. De donde, choques, atropellos y pendencias, á lo que ocurre la pareja de civiles ahí apostada.

Huyendo de esta confusión tomo una vereda que, á manera de radio sector, corta el círculo que describe la carretera, y á paso corto revisto la caravana.

La gente joven va, por lo regular, en cabalgata. Algunos jaques llevan á la grupa una buena moza, á bien que no faltan amazonas rurales, á sentadillas, en hacanea ó en buena alfana, con su espolique ó escudero.

Vénse también caballeros sueltos que cabalgan á la jineta, valiéndose del freno y del mucho pulso, montando muy recogidos en los elevados arzones, con los estribos cortos; y parejas de campesinos sentados en artolas.

La carrocería es una exposición ambulante de vehículos: el carro de adrales, la tartana, el birloche y la calesa. Las diligencias van colmadas de personas y equipajes, de la baca al pesebro.

Pasan también músicos y saltimbanquis, capeadores y gitanos, mendigos y rufianes, tantos en número éstos, esotros y aquéllos, que la pareja de guardias que en cualquiera otra ocasión les daría el alto para pedirles los papeles, ahora hace la vista gorda y los deja pasar.

Entre los peatones abundan los campesinos de esta tierra de Avila, algunos con montera y capa, que en días de mercado no dejan ni en el mes de Agosto, y las mujeres con *manteos* recios de lana y sombreros de tosca paja en forma de abanico, adornados con cintas.

Parece que el lujo de estas aldeanas consiste en estos manteos ó refajos que decimos en Madrid. En invierno se ponen diez; en verano cuatro ó cinco y á veces seis. No resultan elegantes ni esbeltas, como que parecen campanas andando, pero ellas van á gusto y hay que dejarlas, como hay que dejar á otras mujeres que vistan los trajes impuestos por la moda, tan ridículos en ocasiones como los refajos y sombreros que aquí se estilan.

Lo que más seduce de estos castellanos viejos es su parla y cómo pronuncian.

Hablan un castellano rico como el oro y sonoro como la plata, casi arcáico.—Dicen: El *mí compañero*, *tratemos verdad*, *oya* y *traya*, *denantes*, *se me hace vergüenza;* y *á tal* y *á tanto*, *en cas de* y *maldir;* por tal y tanto, á casa

de y maldecir. Esta antigüedad concilia majestad al lenguaje y uno como religioso respeto, porque así hablaron nuestros héroes.

Hablan, además, con un dejo que encanta. La tonada es al idioma lo que el sabor especial á la uva. Así como hay uva que se deshace en la boca dejando en ella la fragancia deliciosa del ámbar, así tal ó cual tonada embelesa el oído y cautiva á quien la escucha.

Tal el habla, tal el paisaje: sencillo de líneas, pero limpio y soleado. Tierras llanas ó tierras onduladas sin más cultivo que el fácil, pero remunerador, de las plantas anuas, salvo algunos viñedos y olivares escalonados en los contrafuertes de la sierra, que al frente se encresta recortando un cielo bruñido.

Al encimar un cueto se ve la torre de La Adrada, y á los pocos kilómetros se llega al pueblo.

En la feria aturden los oídos el grito de los vendedores y el ruido de tambores y chupinazos. Los forasteros se agrupan alrededor de los puestos donde se hacinan mantas de higos y acerolas, espuertas de nueces y avellanas, cenachos de roscones y retablos de baratijas.— En algunos portales, ferieros ambulantes exhiben rimeros de ropa hecha y variado surtido de calzado de cuero, de cáñamo ó de madera, esto es, botines, alpargatas y almadreñas. La gente empuja, los niños gritan, los pobres importunan, los mercaderes engañan.

En un rincón del mercadal está la feria de ganado, y allá voy para oir á chalanes y tratantes. Entre la chusma veo caras conocidas; la familia gitana del puente de Brunete. El hombre de las perdices, el jefe de la caravana, está en tratos con un lugareño para cambiar tres de sus rucios por una mula.

—Para que se persuada usted—le dice—de lo que es este animalito—señalando á uno de los jumentos, el mejorcito de todos—, voy á hacer que el chaval le dé un trote en pelo. Oye, muchacho, sube encima de este bicho y dale verde hasta que sude los hígados, que este señor quiere avizorar cómo trota.—¡Arrea y no te desboques!—concluye dando una fuerte palmada en el anca del animal.

Esta y las sucesivas carreras de los otros borricos, no menos que el examen de la boca de las bestezuelas, satisfacen al payo y se efectúa el cambio. Mientras el chaval acollara los burros para que se los lleve el nuevo dueño, los gitanos piden el alboroque de cigarros y vino. El paleto les envida su petaca y su bota y luego se va.

Entonces me acerco al gitano viejo, que tiene del ronzal á la mula, y, excusando presentaciones, le digo:

—Buen negocio, compadre.

—Mejor de lo que usted se imagina, *cabayero*—me contesta, sin más trámites.—¡Vaya una mula que me llevo á cambio de tres bestias maulas que ni para cargar arena sirven! Ya las irá conociendo el que arrambló con ellas.

—¿Tan seguro está usted de que el otro no se la haya pegado también?

—Segurísimo. Todavía ha de nacer quien me dé un animal falso por bueno, sobre todo tratándose de mulas. Estos animales hablan con las orejas, sólo que hace falta entender este lenguaje. ¿Á que usted no lo entiende?

—Hombre, no.

—Pues yo quiero indemnizarle de las perdices aquellas que le decomisó el perillán del guarda, explicándoselo; porque, como dicen, el saber no ocupa lugar.

Y el gitano dióme este cursillo acerca del lenguaje mímico de las orejas de las mulas, y que yo traslado aderezando conceptos y estilo.

«Cuando la mula lleva las dos orejas tiesas y hacia adelante, significa fuerza, satisfacción, músculos de acero, estómago satisfecho. Á medida que las orejas bajan, los músculos se aflojan y disminuye la fuerza, como disminuye la columna de mercurio de un termómetro cuando se acerca al frío. Si pone las orejas ligeramente divergentes, es principio de cansancio; si flojas del todo, marcando el compás á cada paso, cansancio total. Una oreja tiesa y otra caída, significan mal humor; las dos orejas tiesas, pero una hacia adelante y otra hacia atrás, mal carácter, mula traidora.»

... Hoy es día de encuentros. De vuelta á la plaza atisbo al señor Vicente. Ahora viste saco largo, zapatos herrados y sombrero de paja, y ostenta un largo bastón rematado por una calabacita y una cruz, lo que le da un aspecto de peregrino mendicante. Lo mismo que en Madrid, le rodea la chiquillada atraída por las estampitas que regala, reparto que simultanea con la vida y milagros de los santos más sonados. Los padres de algunos de los muchachos se acercan también, curiosos de la prédica del hombre del bordón.

Unas gitanillas que mariposean por el mercado, aprovechan aquella parada de lugareños y se cuelan en el grupo.

—Señora—dice una de ellas á una forastera, enseñando una sortija de similor con una piedra roja.—Lléveme usted este rubí que tiene los mismos colores que esa cara de cielo.

La mujer, halagada por el piropo, pide precio, pero á la sazón ocurre otra gitanilla, que arguye:

—¡Calla tú, yegua pía! ¡Qué necesidad tiene esta señora de rubíes con ese palmito que parece una Virgen de los Ángeles! Señora, déjeme mirar su mano, que le diré la buenaventura.

La llamada «yegua pía», sin duda por las muchas pecas que manchaban su cara, indignada, menos por este calificativo que porque le estorba el negocio, grita:

—¡Cállate, desaborida! Eres como este *mangante* (el señor Vicente), que todo se le va en párolas y acabará por pedir una limosna.

Tal es el truco y retruco de palabrotas y de insultos entre las dos gitanas, que el auditorio del señor Vicente se distrae, se disgrega, y el pobre hombre se queda solo. En tal momento le abordo yo:

—¿Qué tal, señor Vicente? ¿No me conoce usted?

Me mira, baja los ojos y hace que sí con la cabeza.

—¿Usted por aquí?—sigo diciendo.

—Sí, señor; de paso para Guadalupe.

—Ea, véngase conmigo á la posada y ayunaremos juntos.

—No puede ser, caballero—responde medio escandalizado.—Hice voto de ir al santuario ayunando á pan y agua, y aun con los mendrugos que la caridad quiera darme.

—¿De modo que no se hospeda usted en ninguna parte?

—En ninguna, señor. Duermo en despoblado, y si la noche es mala, me abrigo en alguna choza.

—¿Tantos pecados tiene usted que purgar, para mortificarse así?

—El hombre más justo peca siete veces al día, dice la Sagrada Escritura—contesta evasivamente.

—La verdad es—sigo diciendo, dando otro rumbo á la conversación—que como todos los hospedajes le resulten como el del parador de Brunete...

—¡Ah! ¡No me eche usted el agraz en el ojo! Pero, en fin, ¡alabado sea el Señor que quiso darme aquella mortificación!—contesta el señor Vicente, inclinando la cabeza.

—Á buen seguro que la ventera no le acompañaría en esta alabanza si nos oyera.

—Mucho sentí el percance, pero, á decir verdad, la culpa la tuvo ella, pensando que yo era otro enano de la venta.

—¡Hombre, cuénteme usted eso! ¿Quién fué ese personaje tan mentado?

—¿No lo sabe usted? Érase una venta muy concurrida y un ventero bonachón y pusilánime, poco aficionado á terciar en contiendas arrieriles ó tomarse justicia por su mano. Á fin de poner orden en su casa, se le ocurrió alquilar un enano, un hombrecito raquítico y contrahecho, con una cabeza enorme que daba miedo verla, para que hiciese de guapo ó matón del establecimiento. Cada vez que se armaba una marimorena venteril, el hombrecito asomaba la cabeza por un ventano, y con voz ronca, casi estentórea, que daba pavor oirle, imponía orden y silencio. Los arrieros, intimidados ante aquella visión, venían á buenas, y aun se añade que el ventero abusaba del ardid para vender caro y malo. Pero un buen día llegó á la venta un soldado de Flandes que no tenía miedo á herejes ni á cristianos. Armó cisco, y el enano se asomó, llamándole al orden. Furioso el soldado por el vino y por la reprensión, le retó á que bajara; mas viendo que tardaba, trepa la escalera, abre

la puerta de un puntapié y, cuando la concurrencia venteril se disponía á presenciar una descomunal contienda, aparece el soldado arrastrando por las greñas un muñeco deforme, el enano... Ahí tiene usted explicado lo que le iba diciendo. ¿Cómo había de servir yo para representar este personaje, cuando soy incapaz de matar una mosca?

—Dice usted bien, señor Vicente; y puesto que no quiere acompañarme á la posada, le dejo á usted. Á ver si volvemos á encontrarnos—añadí dándole la mano.

—Fácil será, porque el camino es largo y los dos hemos de hacer muchas paradas.

Con esto dimos por terminado nuestro coloquio y fuése cada cual por su lado. Comí en la posada, tomé café en el Casino y á medio día salí á ver la procesión del *Corpus*.

Es de ver una de estas procesiones de pueblo.

Cubre la iglesia una espesa alfombra de tomillo y de romero; las calles, enarenadas y cubiertas de retama y lentisco; colgando de los balcones, tapices ó colchas de cama, según la calidad de la casa. Un repique de campanas de la parroquia y de esquilas ermitañas anuncia al vecindario la salida del religioso cortejo. Abre marcha la cruz con manga, á hombros del sacristán, entre dos ciriales llevados por monagos, quienes, por venirles corta la sotana, enseñan los pies, calzados con alpargatas. Luego el gonfalón, escoltado por dos peones camineros; y los niños de la escuela, entre los que se intercala alguna niña, llevando de la mano un borrego bien lavado y encintado. Siguen después las cofradías, que, por ser muchas y los feligreses pocos, cada una va representada por dos cofrades, algunos con vistosos uniformes mili-

tares. Y aparece la custodia, llevada por el párroco, bajo palio, cuyas varas portean los vecinos más calificados. Dan guardia de honor dos ó cuatro guardias civiles, de pecho colorado, calzón blanco y bayoneta calada. Inmediatamente la clerecía, reducida á dos clérigos forasteros y al predicador, si es caso hubo sermón por la mañana, que ahora maneja el turíbulo. Por último, la presidencia, compuesta de los monterillas, con pesadas capas, y la pareja de músicos: el tamborilero y el pífano ó gaitero.

Cierra la comitiva el pelotón de mujeres, reverentemente tocadas con griñón ó manto, rezando la letanía y con cirios encendidos, pero no cirios cualesquiera, sino *cuaresmales*. Lo explicaré.

Al empezar la cuaresma, las mujeres de estos pueblos extienden debajo de la cama una capa de tierra, en la que hunden un tiesto ó una jofaina con algarrobas. Así, á la oscurana, á la *umbría*, como se dice, á los pocos días, echan brotes las algarrobas, y á los cuarenta los tallos están en todo su vigor. Entonces desentierran los tiestos, hincan un cirio entre el follaje, y tiesto y vela lo llevan al monumento del Jueves Santo, ó, si no pudo ser en este día, guardan la última para las procesiones. Los cabos de estas velas se conservan para encenderse en las horas de tempestad, porque tienen la virtud de preservar del rayo.

Velas así eran las que llevaban las devotas comadres en la procesión de La Adrada. Pero este detalle es lo de menos, como es lo de menos en estas procesiones aldeanas el número de concurrentes y el ornamento litúrgico. En muchas ocasiones, la cruz y una docena de personas, presididas por el vicario, forman toda la comitiva.

Lo que seduce es la fe religiosa; la ingenuidad con que los corazones dan gracias por un beneficio ó piden remedio á una calamidad. El alborozo por el dón que otorgó el cielo ó la contrición ante el peligro con que amenaza.

## II

## DIÁLOGO CON UN VAQUERO

Á legua escasa de La Adrada están las ruinas de un castillo feudal, donde es fama que estuvo preso por última vez el Condestable Don Álvaro de Luna.

Cuantas veces he tropezado con estas antiguas atalayas señoriales, siempre han interesado mi atención, no ya desde el punto de vista arqueológico, sino por las emociones que remueven en el corazón y en el cerebro...

Derruídas las murallas, que eran su corona, y cegados los fosos, que formaban su cinturón, lo único que ofrecen á la contemplación del viajero es la torre del homenaje, ennegrecida por el tiempo; las barbacanas con las saeteras tapadas por herbajos y nidales de aves de rapiña, y el patio de armas, asilo predilecto de mendigos y gitanos por el algibe, de que casi siempre está provisto.

Por no ser menos, el patio del castillo de La Adrada sirve de cárcel. Queda libre, sin embargo, un buen trozo de explanada, triste y solitario como cementerio abandonado, adonde acuden á sestear los pastores y el ganado.

Plúgome el sitio, y como iba á pie y el calor apretaba, en él me detuve, tumbándome á la sombra de un pa-

redón y dándome á soñar, de cara al cielo, en castellanas, barones feudales y trovadores.

Dábame regalada música, ó al menos tal me parecía, el chirrido de una cigarra, rítmico y concertado como rascadura de güiro cubano, con acompañamiento del tintineo de esquilas de un ganado que por allí estaría. De cuando en cuando, lagartos de esmeralda trepaban por el paredón y hacían desprender algún cascote, que iba á rebotar en una que otra losa al descubierto.

Hipnotizado por el silencio y por la luz cenital se me entornaron los párpados y me quedé dormido. Un noséqué me despierta y veo inmóvil ante mí un hombre trípode apoyado en una larga vara, como centinela en su pica.

La copetuda montera y los rijosos zahones que viste, me tranquilizan en parte, porque pienso será el pastor del ganado á que antes me refería. Pero ya el susto me había hecho incorporar más que de prisa.

El hombre comprende mi alarma, se sonríe y me dice:

—A esto vine aquí, compañero, á despertarle; pero viendo lo bien que había agarrado el sueño, me dió lástima y no le quise recordar.

—¿Pues qué pasa?—pregunto, restregándome los ojos.

—Que á menos de un tiro de piedra de aquí, tengo recogidos unos toros y hay peligro en estar descuidado.

—¡Carape!—exclamé, dando un esguince involuntario, como si tuviera delante un jarameño—. ¿Con que toritos, eh?

—Y de los más bravos que cría Colmenar—responde el pastor para acabar de tranquilizarme—. Mas no haya cuidado, que ahora están echados y así seguirán hasta que refresque la tarde. Pero yo cumplo con ponerlo en su conocimiento.

—Gracias, amigo; ya me voy. Pero quisiera pagarle la centinela que hizo á mi sueño... Eche un trago.

Y le alargué la cantimplora de aguardiente que llevaba en bandolera.

—Acepto—respondió complacido el pastor—; pero póngase en cobro, por un si acaso. No conviene que los toros le vean.

Y subiendo por un escarpe del muro, nos acomodamos en una especie de barbacana, desde cuyo alto se veían los toros tendidos en actitud de esfinges sobre la yerba del foso.

Echó un trago el vaquero, tomó un cigarro de mi petaca y, para dar tiempo á que yo repitiera el agasajo, díjome á manera de proemio:

—Ahí los tiene usted: cuatro toros de lo mejorcito de la ganadería. Vinieron á la feria de La Adrada, y en cuanto que los vieron, los mercaron. Estoy esperando al amo, que está en el pueblo de francachela con los compradores, y él me dirá adónde he de trasladar los animales.

—¿Son para torear?

—No, señor; para padrear, aunque sirven para una y otra faena, porque son toretes bravos, probados en la tienta.

—¿Y los gobierna usted sólo?

—Con ayuda del cabestraje; de estos dos boyancones que allí se ven, de cabeza y cuernos más grandes que los demás; unos bueyes maulas que saben más que las personas.

—Compadre, mucho decir es esto.

—Pues aun me quedo corto. Considere si no cómo se hace el apartado para una corrida y el abasto de los

corrales. Lo que no haría una tropa de vaqueros, lo hace un pastor solo, ayudándose de un par de cabestros. Con cachaza, sin apurarse, esta pareja de pícaros guía los toros al chiquero, y así que los tienen dentro, toman la salida, como quien sabe que deja á otro metido en la trampa y él se zafa. Es decir, que además de maliciosos, son traidores á sus hermanos. Yo les aborrezco, pero no tengo más remedio que valerme de ellos cuantas veces me sirven de sargentos ó de negreros.

—No le entiendo á usted.

—Pues muy sencillo. Hacen de sargentos cuando mueven las reses, como ahora, á incorporarlas á una vacada, como por mala comparanza van los quintos á su regimiento; y hacen de negreros, cuando las llevan engañadas á la matanza. Por esto, esos dos cabestros atienden á los nombres de *Sargento* y *Negrero*, respectivamente.

Pensándolo bien, el símil del pastor es racional. El tránsito de una corrida de toros á un coso y la conducción de quintos, son motivos de algazara en los pueblos, á pesar de la red de ferrocarriles y de la nueva ley de Reclutamiento que en algunas provincias dieron ya al traste con ambos espectáculos.

La entrada de una corrida por la carretera del lugar se anuncia á son de pregón, para que los vecinos cierren las puertas y estén prevenidos. Al paso del ganado, la gente menuda silba y grita desde las ventanas; y ésta es la única ocasión en que los toros se apretujan ó bien salen de estampía hasta que en las goteras del pueblo el pastor y los cabestros los reducen al orden.

Por el contrario, á la llegada de los reclutas, el vecindario se echa á la calle; los niños se arman con palos

de escoba y sables de madera, y las comadres acuden á la plaza con beberaje para los mozos. Y esta es también la vez única que los quintos suelen desperdigarse y dar que hacer al sargento, hasta que en un campillo del egido, vuelven aquéllos á incorporarse y seguir en ordenadas filas.

Una y otra conducción no supone malos sentimientos en los guías respectivos. El sargento no sabe si lleva á sus reclutas al generalato ó á la muerte; ni el cabestro, si guía al saladero ó á padrear una vacada.

Á esta semblanza del vaquero he de añadir otras consideraciones que me sugiere el ver cómo en un aparte que de mí hace el pastor, para reprimir un conato de insubordinación de los toros, lo consigue fácilmente, sin más que la honda y los cabestros.

Este ganado de asta es una piña de estúpidos.

El toro reune la fuerza del león y la estupidez del carnero. Ataca con ímpetu, con valentía —pero á bulto y con los ojos cerrados—. Padece manía persecutoria; corre quimeras y huye como de fantasmas. Así embiste una locomotora en marcha, como da media vuelta ante el pelele de un sembrado. Es herbívoro y tiene la obsesión del rojo; le fascina un trapo colorado y le embriaga el vaho de la sangre. Es el único animal que se las tiene tiesas con el jaguar, allá en las selvas americanas; pero también la única fiera que el llanero burla y acosa, con tanta ó más maestría que nuestros chulos.

Más aún. Á los borregos hay que agarrarles de la pata para hacerlos pasar uno á uno, por donde no querían; el cerdo, á pesar de su espíritu gregario, no obedece á esquilas ni cencerros, se disgrega de la piara cuando le acomoda; la gallina no sigue al gallo, sino cuando éste le

baila una galante pavana; los caballos no van en manada, sino al olor de una buena yegua madrina; todos los animales, en fin, no tienen más sugestión que la sexual; pero los vacunos tienen, además, la sugestión tutelar de los eunucos de su especie.

Los cabestros gobiernan una vacada, como los eunucos gobiernan un harén. Tal como el turco no siente celos de un ninfo, tal el toro madrigado no recela tampoco de un buey.

La impotencia genital es emblema autoritario en ambos castrados.

Pero hasta aquí la semejanza; porque si la castración en la especie humana, hace de un niño un Adonis, un buen mozo, aunque de voz atiplada; en las demás especies zoológicas imprime un estigma de mansedumbre y de abyección, siquiera en ciertas variedades se cohoneste con el engorde.

Los más dignos de lástima, en este particular, son el buey y el caballo. ¡Qué diferencia del padrillo, alegre con su fuerza, galopando entre la manada, dando al viento las crines y su relincho triunfal; ó la del toro madrigado, ágil de miembros y gallardeando la bisulca testuz, con el manso rocinante y el cachazudo buey! La misma diferencia que va del Pegaso con un penco de noria, y del toro alado de Asiria con el buey sillonero de Sur América, al que se maneja como un caballo á favor de un cordel atravesado por las narices.

Sin embargo, á estas degradaciones llamaron, y lo son en efecto, conquistas del progreso.

Posible es que andando el tiempo, cuando la radioactividad lo haga todo con sus maravillosas autoenergías y los animales se rediman del servicio motor, como

ya va sucediendo con la aplicación del vapor y de la electricidad, posible es que aquellas conquistas parezcan menguadas por el uso á que se destinaron. En los tiempos por venir, los hombres querrán á los animales por la utilidad que proporcionan ó por el placer que dispensan, no por su trabajo servil. Serán auxiliares del hombre, no esclavos suyos. Se habrán extinguido seguramente para entonces los baguales de las pampas y los toros cimarrones de las praderas; pero en cambio, nadie verá, si no es en viejas estampas, un perro volteando un asador, una caballería con antiojeras haciendo lendeles alrededor de una noria; ni la yeguada trillando trigo y el buey tirando del arado.

Los hombres del porvenir seguirán unciendo bueyes á las carretas; y caballos, y aun cebras, tigres y leones á los carros; pero lo harán como evocación artística del pasado, en cabalgatas y torneos, á la manera que nosotros reproducimos el carro de Osiris y la cuádriga romana.

Y esta selección de los animales por la cría y la educación, sí que será verdadera conquista del progreso.

Lo que no cambiará es la adaptación de los animales mansos ó domésticos, al ambiente humano, haciendo suyos los vicios y defectos de los hombres á trueque de ciertas compensaciones. El noble jabalí se resigna á llamarse cerdo á condición que le ceben su glotonería; maese Lobo, perro, con tal que le den á roer un hueso diario; el fiero onagro, pollino, á cambio de un pienso seguro. Por el estilo, que un hombre hipoteca su libertad por una prebenda; y un parásito adula y rastrea al olor de una buena mesa; y el gañán se disfraza de lacayo por un vil salario; ó tal cosa.

Á esta adaptación general de los animales, el buey junta otra psicológica, en su condición de cabestro; nueva causa de inferioridad de los vacunos respecto de los demás animales. Porque las gallinas matarán á picotazos á un pollo triste; los perros ladrarán y morderán á un compañero sarnoso; los jabatos de América devorarán al muerto de la piara que no recogió el cazador; pero ningún animal entrega á la muerte, á sabiendas, á un congénere suyo, como no sea el hombre y el buey señuelero.

Á esto se refería el pastor cuando hacía pariguales el cabestro y el negrero. Á bien que él mismo ampliará el símil, supuesto que vuelto ya á mi lado, yo le haré hablar con otro trago y otro pitillo.

—Vamos á ver—le pregunto—, ¿en qué se parecen el cabestro y el negrero?

—Es una comparanza muy natural—contesta el pastor.—Lo aborrecible de estos señueleros es la crueldad, el instinto perverso, casi humano, con que, como antes decía, tintinean la arrancadera y guían al matadero á sus hermanos. Hay que verlo para creerlo.

«El ganado vacuno destinado á la matanza se encierra en corrales de los que irradian mangas ó callejones, con puertas giratorias, que conducen al brete; lugar desde donde el novillo va á manos del matarife. Los cabestros toman la delantera, y, á paso lento, internan el ganado en los callejones. Algunas reses desconfían y asoman los hocicos por la valla; otras husmean la sangre del matadero, se empacan, se revuelven y amenazan con los cuernos. Entonces, los señueleros se detienen; se revuelven con suavidad, dan lametones á unos, musitean al oído de otros, procuran, en fin, tranquilizar

á la tropa, y cuando lo consiguen, toman un trotecito engañoso, para evitar nueva parada y así llegan al antro fatal.

» Así que entraron todos, los pícaros guías se deslizan por una puerta de escape que ellos saben, y ufanos de su hazaña vuelven solitos al corral, á repetir la operación con el resto de la hueste condenada.

» Dígame, ahora, si esto no se parece á lo que, según he oído contar, hacen en África con los negros. »

Así habló el pastor. ¿No es verdad que su moraleja es aplicable á otros guías y rectores de la grey humana? ¿Cuándo será que los toros bravos la emprendan á cornada limpia con los cabestros? ¡Ésta sí que sería la Revolución de las revoluciones!





# JORNADA QUINTA

## EL VIEJO Y LA NIÑA

Día de mucho, víspera de nada; ó como decían los sopistas de Salamanca: *Post festum, pestum.*

Tras la fiesta vino la peste; peste de basura é inmundicias en la plaza, peste de mendigos en las calles y peste de cuatreros en los campos. A conjurar esta triple calamidad, ocurre un bando del alcalde que pone en movimiento al ministril que lo pregona, al son de tambor; al alguacil que arroja á los pobres, forasteros; y á los guardas jurados que avizoran en las lindes de las heredades. Los labriegos, prevenidos, vigilan sus cosechas y ganado.

A poca distancia del pueblo hay una casita de campo cercada por una tapia, en medio de campuzanos adehesados pertenecientes á la finca. Viven en ella dos hermanas, dos mujeres solteronas, sin más compañía que una niña, la cenicienta de la casa, que sirve de doméstica y de porquera. Barre el suelo, friega platos, saca y acarrea agua del pozo y, en las horas de descanso, pastorea una cochina con dos marranetas, que le dan que hacer más que dos criaturas traviesas.

La casa aquella y sus inquilinas tienen mala fama en La Adrada. En ella vivió el tío Blas, un viejo avaro, el hermano de las dos mujeres, que acaparó dinero y tierras con préstamos leoninos é hipotecas usurarias. Cerrada la puerta á pobres y necesitados, el tío Blas la abría únicamente á las víctimas que iban á ponerse al alcance de sus garras. Como no cultivaba sus tierras, se excusaba de labradores y colonos. Así, sin amigos ni criados, vivía retirado en compañía de dos hermanas, tan secas de corazón como él.

Pero un día, éstas corrieron al pueblo á dar parte que á su hermano le había ocurrido una horrible desgracia. Acudió el juzgado y se supo todo. El tío Blas acostumbraba encerrarse en una habitación donde tenía instalado un baúl de hierro en que guardaba sus monedas. Allí pasaba horas enteras regodeándose, con la vista y con el tacto, en la contemplación y cuenta de su tesoro. Llamáronle las hermanas para cenar, y como nadie contestaba y la encerrona duraba más de lo regular, se alarmaron; creyeron en una muerte repentina, y ante la imposibilidad de abrir la puerta, corrieron azoradas al pueblo.

Al comparecer la justicia y forzar la puerta de la estancia en que se había recluído el tío Blas, vieron á éste, cadáver, con la cabeza cortada, metida en el baúl con el tesoro que éste contenía. A juzgar por la situación en que se encontró al tío Blas, éste fué víctima de su vicio. Indudablemente, cuando el viejo iba á palpar ó sacar las talegas, la pesada tapa del cofre cayó sobre el cuello del avaro y le decapitó á manera de guillotina; cayó la cabeza dentro del baúl y el tronco quedó fuera.

Nadie se afligió por la tremenda desgracia y el tío

Blas fué enterrado como un ajusticiado por el castigo de Dios.

Esta ocurrencia colmó la antipatía de todos hacia la casa maldita, á la que correspondieron las dos hermanas encastillándose en ella, sin asomarse nunca por el pueblo, disfrutando solitarias y egoístas de la herencia del avaro, que el notario de La Adrada administraba.

Una tarde llamó á su puerta una pobre niña extraviada ó abandonada de sus padres en el camino. Por su aspecto y por sus modales se conocía que era hija de mendigos. Las hermanas se conmovieron por primera vez en su vida, la hicieron merendar y la preguntaron quién era y de dónde venía; concluyendo, de común acuerdo, por recogerla, pero con su cuenta y razón. Ya que era imposible procurarse una criada en la comarca, por la antipatía general que todos tenían por ellas, tomarían aquella chica á su servicio.

La niña dijo llamarse Ramona; no sabía leer ni escribir y tampoco ninguna de las labores de su sexo. Aparentaba unos nueve ó diez años de edad, pero era una muchacha crecida, fuerte y sanota, acostumbrada á las inclemencias de la vida vagabunda. Todo esto ayudaba los planes de las hermanas y, desde el primer día, la agobiaron de trabajo, tratándola con despego, como á un animal que les era útil.

Ramona, acostumbrada tal vez á peores tratos, no se daba por sentida, y menos por resentida; encontraba muy natural esto de tener que trabajar para comer. Como, además, no trataba con más personas que sus señoras, se fué acostumbrando á las solteronas, á pesar del mal trato que de ellas recibía, y les prestaba obe-

diencia, como un perro á su amo, sin quererlas ni aborrecerlas.

Su único amor era una muñeca que acostaba con ella y llevaba en brazos cuando salía á pastorear los cerdos. Esta muñeca era un fantoche con cara de niña, bastante bien hecha, que Ramona se encontró en la dehesa colindante y que seguramente habría caído de algún carro de saltimbanquis que iban ó venían de dar una función de títeres en el pueblo. Ramona alzó el muñeco del suelo y aquella tarde, cuando la llamaron desde la casa, antecogió sus tres cerdos y vino alegre como unas pascuas. Las solteronas no hicieron caso de su hallazgo, y dejáronla en posesión del fantoche.

Desde este día, Ramona se sintió más feliz porque tenía una compañera en aquella muñeca que, aunque no hablaba ni movía los ojos, parecía entender y corresponder á lo que ella le decía. Poco á poco, con guiñapos y cintas viejas que tiraban las señoras, la niña la fué vistiendo y, á poco tiempo, le fué aderezando una pequeña guardarropía.

A todo esto, por esos días en que fué la feria de La Adrada llevaba cerca de un año en la casa. Con ocasión de esa fiesta, las hermanas iban por única vez al pueblo para cobrar sus rentas en la notaría, hacer compras en la feria y asistir á los oficios divinos y á la procesión.

Aquel día Ramona lo pasó entero en el campo, con su muñeca, con los cerdos y con una hogaza que le dieron las señoras, quienes al irse al pueblo cerraron postigos y ventanas de la casa, llevándose la llave de la puerta. Esto le pareció á la niña un día de asueto: no tenía que hacer ningún menester casero y camparía por sus respetos, allá en la dehesa, oyendo las campanas del

pueblo, viendo volar á lo lejos cohetes y globos de papel y cruzar por los senderos alegres caravanas de mozos y mozas.

De su alegría hacía partícipe á la muñeca, zarandeándola para que no se durmiese, hablándola y levantándola en vilo para que viera todo cuanto á ella le alegraba.

Ya cuando atardecía, llegaron sus señoras y desde una ventana le dieron voces. Ramona arreó la cochina en dirección á la casa, y en esto vió que le faltaba un marranillo. Mira á todos lados, corre cuitada de acá para allá y no lo encuentra. Comprende que se le ha perdido ó que se lo han robado, y desesperada, grita y llora. Ya cerca de la casa, le preguntan sus amas, y antes que responda entienden lo que pasa. Salen frenéticas y descargan golpes y dicterios sobre la infeliz.

Cansadas las manos y las lenguas, una de las hermanas entra los dos animales que quedaron, y cuando la niña se dispone á atravesar el umbral, la otra hermana le arrebata la muñeca del brazo y va á cerrar la puerta. Ramona se arrodilla; gimiendo y suspirando pide perdón, y ya que la dejan fuera, suplica su muñeca. Todo es en vano; las solteronas la rechazan y antes de cerrar la puerta, una de ellas grita:

—Busca el cochinillo, porque mientras no vuelvas con él, no entras más en esta casa.

Y afuera se queda la pobre niña dando alaridos de dolor. ¿Qué va á ser de ella? La noche va cerrándose, velan las sombras el horizonte y el aire empieza á refrescar. ¿Cómo encontrar el cochinillo á aquellas horas? ¿Dónde pasará la noche?... Torna á la casa y vuelve á implorar á voces; pero la casa, implacable, se muestra

silenciosa y cerrada, sin un rayo de luz que se filtre por las ventanas.

Ramona comprende que no hay remedio y se aleja llamando y buscando á ciegas al cochinillo. Más que cansada, medrosa por el silencio y la obscuridad, se acuerda de la choza de campo que le sirve de refugio á ella y á los cerdos cuando llueve. El instinto se la hace encontrar y allí decide pasar la noche. Pero así que entra, tropieza con un bulto.

Despavorida, pregunta:

—¡Quién está aquí!

Enciéndese una cerilla y Ramona ve un hombre que se incorpora en el suelo y, con suavidad, la dice:

—No tengas miedo, muchacha. Entra, que cabemos los dos.

Duda la niña entre quedarse ó irse; pero el desconocido vuelve á decirle:

—La noche está fría. ¡Vaya! Entra y dormiremos juntos.

El tono de voz de este hombre y su semblante bondadoso, que la niña ve á la luz de otra cerilla que aquél enciende, tranquilizan á Ramona.

El huésped de la choza es el señor Vicente, á quien el frío de la noche hizo entrar en el primer tugurio abierto que encontró á la salida del pueblo. Está reclinado en el suelo sobre unas pajas y se abriga con una manta. Á su lado se sienta la niña, y los dos huéspedes miran silenciosos el girón de cielo estrellado que se atisba desde el fondo de la choza aportillada.

—¿Qué te pasa, hija mía?—pregunta al fin el señor Vicente.—¿Cómo andas sola? ¿Vienes perdida?

La niña, llorando, se lo explica todo, sin olvidar el secuestro de su muñeca.

—No te apenes, hija—dice el señor Vicente—. ¿Cómo te llamas?

—Ramona.

—Pues bien, Ramona, mañana se arreglará todo; mañana tendrás tu muñeca. Ahora, á dormir, que es tarde y hace frío.

—¿Quieres comer?—añade, brindando á la niña con pan y queso de las alforjas.

Come Ramona, y acabada la refacción, el señor Vicente esparce la paja, hace que se tienda la niña á su lado y estirando la manta para que llegue á los dos, se entregan al sueño.

Ramona durmió como niño en el regazo paterno; pero, cuando fué de día, se le recrudeció el dolor de la víspera.

—No llores, chiquilla—le dijo el señor Vicente, enjugándole las lágrimas.—Ea, vuelve á contármelo todo.

Ramona repitió la relación de la noche, añadiendo ahora cómo y con quién vivía, y señalando la casa que señoreaba la dehesa. El señor Vicente la oía acariciándose la barba, en actitud pensativa. Cuando la niña acabó de hablar, le dijo:

—Mira, Ramona, no te muevas de aquí hasta que yo vuelva. Voy á hablar á tus señoras.

—No le recibirán á usted.

—Ya verás que sí. Con que lo dicho; quietecita aquí, que yo volveré pronto. Ahí te dejo la alforja y la calabacita del agua para que tomes un bocado.

Á todo esto, el señor Vicente se había lavado en un regato próximo la cara y las manos, y limpiado la capa de polvo y paja. Empuñó el bordón y echó á andar hacia la casa.

Aunque era temprano, se veían ventanas abiertas y ropa de cama aireándose en una de ellas, señal de que los inquilinos estaban de pie. Sin llegar á la puerta, el viajero se detuvo á pocos pasos de la fachada, y dijo en voz alta:

—¡Ave María!

Á esta salutación sucedió el asomarse una de las hermanas.

—Dios le ampare, hermano—dijo, creyendo que se trataba de un mendigo.

—Así sea—contestó el señor Vicente.—¿Es ésta la casa que perdió ayer tarde un cochinillo?

—Sí, señor; ¿sabe usted de él?

En esto, se asomó la otra hermana.

—Señoras—dijo el señor Vicente—, si me lo permiten, quisiera hablarles sobre este asunto.

La esperanza de recobrar lo perdido y la buena apariencia del señor Vicente, hacen que las mujeres le abran la puerta, y en el mismo umbral, aquél empezó así su parlamento:

—Señoras, ante todo les voy á hacer esta pregunta: ¿Les convendría á ustedes un hombre que les trabajara sin vivir en esta casa y sin cobrar salario; es decir, un mozo de balde?

—No necesitamos mozo ni criado, porque nos bastamos las dos solas—contestó desabrida una de las solteronas.

—Ya sé que no son ustedes labradoras, pero necesitarán leña ó carbón para la casa.

—Lo compramos con nuestro dinero. Repito que no necesitamos de usted. ¿Eran estas todas las nuevas que nos traía en albricias del hallazgo!

—Por desgracia, señoras, no hay tal hallazgo. El cochinillo está perdido definitivamente, como que lo habrá robado y matado alguno de los gitanos que vinieron á la feria. Pero yo vengo, en nombre de Ramona, á indemnizar á ustedes de la pérdida.

—¡Aviadas estamos! No nos hable usted de esta pícara, que nos cuesta más que ella vale.

—Yo les pagaré también la parte de Ramona—sigue diciendo, sin inmutarse el señor Vicente.

—Pero, buen hombre, ¿qué le importa á usted de ella? ¿Es usted su padre? Ea, acabe de explicarse.

—Sí, señora, voy á explicarme, y quiera Dios que ustedes me entiendan—responde el señor Vicente con humildad.—Yo no soy nada de Ramona, como no sea su hermano en Jesucristo. Esta noche me la encontré afligida y sola en medio del campo. Sé que la infeliz no tiene padres ni bienhechores, y sé también que, por la pérdida del cochinillo, ustedes le han despedido. Trato únicamente de reparar su falta, pagando lo que ella deba.

—¿Trae usted mucho dinero?—dice con sorna una de las mujeres.

—Lo que se llama dinero, no, pero algo equivalente... Se me ocurre una idea. Han dicho las señoras que compran la provisión de carbón. Sé por Ramona que son ustedes dueñas de un encinar en el vecino monte. Pues bien, yo me comprometo á cortar leña y hacer el carbón que necesiten por el tiempo que fijemos. Creo que á las señoras les convendrá el trato, porque, sobre ahorrarse el gasto del combustible, á mí no me han de pagar nada por mi trabajo. Sólo necesito un hacha y un horno, que para lo demás yo me arreglaré.

La proposición es tan halagüeña, que las hermanas se miran y tácitamente convienen en aceptarla. El señor Vicente lo comprende, y, más animado, vuelve á la carga.

—Las señoras fijarán la cantidad de carbón con que se den por pagadas de la deuda de Ramona.

—Pues ya puede usted echar arrobas—responde una de aquéllas.—Calcule usted: un año que la desharrapada se ha llevado con nosotras, comida y vestida y alojada, para no hacer nada. Á esto hay que añadir la pérdida del animal.

Y á propósito de la marraneta, la solterona hizo las cuentas de la lechera.

—Bueno—replicó el señor Vicente—. ¿Les parece bien á las señoras veinte arrobas por el marranillo y otras veinte por los gastos de Ramona?

Las hermanas, calculando cada arroba al precio que á ellas les costaba, dijeron que sí.

—Pues no molesto más—concluyó el señor Vicente—. Cuenten ustedes con las cuarenta arrobas, que entregaré en el monte por remesas semanales ó quincenales, según se dé. No olviden de avisar al guarda para que sepa á lo que voy. Ahora, antes de despedirme de las señoras, he de pedirles un favor... Que me entreguen la muñeca de Ramona.

—Esto faltaba—repuso una de las arpías—, que diéramos gusto á la pícara desagradecida. No damos la muñeca.

—Pues entonces la compro. Añado diez arrobas más y serán cincuenta. Venga la muñeca.

Las solteronas se la entregan, y el señor Vicente se despide, mientras ellas se dicen, mirándole desde la puerta:

—¡Qué hombre tan raro!

—¡Vaya! No hay mal que por bien no venga—contestó la otra.

Es de suponer la alegría con que Ramona vió venir al señor Vicente con la muñeca. Brincó como una cervatilla y colmó de besos á sus dos amigos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Después que el señor Vicente me contó todo esto, al otro día que le alcancé en el camino, acabó diciéndome:

—Me pareceré á Jacob, que sirvió á Labán siete años por Raquel (señalando á Ramona) y otros siete años por Lea (señalando á la muñeca que la niña llevaba en brazos).





# JORNADA SEXTA

## UN MODELO VELAZQUISTA

### I

### EL MONTE DE LAS ÁNIMAS

Avisado por las hermanas del tío Blas, el notario envió un propio al guarda jurado del monte para que diera posesión al nuevo empleado. El sitio distaba unas cinco leguas de la finca matriz, y á él llegó el señor Vicente con Ramona, instalándose el mismo día en la choza de una carbonera, en mitad del monte.

La gente de por aquí distingue, sin ser técnicos, entre monte y montaña. Con el segundo nombre designan los promontorios elevados, calvos ó arborescentes, que forman los dientes de la sierra; con el primero, los terrenos cubiertos precisamente de vegetación arbórea, abarcando los cuatro significados de selva, bosque, floresta y soto.

El monte de las hermanas del tío Blas, lo había adquirido éste casi de balde, por una de sus puercas hipotecas. Era «monte tallar», es decir, abundante en leña de corte, á propósito, por consiguiente, para aserraderos y carboneras; pero el viejo avaro que secaba

cuanto adquiría, mató estas industrias para no pagar jornales. El único que pagaba á gusto era el del cancerbero, su guarda jurado, terror de los leñadores furtivos y de los pobres, que allá en el invierno, iban al monte á arañar la charamasca.

Tantas fueron las denuncias y tantos los juicios verbales, que la gente del contorno se acostumbró á mirar aquel monte como maldito, como una selva negra donde las brujas tenían sus aquelarres y los demonios zarandeaban el alma del tío Blas. Los pastores excusaban de llevar allí los hatos, y los aldeanos que por necesidad lo atravesaban, hacíanlo de prisa, sin pararse, por mucho calor que hiciera; y si les sobrecogía la noche se santiguaban á cada paso, hasta salir de él. En poco tiempo, diéronle en llamar el «Monte de las Ánimas».

De este temor supersticioso de la gente comarcana se aprovechaban los conejos para multiplicarse; pudiéndose asegurar que más de una de las pretensas almas en pena que en las noches de luna aparecían en los claros del bosque, haciendo correr á los timoratos, fuera algún conejo filósofo, parado á reflexionar que había séres más cobardes que él.

Ya se le había ocurrido al tío Blas acotar este sitio para fastidiar también á los cazadores; pero en vista de los crecidos gastos que tenía que pagar á la Hacienda, desistió de su propósito. En resumen; que cazadores de escopeta y cazadores furtivos que husmeaban los vivares, eran los únicos que frecuentaban aquel paraje en la estación de la caza.

Al día siguiente de instalarse los nuevos huéspedes en la carbonera, fuí á verles, no tanto por haberlo pro-

metido, como porque el Monte de las Ánimas estaba en mi itinerario.

Al salir el sol llegué á la floresta, y á poco de internarme en ella, oí los golpes de hacha de un leñador. Con esta guía acústica no tardé en hallar á mi hombre astillando un tronco. Á poca distancia, en un descampado orillado por un pinar, veíase el horno de la carbonera, y más allá una cabaña, arrimada á un árbol.

Este día lo dedicaba el señor Vicente á cortar leña, porque en la noche anterior un aguacero había dejado inservible todo el combustible hacinado para alimentar el horno. Al verme mi amigo, soltó el hacha y me guió á la cabaña donde estaba Ramona. Gozosa corrió la niña á mi encuentro, y apeándome del caballo, saqué de las alforjas el presente que para ella traía. Parvo era en verdad; una camisa y una falda de percal compradas á un mercachifle de La Adrada, pero ello le pareció á Ramona un presente de Rey mago.

Y se me ocurre este símil oriental, porque tras la dádiva vino la ofrenda de café, en un canuto de hoja de lata que llevaba de repuesto, invitando á mis huéspedes á que prepararan la infusión.

Sirvió para el caso una cazuela nueva, que entre otros cachivaches usados, diera la mujer del guarda á los nuevos compañeros, á título de devolución.

Como en todas las habitaciones montaraces, en la cabaña se amontonaban las brasas, por lo que en muy poco tiempo estuvo servido el café. Por ser la primera vez en su vida que Ramona lo probaba, hubo de servírsele con mucho azúcar.

Así estábamos los tres, tomando el café matinal en sendas tazas de barro, sentados en rollos de madera,

que vimos aparecer un hombre en la plazoleta. Era alto y nervudo y andaba á paso reposado, pero firme.

Vestía sombrero achambergado, capote de monte y botas de cazador.

Por el tipo y la indumentaria se me antojó una clásica visión velazqueña. No obstante, á simple vista, le clasifiqué en la categoría de los trotatierras ó viajeros que se dan el gustazo de andar por el mundo, á pie y sin dinero.

El viajero, al vernos, vino en derechura á nosotros y nos dió los buenos días.

—Muy buenos—le contesté—. ¿Quiere usted acompañarnos á tomar café?

—No sabe usted lo bien que me vendrá después de la noche toledana que he pasado.

—¿Le cogió á usted el aguacero de esta noche?—le pregunté.

—Peor que esto—me respondió—. Me han cogido mil zozobras, dos mil sustos y cien mil demonios coronados.

¡Extraña nomenclatura!, pensé; pero antes de traducir al lenguaje mi pensamiento, el viajero siguió diciendo, entre sorbo y sorbo de café:

—Verán ustedes: Salí ayer muy tarde de La Adrada con intención de andar de noche, aprovechando el plenilunio. La puesta de sol presagiaba tormenta, pero yo no hice caso, sabiendo á qué se reducen estas tempestades de verano. Ello es, que á medida que yo me distanciaba del pueblo é iba cerrando la noche, la atmósfera se volvía cada vez más caliginosa y asfixiante. De vez en cuando, el rayo fulguraba á lo lejos hendiendo la sierra y alborotando los cóncavos con pavoroso estruendo. Á poco los relámpagos fueron más cercanos y

repetidos, antojándose fantasmas eléctricos que en fugas macabras iban de la montaña al llano y del llano á la montaña.

Mucho me extrañó exordio tan campanudo, que por la ocasión y el sitio, se me antojaba el discurso quijotil á los cabreros, y eso mismo avivó la atención con que escuchaba al narrador, el cual siguió diciendo:

—Olisqueando la tormenta, apreté el paso buscando en la obscurana algún refugio; pero súbito, caen gruesas gotas de agua y un trueno y otro, y otro, retumban formidables. ¡Qué confusión la mía! ¡De noche, en campo raso y con la tempestad encima! En esto, á la luz de un relámpago, veo á poca distancia el carrascal donde empieza este maldito monte. Silbaba el viento en la espesura con temeroso ruido y los árboles blandían sus ramas de un modo extraño... ¿Conoce usted á Shakespeare, caballero?

—Sí, señor—contesto, cada vez más admirado de oir en labios de aquel hombre el nombre del gran William.

—Pues bien, ello se me antojaba como otra selva andante de Macbeth que quería cerrarme el paso. ¡Valor! me dije; y de una escapada me interno hasta dar con una haya gigantesca, en cuya oquedad me guarecí. Pronto el beleño acarició mis párpados y adormecíme, acurrucado é inmóvil, en la postura que el feto en el claustro materno.

Aprovechando esta pausa, brindé con un cigarro al narrador, que tras la primera chupada, prosiguió:

—Fuera por lo insólito del caso ó por el sopor de la turbonada que me envolvía, ello es que horrible pesadilla atenaceaba mi cerebro. Soñé estar agazapado en el nicho de un cementerio y que afuera estaba esperando

á que yo saliera el huésped mortuorio, como buho que encuentra ocupada su cueva. El espanto me despertó. Vi que el cielo estaba raso y que por un rincón del Oriente apuntaba el alba. Huyo del árbol fatídico; pero á los pocos pasos, oigo rumor de voces humanas. Pensé si serían gañanes que iban á su faena, pero unas palabras que oigo, me hacen poner en guardia.

—Por aquí es—oí decir á uno—; en la haya del hueco grande. Ya estamos.

No cabía duda: hablaban de mí. Algún foragido me había espiado y juntándose á otros querían secuestrarme.

¡Y yo, sin un arma, derrengado de sueño y de cansancio, entumecidos los miembros por la humedad!, ¿cómo hacer frente á estos desalmados? No había más remedio que jugar al escondite con ellos, y, dicho y hecho, me encaramo como puedo á un árbol y me agazapo en el ramaje.

Ya era tiempo. La gavilla llegó donde yo estaba, pero sin verme. Eran cinco hombres: dos llevaban unas rústicas parihuelas; el tercero cargaba una escalera; otro blandía una linterna sorda, y el quinto y último era... un guarda rural.

Llegado que hubieron al haya, hizo alto la patrulla. El cirineo arrimó la escalera, otro trepó á ella provisto de la linterna y á la luz del reflector vimos todos un hombre colgando de una alta rama del árbol.

¡Un suicida! El miserable estaba desfigurado, sacados los ojos y la lengua y chorreando todo él gotas de agua y de sangre, empapado como estaba por el aguacero de la noche.

La luz opalina del alba daba un tono repugnante á

aquella cabeza doblada sobre el pecho y oculta casi por los cabellos peinados hacia abajo por la lluvia.

Pusieron el cadáver en las angarillas y el fúnebre cortejo desapareció de mi vista, quedándome yo como quien ve visiones. Mi sueño era una realidad; ¡mientras dormía en el hueco del árbol, el cadáver del suicida se había cernido sobre mi cabeza, como sombra fatídica proyectando en mi cerebro fúnebres ensueños!... Y aquí me tienen ustedes, fugitivo de aquel lugar maldito...

—¡Extraña aventura!—exclamé por todo comentario.

—Tan extraña como verdadera—agregó el señor Vicente—; porque el guarda jurado me previno ayer tarde que iba á La Adrada á dar parte del hallazgo de un cadáver que, á la cuenta, recogieron ya. Esto faltaba para desacreditar del todo este monte en que nos hallamos.

Y el señor Vicente refirió ahora cuanto tengo dicho por adelantado sobre el Monte de las Ánimas, terminando por decir:

—En fin, señores, vuelvo á mi trabajo, porque la mañana está buena y hay que aprovecharla. Ustedes me harán la merced de esperar hasta la hora de comer, en la que tendremos un par de conejos asados de los que cría este monte.

## II

## MENIPO II

Ido el señor Vicente nos quedamos solos á la puerta de la cabaña el forastero y yo, porque también Ramona se corrió al pinar á disputar piñas á las ardillas; y por

ganas de hablar, conté á mi acompañante el rasgo de nuestro huésped metido á leñador.

—He aquí un hombre acreedor á la cruz de Beneficencia—contestó mi oyente al final de la relación—. ¡Cuántos héroes anónimos como éste hay en el mundo sin cruces y sin premio de ninguna clase, como no sea el sentimiento del deber cumplido!

—Dice usted verdad, señor... ¿Cómo le llamaré á usted?

—Llámeme Mingote á secas, que á nombre de Pedro Mingote llevo extendida la cédula. Es nombre de guerra que me viene pintiparado, porque yo, como bola de billar, ruedo por el mundo caramboleando.

—¡Bravo, señor Mingote; la metáfora me indica que es usted hombre de historia!

—No lo crea usted; por no tenerla ando por estos andurriales llevando vida aventurera, casi miserable, como bola sin manija, que dicen los criollos.

—Pues esto no se compadece con lo que usted representa; porque su porte, su educación, aquella cita de Shakespeare...

—Comprendo su extrañeza. Sí; soy un caballero andante de nuevo cuño, ó, si le parece á usted mejor, un pícaro; porque á esto viene á parar la antigua caballería traducida á la prosa de la vida corriente. Soy también letrado, que es lo mismo que decir hidalgo pobre dos veces, con la agravante de conllevar con buen ánimo y conformidad mi pobreza.

—Gran cosa es el resignarse con su suerte—repuse—; como que esto fué en tiempos principio de sabia Filosofía, aunque es ahora prurito quijotil que da patente de vencido.

—Sí; tal es el calificativo puesto en moda por ciertos sociólogos modernos, apologistas de la grandeza material y cuantitativa. Se es un vencido cuando no se escalan las alturas; como si el todo de la vida fuera el éxito, casi siempre circunstancial. ¡Cuántos encumbrados por causas fortuitas resultan tontos en evidencia, como esos pavos reales que abren la rueda y hacen reir á la gente con la estulticia de su voz!

—Convengo en ello, señor Mingote; pero el mundo es así, y hay que ser realista en la lucha por la existencia.

—Otro enunciado con el que tampoco estoy conforme. Se habla mucho de la lucha por la existencia; dícese que la vida es un combate continuo; pero tengo para mí, y en esto pienso como Novicoff, que el principio que domina en la Naturaleza no es la lucha, sino el principio de la expansión de la vida. En el mundo biológico, como en el social, hay individuos y grupos que pueden fundirse unos en otros, y grupos é individuos que no pueden fundirse. Si la unión resulta ventajosa para cada cual, ella se verifica; tal es el principio de la asociación. Si el antagonismo produce ventaja á una sola parte, la lucha aparece con todas sus consecuencias; de ahí la lucha de clases, las reivindicaciones sociales. Es decir, que en lo que se refiere al hombre, la lucha por la existencia se reduce á la lucha del individuo contra el medio, hasta llegar á conseguir el equilibrio social. Á destruir las fuerzas perturbadoras que á esto se oponen, ocurren los apóstoles de las armonías económicas y de la Justicia universal, así como los propagandistas del homicidio y del reparto colectivos.

Pues bien; yo, que también me siento enemigo de la

sociedad actual, yo, que odio la vida reglamentada y codificada, no soy ni idealista ni utopista, ni pensador ni energúmeno, ni apóstol ni sicario. Soy un estoico, al que no se le da nada de la vida corriente y deja que se las entiendan los hombres con ellos.

—¿Qué clase de estoicismo es el suyo?

—Cité antes á Shakspeare y á Novicoff; ahora me meteré con Séneca, cuyo es el estoicismo natural y humano que yo practico: «Sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan; sean de los que llamamos prósperos, ó de los que llamamos adversos, ó de los que parecen envilecernos con su contacto, manténte de tal modo firme y erguido, que, á lo menos, se pueda decir siempre de ti que eres un hombre».

Soy un estoico, repito; pero como no quiero serlo á la manera de Diógenes, rodando su tonel por las calles de Atenas, en vez de exhibirme como filósofo cínico en la Puerta del Sol, abandono la corte y salgo al campo, donde no me acongoja lo que he de comer ni cómo he de vestir.

—Esto, señor Mingote, revela flaqueza de ánimo, falta de energía individual.

—Pudiera ser; pero un hombre que no es ningún idiota, y á quien no le importa ni comer, ni dormir al raso, ya comprenderá usted que posee un potente individualismo para crearse una vida aparte. Yo me he fabricado una ermita dentro de mí mismo. El altar de esta ermita es mi corazón; el ermitaño es mi alma. Á mi alma le he dicho que como no salga de esta ermita, aunque ande todo el mundo, no sentirá congoja; pero que si sale de su ermita le tocará padecer con el cuerpo, que es el asno que lleva la reliquia.

—Todo esto tendrá alta inteligencia mística, señor Mingote, pero huele á egoísmo.

—¿Por qué?—repuso algo amostazado mi hombre—. ¿Porque vivo en mí y para mí? ¡Pues si todos hacen lo mismo! Cada uno se encierra dentro de sí, y desde allí mira cómo va el mundo, pareciéndole que va muy mal. Cada cual no piensa más que en cuidar su interesante persona, anteponiendo á todo su conveniencia y llevando siempre el *Yo* por delante.

—Bueno, y ¿usted se cree valer algo?

—Contemplándome á mí mismo, nada; comparándome á otros, mucho.

—Entonces, ¿por qué no procura ser más que estos otros? ¿Por qué no se abre camino? ¿De qué le sirve su talento si no lo hace valer?

—¡Quién hace caso de un pobre diablo! Un vestido de terciopelo, un chapeo con pluma, una espada al cinto, infunden atrevimiento y dan patente de impertinencia para tratar con autores, libreros y comediantes; pero cuando ese hombre se ve pobre y con remiendos en el vestido, se vuelve tímido, se esconde para que no le vean; y si por acaso se manifiesta, es para que todos pongan á ganancia su talento.

—Convengo en ello; pero ¿por qué no cambia usted de oficio? ¿Por qué no se hace comisionista, comerciante ó cosa así?

—No sirvo para esto. Soy artista, soy escritor, y quien dice esto, dice un desmañado, un inepto, en la vida práctica. Además de esto, no quiero rebajarme al nivel de esos prosaicos burgueses, llenos de susceptibilidades y de pequeñas vanidades, que manejan con tal cual acierto sus negocios, y no pasan de aquí.

—Pues éstos son las hormiguitas de la República, señor Mingote, porque hombres de talento los tenemos en tanta abundancia, que son una calamidad; ya no sabemos qué hacer de ellos. Ahora más que nunca el talento anda de sobra; ¡y tan de sobra, que se muere de hambre por no encontrar quien lo emplee!

—Pues me moriré de hambre. *Aut César, aut nihil.* Estoy satisfecho con mi papel de Edipo errante entre la piara de filisteos y logreros.

—¡Ah, Mingote! Ahí duele. El exceso de miseria es como el exceso del vino: que embriaga, pero de desesperación y de rabia. La pobreza que arrastra usted es la que le hace hablar así.

—¿Qué es la pobreza para que se la tema tanto?—repuso Mingote con cierta exaltación mística—. Es como el hierro de que se valen los artistas de Eibar para incrustar oro. Sin la pobreza, ¿cree usted que yo sería tan sano de cuerpo, tan ecuánime de espíritu ni tan enamorado de la vida? Refiérome á la vida naturista, al gozo de la vida que infunde el sol de nuestra tierra.

—Esto es ya atenerse á la realidad...

—Sí; como las aves emigradoras, sé escoger la época de viaje y el clima de las tierras que he de atravesar. No le extrañe el número de vagabundos que pululan por los caminos de España; ello no significa que haya entre nosotros más pobres que en otras partes, sino que como las aves del cielo, salen á gozar del buen sol y de los frutos del campo.

El *lazzarone* napolitano y el golfo madrileño, tumbados á la bartola, viviendo por vivir, no se cambian, á buen seguro, por el minero inglés, el cual, si gana bue-

nas libras esterlinas, su trabajo le cuesta, viviendo, como un topo, bajo tierra.

La vida es tanto más amable cuanto menor es el esfuerzo que hacemos en vivir. Además, la bohemia tiene sus encantos, á lo menos en nuestra España. No todo es sudar la gota gorda y rascarse la mugre como se figuran los blandengues bien hallados en el pudridero de cafés, casinos y demás encierros.

—Pero esto de pasar las noches comido de pulgas, picado de mosquitos, despertarse con el gallo y echar á andar expuesto á las cornadas traicioneras de una pulmonía ó de un tabardillo pintado...

—Más cornadas da el hambre, decía Lagartijillo. Menester es pasar cochura por hermosura; que hermosura es dormir con reposo á la manta de Dios, sin que turben el sueño acreedores, ni despierten celos, ni haber de dar pan á los hijos.

—¿Y cómo se las arregla usted para viajar sin dinero?

—Aquí del pícaro ó del mendigo, porque sitios hay donde no valen arte ni industria para ganarse un pedazo de pan, y hay que comer. Yo he pedido en ocasiones, pero, en general, sé ganarme alojamiento y comida donde quiera, cotizando una ú otra habilidad.

No crea usted, sin embargo, que la vida del pobre errante sea tan perra y calamitosa como muchos creen. Y puesto que la he probado, quiero, si es que no le cansa mi cháchara, hacerle una descripción á lo pícaro de la vida vagabunda que á trechos le parecerá regalada y principesca.

—Siga usted hablando, señor Mingote, que le oigo con mucho gusto.

—Pues ahí va. Cuantas veces salgo á pie de Madrid,

donde, dicho sea de paso, inverno, viviendo de copias y de traducciones, me proveo de una *carta de socorro;* un papel que despachan en el Gobierno civil y da derecho al portador á cobrar dos reales en los pueblos de etapa; lo justo para no morirse de hambre en el camino. Acompañando un certificado médico, fácil de procurar, añaden bagaje en el Gobierno. Con carta de socorro y bagaje, en carros ó á lomo de caballerías, he visto tragando el polvo de las carreteras familias de militares y de magistrados trasladados de destino, que con ese expediente se ahorran los gastos de viaje.

Al término de cada etapa, se da con los huesos en un pajar de era ó de mesón; yácija limpia y blanda que en tierra de Castilla se otorga, como por derecho propio, á los pobres viandantes. Venteras hay que añaden á la partida un buen pichel de vino y un cuscurro de pan, porque en los pueblos la pobreza es santa.

Y sigue la marcha, que en días serenos es verdaderamente triunfal, como que se anda bajo el palio azul del cielo y hollando alfombra de césped y de flores campesinas. Los arrollos se despeñan brindando agua cristalina y pura; arbustos y árboles frutales alargan sazonadas frutas, que nadie niega al caminante necesitado, con tal que no dañe la planta; y como si ello fuera poco, ocurre á veces el agasajo cabreril de un cuenco en el que espumea el néctar de las ubres.

De tarde en tarde, se llega á las ciudades ó capitales de provincia, y aquí, como en el campo, prevalecen los fueros del pobre. Usando de esta prerrogativa, yo he sesteado á pierna suelta en Las Delicias de Sevilla, bajo el puente romano de Córdoba y en las alamedas de la Alhambra, placer negado á los turistas, por adinerados

que sean, porque las ordenanzas municipales se lo vedan, en tanto que nadie se mete con el pobre vago. Ya cuando se pone el sol y refresca el aire, ábrense al forastero necesitado unos palacios encantados, vulgarmente llamados *Refugios*, que, entre otros regalos, dan el inestimable de una cama limpia y mullida. Recuerdo el de Sevilla, la Casa de Mañara, donde hermanos ó cofrades próceres, se disputaron el honor de lavarme y besarme los pies antes de acostarme.

Callo otras menudencias, como la sopa de los conventos, el rancho de los cuarteles y las menestras de los palacios, que son agape sobre agape, cuando se sabe escoger el tiempo ó la ocasión; no menos que las sobras de los mataderos ó de la pesca en las playas, con que se aderezan, de balde, sabrosas ollas podridas que no las come el rey mejor, porque se comen con más gana; y por último, el regalo de un traje ó de un buen par de calzado, dados sin pedirlos, por alguien que practica la obra de misericordia de vestir al desnudo.

Dicho esto, se me ocurre preguntar: ¿Soy un vencido?

—Ni vencido, ni escéptico—respondí—. Es usted un epicúreo.

—Hasta cierto punto, sí—contestó Mingote, halagado por ese epíteto—; porque tengo salud y humor para conllevar esta vida. Siento en mí, no obstante, el lastre de realismo de la edad presente, reñida con andanzas y aventuras, que diputa por degeneraciones. Por esto quisiera haber vivido en tiempos de Gil Blas, de Guzmán de Alfarache y de otros modelos de la épica picaresca. Lo confieso; soy un español rezagado del siglo XVII.

.................................................

.................................................

Acabada esta plática, era natural que comiéramos. Al efecto, hice llamar por Ramona al señor Vicente, el cual de leñador pasó á cocinero. Ayudando todos, en poco tiempo se asaron los conejos, y de ellos dimos cuenta con el apetito que despierta el aire del campo.

A fuer de hombre discreto, Mingote se despidió acabado de comer, y yo seguí con la vista, hasta que desapareció por el monte, á este hombre singular, dudando si compadecerle ó admirarle.

En seguida, recogí mi cuartago, y ya con el pie en el estribo, dije:

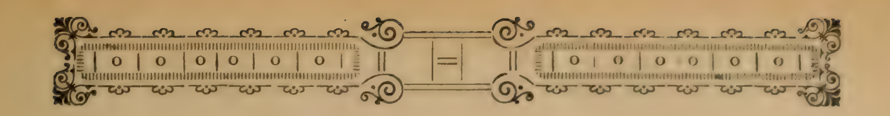
—También yo me voy, señor Vicente. ¿Qué planes son los suyos?

—Aquí me llevaré quince días ó tres semanas, hasta cumplir mi compromiso. Luego seguiré camino á Guadalupe, y ya querrá Dios que dé con algún convento de monjas donde entre á Ramona, pues deseo que la niña, conforme crezca en años, crezca también en virtud y santidad.

—Alabo su resolución, señor Vicente. Quedar con Dios, y hasta que volvamos á vernos en Madrid.

Acaricié á la niña, di un apretón de manos al viejo, y, montando á caballo, tomé la salida del monte.





# JORNADA SÉPTIMA

## UN CURA DE ALDEA

### I

### DE RE AGRARIA Y ALGO MÁS

Pasada la floresta, límite por este lado del valle de La Adrada, se entra en la serranía.

En el laberinto de sendas y vericuetos, apenas se distingue el camino de herradura, que es el hilo de Ariadna conductor del viajero por estos andurriales.

En frente y á los flancos, el macizo de la sierra alza sus cimas cuajadas de nieve, que se deshiela en madejas de agua por entre las vertientes.

Cortan el camino charcas y lodazales, y regatos improvisados para llevar el agua á los campos bajos. Por los recuestos, se escalona en andenes la tierra labrantía, verde á la sazón, fecundada por el sol de gloria del estío y por las aguas cimeras.

A cosa de media tarde, tropiezo con un hombre que, en mitad del camino, está cavando un surco para llevar el agua á su campo. Como la cacera intercepta el paso, paro el caballo é interpelo al labrador:

—¿Qué, amigo, regando?

—Sí, señor—me contesta—. Hay que aprovechar el agua, que hoy baja abundante, porque si no, mi campo se queda sin ninguna.

—Pero, ¿no hay represas donde guardar el agua y repartirla á turno por las acequias?

—No, señor; aquí no tenemos más riego que el que baja de la sierra. Crea usted que es el más natural, el más barato y el menos expuesto á riñas entre los regantes; porque los de arriba tienen buen cuidado de soltar el agua sobrante, si no quieren que ésta se les lleve la tierra. *Año de nieves, año de bienes*—concluyó, señalándome las cumbres encaperuzadas de blanco.

—Pero, ¿cuando se acaba la nieve?—le arguyo.

—Entonces quedamos al arbitrio de las nubes. Por cierto que este año andan reacias en enviarnos agua, y de seguir así, van á acertar las cabañuelas.

Pregunto qué son éstas, y él me responde:

—Llamamos *cabañuelas* á la consulta que se hace al cielo, el día de San Marcos, del tiempo que hará en los doce meses del año. El 25 de Abril salimos los labradores al campo, y según esté el día, húmedo ó seco, así predecimos humedad ó sequedad en el mes de Enero. En los once días siguientes, aplicamos el pronóstico á cada uno de los once meses que quedan.

—¿Y aciertan ustedes?

—Las cabañuelas dan muchos chascos, como los melones que se siembran también en este día de San Marcos. Pero ¿qué le vamos á hacer? Es tradición de nuestros abuelos y con ella seguimos y seguiremos.

Doy la razón al buen hombre, y salvando el regato sigo marcha.

Bordeo unos alfalfares con setos de castaños y more-

ras, y al llegar á una fresneda, oigo el ruido de un torrente. El agua, que viene mansa y limpia, cae en la hoya de un canchal y se desborda luego por un cauce pedregoso hasta buscar otro despeñadero.

La amenidad del sitio me incita á pararme, y así que descabalgo, veo sentado al pie de un árbol un hombre negro, quiero decir, vestido de este color.

Es un cura de sotana y sombrero de paja, que está rezando horas.

Saludo, y el clérigo mascullando aprisa lo que le faltaba del rezo, acaba por santiguarse, cierra el breviario, se levanta y viene á mi encuentro.

Es un hombre ya viejo, pero de edad indefinida; largo, delgado y huesoso; de cara morena, casi cetrina; frente ancha, despejada, igual; ojos grandes, vivos, muy brillantes y nariz larga y afilada. Su fisonomía es tan bondadosa, que parece tener grabados en ella los diez mandamientos.

Nos damos la mano y nos pedimos mutuas nuevas. Yo le digo que soy un madrileño de paso para Yuste, y él me dice lo que ya me suponía: que era el vicario del pueblo inmediato.

—Sí, señor—recalcó—; soy el cura de Mijares que vió usted rezando vísperas, pero que, en realidad, vino aquí á pescar truchas. Al fin y al cabo, es la ocupación más compatible con mi ministerio: pescador de almas y pescador de truchas. En este sitio abundan que es un primor. ¿Ha oído usted hablar de las truchas del Tormes? Pues las de este riacho son hermanas de las que á aquél envía la laguna de Gredos. Yo vengo á pescarlas entre semana, cuando mis ocupaciones me lo permiten; porque la trucha, en buena hora lo diga, es mi única tentación.

—Ya lo creo —respondo—; como que es un bocado de cardenal, no tanto por su exquisitez, cuanto por ser fama que de las truchas gustaba sobremanera el gran Cisneros. Ni faltan historiadores que aseguran que el cardenal fué envenenado con una trucha en su último viaje de Torrelaguna á Aranda.

—¡No quiera Dios que tal me suceda! De todos modos mucho me halaga saber que este pobre clérigo gusta de lo que gustaba todo un cardenal de Toledo... Aquí las tengo —añadió señalándome un cestillo tapado— vivas y coleando; y usted las ha de probar, porque como á la cuenta ha de pernoctar en el pueblo, desde ahora le brindo cena y cama en la vicaría.

—Muchas gracias, señor cura... He oído decir que esta clase de pesca es muy divertida.

—Tanto como una cacería. La trucha es la pantera del agua por sus manchas, su voracidad y su agilidad. Es el más desconfiado de los peces de agua dulce, y para cogerla, hay que ir materialmente en busca de ella. Luego, para atraparla, se necesita ser todo un maestro en la esgrima de la caña de pescar. Ni aun esto basta; la operación de llevar la trucha pescada al cesto, es un acto tan dramático como el acoso del jabalí. Por esto empecé diciendo que era una caza-pesca, pero tan fácil, que basta unas pocas semanas para ser un buen pescador de truchas. Hoy ha favorecido la pesca un cielo velado por nubes grises, con intermitencias de sol que caldeaba la atmósfera.

—¿Cómo está usted solo, no hay competencia de trucheros en estas aguas?

—La gente de estos contornos no tiene tiempo ni afición para estas andanzas. En otras partes, éste sería

un punto de cita de trucheros; con fábricas en el pueblo para el escabechado de truchas y barbos, tan abundantes en estas cercanías del Tiétar. Aquí, nada; la gente sólo come truchas cuando éstas se amontonan y casi se entregan, pero nadie se cuida de guardarlas y arreglarlas para cuando no las hay. Todo es rutina y abandono.

—Algo de esto he barruntado por el sistema de riego que aquí emplean.

—Estos aldeanos ni pueden ni saben regar más que de las cuatro maneras que decía su gran paisana Santa Teresa: ó con sacar agua de un pozo, ó en noria y arcaduces, ó de un río ó arroyo, ó con llover mucho, que á dicho de la Santa: «Lo riega el Señor sin trabajo alguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho». Hablando en cristiano es mucha verdad; pero, á Dios rogando y con el mazo dando. Por no hacerlo así, la agricultura en este girón de Castilla es una lástima, todo lo espera del cielo y continúa como en aquellas épocas lejanas en que la sequía ó las inundaciones arruinaban las campos. Entonces, como ahora, la desesperación sacaba en rogativas al santo patrón, y lo que éste no hiciera intercediendo para lograr el favor de Dios, ni lo hacían los ministros de Felipe IV, ni lo hacen los de Alfonso XIII... Pero, alón, que pinta la uva; vamos andando si le parece á usted, porque tramonta el sol, y para llegar al pueblo hay que andar algo.

En efecto, el horno de luz en que horas antes ardía el valle, menguaba en brillo y en calor; ya no refulgían los altos neveros, é iban desdibujándose los horizontes. Oíanse en la fresneda los últimos píos de las crías llamando á los padres, y en el césped que mojaba el salto de la cascada cuarreaban los noctámbulos batracios.

Tomé de las riendas al caballo é híceme compañero á pie del señor cura, quien á su vez embrazó el cesto de las truchas y el aparejo de pescar.

Cuantos labradores salían al través del camino nos saludaban reverentes diciendo: «Vayan ustedes con Dios», ó bien: «Vaya con Dios el señor cura con la compañía». Esta coletilla es cortesía obligada cuando se saluda á un amigo que va con un desconocido, tanto que si ella se omite, el preterido musitea: «La compañía te dé mal de ojo».

Algunos venían también al través que ni mirarnos se dignaban, cosa que me extrañó, no por mí, sino por el cura, el cual, comprendiendo mi extrañeza, díjome:

—Son ovejas extraviadas de mi aprisco espiritual, fanáticos que hasta el saludo me niegan, como si la educación estuviera reñida con la manera de pensar. Yo les perdono, porque la caridad cristiana así me lo aconseja; pero, como pastor de almas, les compadezco. ¿Qué entenderán estos labriegos de prédicas trascendentales, cuando tan siquiera saben los derechos y deberes de la ciudadanía? De ahí que algunos de ellos en vez de atenerse al arado y á la azada, peroren en el casino y en la taberna, haciendo bueno aquel dicho: «Cuanto más salta el mono, más se le ve la cola». Cuenta Fermín Caballero, que los habitantes de un pueblo de Andalucía, en su tenacidad de no querer reconocer el nuevo señorío de la Casa de Medinaceli, cada vez que rezaban la letanía, en llegando al *janua cœli*, entendiendo ellos que decían Medina-celi, en lugar de «Ora pro nobis», respondían en voz grave: *Pase, pase.* Pues esta inocentada me recuerda la predicación de la libertad de cultos en este país, que acogían los campesinos gritando: «Eso,

eso, la libertad de cultivos; á la dehesa de los señores». Hacia la misma época, esto es, por los años de La Gloriosa, un ayuntamiento republicano bautizó la plaza del pueblo con el título de «La Constitución». Pues, ríase usted, los más entendieron «La Constantina», la mujer del alcalde, y decían «*La Plaza de la Constantina*»; tanto es así, que otro monterilla que después vino, hizo quitar la lápida para mortificar á Constantina, que estaba reñida con la nueva alcaldesa.

—Estos galimatías—respondí—son hijos de la ignorancia de las clases inferiores cuando se les confía privilegios, antes de estar capacitadas para ejercerlos.

—Á esto iba, caballero; antes que un hombre pueda nadar, debe entrar en el agua; antes que pueda jinetear, debe montar á caballo; y antes que pueda ser ciudadano inteligente, debe recibir educación cívica, que nadie se cuida de dar en España. De ahí resulta que estos pobres aldeanos se dividan en bandos políticos y con más ardor se disputen por el color de una escarapela, signo de esclavitud, que por la conquista de un derecho positivo, emblema de libertad.

Mientras, por entre los senderos de la montaña salían al camino zagales, boyeros y algunos labriegos rezagados con los aperos de labor. Detalle que me chocó, es que algunos llevaran á rastras arados de orejeras.

—Esta sí que es una antigualla que debiera desterrarse—díjome el cura, cuando se lo hice notar—; no sirve más que para arañar la superficie del suelo. Sin embargo, con esta clase de arado se consiguen dos cosechas; porque como la siega se hace también de una manera rudimentaria, sucede que las espigas más maduras, al desgranarse por sí solas, derraman nueva si-

miente en el suelo; y como el arado no las arranca, al crecer naturalmente, ahorran al agricultor nueva sementera.

—Vaya, no hay mal que por bien no venga.

—Esta clase de arado—siguió diciendo el clérigo—, está en consonancia con el cultivo de la tierra, casi prerromano. Por cierto, que de Plinio acá perdió el cultivo dos plantas: el lino y la morera, aúnque ganó otras dos: el maíz y la patata. Y así seguimos. En tanto se ha industrializado todo medio de producir, el arado de orejeras sigue escarbando á flor del suelo; púdrense los ricos frutos en el árbol, se ignora los fundamentos de la alternativa, se carece de capital y de crédito, no hay caminos, falta el agua en primavera y amenaza vegas y aun poblados en otoño.

—Pero algo cogerán ustedes, siquiera para hacer pan.

—No pocas veces peligra éste también—respondió el cura—. Si bien esta serranía no abunda en cereales, quiero decirle cómo se hacen las cosechas. El trigo se corta, cuando está muy maduro, con un cuchillo grande á falta de hoz ó de guadaña. Las gavillas se llevan á un sitio cerca de la era, donde se esparcen hasta un pie de altura. Entonces se llevan yeguas ó mulas que, dando vueltas al galope por el pequeño circo, pisan la cosecha. Á esto llaman «la trilla». Como el uso de las granjas es casi desconocido, un aguacero fuerte y duradero da al traste con todo el grano... Pero todo se lleva con resignación, porque la agricultura es una ocupación demasiado fácil y seductora para cambiarla por otra.

—Norabuena, señor cura—contesté—; pero lo que

no debe llevarse con resignación es que los que pueden y saben no ayuden á los que no puedan ni sepan.

—Tiene usted razón—repuso el clérigo.—Pero la gente rica de los pueblos tiene sobrada labor con las intrigas y asechanzas del cacicazgo, para consagrar tiempo y caletre á problemas de esta naturaleza. Quedan el maestro y el cura para formar el hombre, pero... ¿ha visto usted alguna escuela aldeana?

—Mucho que sí—respondo.

Y evoqué el espectáculo de tantas escuelas rurales que viera en días anteriores (1).

—Pues lo peor no es esto—añadió el cura—, sino que los maestros de escuela condenados á la miseria han de recurrir á otros medios para atender á las más perentorias necesidades de la vida, como que algunos se ven obligados á buscar un jornal en las faenas del cam-

---

(1) En la Memoria del conde de Romanones se resume la información interesantísima que resultó de la asamblea de inspectores de primera enseñanza en 1910.

Más de 10.000 escuelas están en locales alquilados, y, de ellos, muchos carecen en absoluto de condiciones higiénicas. Hay escuelas confundidas con los hospitales, con los cementerios, con los mataderos, con las cuadras. Hay escuela que sirve de entrada á un cementerio, y los cadáveres son depositados en la mesa del profesor, antes del sepelio, para entonar los últimos responsos. Otra también en la que no pueden entrar los niños hasta que no sacan las bestias que van á pastar. Las hay tan reducidas que, apenas hace calor, se produce en los muchachos desvanecimientos por escasez de aire y ventilación. Hay escuela que es depósito de estiércol en fermentación, y se le ocurre á alguna autoridad local decir que, de esta suerte, están los niños más calientes en invierno. Una escuela de Cataluña convive con la cárcel. Otra, andaluza, se convierte en toril cuando en el pueblo hay capeas.

po. Añádase á esto, que en épocas electorales el alcalde ocupa al maestro para que le ponga las actas en buena letra, y que en primavera y en verano los padres se llevan los niños á los trabajos del campo, y se comprenderá por qué los chicos no aprenden nada.

«Pues lo mismo le pasa al cura. Los padres, entre que sus hijos ganen el pan ó aprendan el catecismo, optan por lo primero. Ahora comprenderá usted que me sobre tiempo para pescar truchas.

»Pero esto no puede seguir así. Esta noble, esta abandonada clase rural, músculo de la nación, alma de la raza, ¿seguirá muriéndose de inanición y de abandono? Abran los ojos quienes puedan ver, y oídos los que quieran oir los aislados clamores, que ya suenan en los recovecos de las aldeas. Yesca son donde prende ya la chispa volandera. Hagamos todos porque el humo que brote sea como nube de incienso ofrendado al trabajo sano y fecundo de la tierra, en vez de incendio que todo lo arrase.»

En éstos y otros dichos llegamos al pueblo.

Como por salir tarde la luna había que recurrir al alumbrado público, brillaban en las esquinas lámparas eléctricas de filamentos metálicos, muy á propósito para alumbrar una mesa de despacho, pero que al aire libre parecen cocuyos fosforescentes.

La contextura del territorio, con su abundancia de torrenteras productoras de hulla blanca, permite al país este milagro natural de pasar de la tea á la luz eléctrica. Pero estos esplendores eléctricos aplicados á callejas sucias y á hogares pobres, se antojan vislumbres de diamante en manos sucias.

Al enfilar una calle que lleva á la plaza vimos atascada una carreta de heno, cuyo salvamento se difería

hasta la mañana siguiente. Como por ninguno de los flancos que quedaban libres podía pasar mi cabalgadura, el clérigo tuvo la amabilidad de retroceder conmigo para tomar por otra calle.

Por fin llegamos á la plaza de la iglesia, donde estaba la Vicaría.

Á la puerta vimos hablando el ama con el sacristán, allí venido para entregar las llaves de la torre y recibir órdenes del cura. Éste se las dió para el otro día, confiándole además mi cuartago, con el encargo de que le cuidara como al caballo de Santiago; y para más obligarlo, le regaló una de las truchas.

Luego, pasando el cesto al ama, díjola sonriente:

—Jacinta: á ver si te luces aderezándolas como yo cogiéndolas; que todo se lo merece el huésped que aquí ves.

Yo me incliné ante este cumplido.

—¿Cómo le gustan á usted?—me preguntó.

—De cualquier manera, señor cura.

—Pues que las frían. Así las comerá usted con las tres efes, que es como las truchas saben mejor: *Francas*, *frescas* y *fritas*.

El ama encendió un candelero que llevaba á prevención; el cura atrancó la puerta, y los tres, de uno en uno, subimos la escalerilla.

## II

## SINFONÍA PASTORAL

Sencilla, por demás, era la casa del cura. Un edificio vetusto, de lienzos de tapial con machones de adobes y el tejado en ángulo con el alero volado para resguardar

el balconaje del sol y de la lluvia. Sobre la cumbrera, la flecha de una giraldilla rematada en cruz.

Todas las vistas de la fachada eran dos balcones con barandas y balaustres de nogal. Uno de aquéllos, el de la derecha, sobresalía en mirador, á modo de glorieta, entretejido de madreselvas y jazmines; y, en la enramada, dos sencillas codornices que daban sus golpes, á cada revuelta de tiempo, con precisión barométrica.

La planta baja, ocupada enteramente por el archivo y despacho parroquiales, era una sala espaciosa, con gruesas vigas de castaño al descubierto, colgando de una de ellas gótico lampadario de bronce. Dos ojivas con vidrieras iluminadas miraban á la huerta y una escalerilla, como de púlpito, daba subida á las habitaciones.

La más lujosa de éstas era la estancia correspondiente al mirador florido; y su lujo consistía en el estante con libros, una rinconera con la Virgen dentro de una campana de vidrio, entre dos búcaros; una sillería de cordobán antigua, el cuco, un velador y otra mesa redonda de mayores dimensiones, que servía para escribir ó para comer, según se la revistiera con tapete de hule ó con mantel. El otro balcón correspondía á otro gabinete con una cama de cortinas; y á espalda de la casa, la cocina y los dormitorios, con vistas á la huerta.

Por humilde que fuera, la casa tenía un sello de hidalga apariencia.

— A esta casa — díjome el cura — la llaman en el pueblo la *Casa del Cazador*.

— Alguna leyenda, alguna tradición...

— El hecho es histórico. A fines del siglo XVIII regentaba este curato un eclesiástico de muchas luces, joven

y de hidalgo solar avilés. Un día, al atardecer, llamó á la vicaría un cazador extraviado, en demanda de hospedaje. Los arreos y la distinción de su persona dieron á comprender al cura que el forastero sería persona de calidad, por lo que no solamente le dió franca acogida, sino que extremó todos los agasajos de la hospitalidad. Sirvióle la más regalada cena que pudo, y puso á su disposición la mejor cama de la casa.

«Ya entrada la noche, se deja oir el eco de una fanfarria de cuernos y trompas de caza, como de monteros que van tocando el alalí; y á poco, con gran ruido, llegan á la plaza los escopeteros. El cura y el cazador se asoman al balcón y, al verlos, los monteros redoblan la música y disparan las escopetas al aire. Comprende el clérigo que es la comitiva de su huésped y manda abrir la puerta.

»Los pocos que entran, al llegar ante el cazador, doblan la rodilla en tierra, le besan la mano y se deshacen en excusas y cumplimientos. Era el rey; el rey Don Carlos IV, perdido en una de sus excursiones cinegéticas por estos andurriales y al que sus monteros acababan de encontrar. El monarca dió sus órdenes para la mañana; la gente se repartió en las casas del pueblo y todo volvio á quedar en paz y silencio.

»Solos va Don Carlos y el cura, éste besó la real mano y dándole las buenas noches, se retiraron á descansar. Muy temprano se levantó el rey, y el clérigo ocurrió á darle los buenos días.

—»¿Ha descansado su majestad?—le preguntó, besándole la mano.

—»Como descansar, sí, señor cura—respondió el rey—; pero he dormido poco, como sucede cuando se

muda de cama. Así es que todo ha sido soñar y más soñar.

—»Pues si su majestad me lo permitiera, yo le adivinara lo que ha soñado... Soñó su real majestad con que estaba vacante la abadía de la colegiata de La Granja, y que entre tantos pretendientes daba la preferencia al pobre cura de Mijares, en cuya casa durmió esta noche.

»Tanto agradó la ocurrencia al monarca, y, sobre todo, la prontitud de la demanda, que, sonriéndose, tendió la mano al clérigo, y le dijo:

—»Si tal es su deseo, yo me avengo á él. Desde ahora puede su paternidad llamarse abad de San Ildefonso.»

Esta es la historia.

—La historia de un curita listo y aprovechado—agregué—. Lo que siento es que yo no pueda deparar á usted sorpresas por el estilo. No paso de ser un humilde hidalgo, que sólo puede corresponder con el agradecimiento á las finezas de un huésped.

—Esto me basta, señor y amigo mío.

Á este punto, se presentó Jacinta á poner la mesa. Era una muchacha ya madura, fresca como una poma rosa, y vestida á la aldeana, no obstante su doble categoría de ama y sobrina del cura. Tendió el albo mantel, que por los pliegues se adivinaba estar recién sacado del ropero, y en un santiamén la mesa estuvo servida. Vino en pos la clásica cena á la española: huevos con tomate, lomo y jamón, queso y vino, reforzada por esta vez con las apetitosas truchas cogidas en la tarde.

También nuestra cena, por no ser menos que la regia de antaño, tuvo su sorpresa, á lo menos para mí: la música de un fonógrafo que venía de afuera, y que en el

silencio de la noche aldeana resonaba estruendosa y orquestal.

—Este fonógrafo—me dijo el cura—es, como si dijéramos, comunal. Explicaré el porqué. Un día se me ocurrió utilizar el fonógrafo para el servicio religioso, en vista de que mi iglesia no tenía órgano ni armonio; y aunque los hubiera, faltaban cantores. Á este fin, hice impresionar en Madrid una misa cantada; y así, los domingos, con la ayuda del sacristán, que hace funcionar el aparato y pone las placas por su orden, doy á mis feligreses la audición de una misa solemne, con *Benedictus*, *Credo*, marcha real y *Agnus Dei* fonográficos. La novedad fué tan bien recibida, que muchos vecinos que no entraban en la iglesia desde que los bautizaron, volvieron á ella sólo por oir el fonógrafo; y aun las parroquias vecinas se despueblan los domingos y fiestas de guardar, por igual motivo.

—¿Y qué dijeron en Ávila de los Caballeros?—pregunté.

—La mala prensa, como ahora se dice, tomó á chacota la novedad, y parafraseando el título que puso el padre Claret á una de sus obras, «Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo», jaleó mi invención con este epígrafe: *Sinfonía pastoral del cura de Mijares.* Yo, que me vi comparado con Beethoven, híceme el sordo también; en lo que obré cuerdamente, porque los incrédulos de Ávila hicieron viaje por oir la misa, y tanto les complugo, que la caravana de bromistas acabó felicitándome y dejando en la sacristía una buena limosna para el culto.

Aquí hubo un punto de silencio, porque mi anfitrión regaló con una truchuela á la servicial Jacinta, que no se

daba punto de reposo yendo y viniendo del comedor á la cocina, sirviendo y mudando platos.

—¿Por qué—prosiguió el clérigo—, por qué los católicos no hemos de utilizar el fonógrafo, cuando protestantes é israelitas emplean esta clase de aparatos en sus ejercicios religiosos? Posteriormente he sabido que en algunas capitales llegan hasta ilustrar los sermones con proyecciones luminosas, y que en muchos campanarios de Roma suenan las campanas tubulares movidas por la electricidad, constituyendo verdaderos órganos aéreos. Lo cierto es, que ni el señor obispo ni la Congregación de Ritos han puesto el veto á mi misa fonográfica, y que yo puedo ufanarme de una innovación que llena mi iglesia todos los domingos.

Pero no hay dicha completa; á causa del mucho coste del aparato y de la impresión de las placas, hube de comprarlo á plazos, fiado en las limosnas de mis feligreses. Aunque éstas no faltaron, ni faltan, nunca son bastantes para que yo pueda pagar como es debido. En consecuencia, no tuve más remedio que avistarme con el alcalde y proponerle el usufructo á medias del fonógrafo, á condición de que el cabildo abonara la mitad de los gastos del aparato y que éste no sería piedra de escándalo al aplicarle á usos profanos. Convino en ello; y ahora se da el caso que el mismo fonógrafo que los domingos canta la misa de Eslava, toca entre semana polcas, valses y mazurcas en las tertulias del Ayuntamiento.

En efecto; el famoso fonógrafo seguía dale que dale con sus tandas de bailes, intercalando alguna que otra *machicha* de las más desenfrenadas, punto sobre el que no quise llamar la atención al cura para no escandali-

zarle, limitándome á aplaudir por la aplicación que daba al aparato y á desearle su plena y entera posesión.

—Poco falta para conseguirlo—me replicó, contestando á mis últimas palabras,—porque á fuerza de ahorros míos y de limosnas del vecindario voy amortizando la cuenta con la Casa Ureña y con el Ayuntamiento. Entre tanto, no hay más remedio que aguantarse y dejar que mi fonógrafo sirva á dos señores: á Dios y al diablo.

—Consuélese usted pensando que también en la Catedral de Sevilla se canta en Semana Santa el *Miserere* por artistas de la Ópera. Señales son éstas del tiempo.

—Mucho que sí, caballero. Á esta tendencia pagana de nuestra época, creadora y amante de la belleza, debe el mundo haber hallado un contrapeso necesario al espíritu severo de la religión. Ahora, como en tiempo del Renacimiento, debemos mirar con simpatía esta reconciliación de dos civilizaciones: la pagana y la cristiana.

—¿De modo que es usted un cura modernista?

—Lo soy en el sentido artístico de la palabra; pero sin pasar de ahí, porque me lo veda la Encíclica sobre el modernismo católico. En todo lo que se refiere al dogma, mi fe es la del carbonero.

—¿Qué fe es ésta?—pregunté.

—Es otra de las leyendas de Ávila. Cuentan del Tostado que, haciendo la visita de la diócesis, topó con un carbonero montaraz á quien hubo de preguntar:

—«¿Qué crees?—Lo que cree la Santa Madre Iglesia—. Y ¿qué cree la Santa Madre Iglesia?—Lo que yo creo.»

Tanto gustó el prelado de estas réplicas, que en el lecho de muerte, cuando fueron á pedirle la profesión

de fe, dijo por toda palabra: —«Como el *carbonero*, como el *carbonero*.»

Esta fe ciega no impidió que el célebre obispo abulense, Don Alonso de Madrigal, escribiera, entre otras obras profanas, el *Libro de las Paradojas* y el del *Amor et del amicicia*.

—Aquél sí, fué el tiempo de la santa ignorancia, señor cura, del *credo quia absurdum;* pero, ahora, hasta la Biblia se discute.

—No lo niego; tenemos que habérnoslas con un siglo discutidor y frívolo, que amontona dificultades sobre dificultades, cuestiones sobre cuestiones, y que, semejante á Pilatos, pregunta: «¿Cuál es la verdad?», para irse luego sin aguardar la respuesta. Sí, también se interpreta la Biblia, como se interpreta el Quijote, para estropearlo. Los comentarios de algunos sabios son como la baba del caracol, que deslustra y echa á perder el frescor de la rosa, ó como telas de araña que afean el santuario.

«Un ejemplo entre ciento: De la tierra de Canaán dice la Biblia: *Tierra que mana leche y miel*. Los comentaristas vulgares, para probar la verdad de este pasaje, aseguran haber visto en Tierra Santa manar miel de una peña y correr la leche por un río del Líbano, en tanta abundancia, que con ella lavaban los pastores las ubres de las cabras. Basta que la Palestina de los tiempos bíblicos haya abundado en vacas y colmenas, para que de ella pudiera decirse que manaba leche y miel, sin necesidad de hacerlas brotar materialmente.

»Aparte de estas figuraciones poéticas, hay también un sinnúmero de verdades, que bien interpretadas,

marcharían de acuerdo con los progresos de la ciencia; y no lo que hoy vemos: el divorcio de la ciencia con las verdades religiosas. ¿Quién diría que los orígenes del darvinismo ó de la selección se hallan consignados en la misma Biblia? Repásese el capítulo 30 del Génesis, y se verá cómo Jacob, para obtener borregos de un color adecuado á su conveniencia, ponía unas varas en los dornajos donde bebían las ovejas y éstas concebían y parían según la intención de Jacob. Pero no tomemos tan de atrás el agua y vamos al Evangelio. Aquí, la poesía del precepto entra por más que el precepto mismo considerado como verdad abstracta.»

—¿Alude el señor cura á las parábolas de Jesús?

—Dió usted en el clavo—añadió el cura, después de humedecer los labios con un sorbo de vino—. Partiendo del principio que los ejemplos hacen siempre más impresión en los ánimos que las máximas escuetas, voy á explicarle mi sistema de predicar la palabra de Dios... ¿Es usted aficionado á la mística?—me preguntó, de improviso.

—Sí, en cuanto se refiere á la Literatura.

—Pues, entonces, no necesito explicarle lo que es una homilía.

## III

## TRATADO DE PREDICACIÓN

Habíamos acabado de cenar y el buen clérigo interrumpió la plática para dar las gracias; después de lo cual anudó su discurso:

—Mis pláticas dominicales son algo por el estilo. Una

de las grandes dificultades que ofrece la predicación, á lo menos en los pueblos, es la elección de sermones; porque no basta que éstos sean buenos, sino que sean interesantes, y, además, tratándose de obreros y aldeanos, lo que más importa, es hacerse comprender, adaptarse á su manera de ser, unir el pensamiento religioso á sus ideas. Por esto, siempre que puedo aplico las expresiones que les son familiares á las cosas de religión diciéndoles, por ejemplo: «Conviene, amigos míos, que procuréis ir juntando algo en la *Caja de Ahorros del Cielo*», y otras cosas semejantes.

«Pongo especial empeño en no discutir sobre el dogma; pero como tengo la obligación de explicarlo, bástame el Catecismo, que es cifra y compendio de toda teología. El doctor de Aquino con toda su sapiencia, mejor dicho, á causa de su sapiencia, se quedaría sólo si predicara desde el púlpito de una aldea. Toda la Suma teológica no explicaría mejor á un aldeano el misterio de la Trinidad, pongo por caso, que el ejemplo de la manzana que tiene tres cosas distintas: olor, color y sabor, y la manzana es una misma. Además, entre el mundo y los verdaderos cristianos no se disputa ya sobre la divinidad de Jesucristo, ni sobre los misterios y milagros. Esto ya no apasiona, no motiva herejías. Lo que se discute es si se ha de vivir ó no conforme á las máximas del Evangelio. Por consiguiente, no es el entendimiento el que es preciso ganar, porque nunca se conseguirá convencer al que no quiere ser convencido. El corazón es el que dice á la verdad: «Ven, yo te acepto»; ó bien: «Vete, yo te rechazo». Hablando á los corazones es como se conseguirá llenar las iglesias de gente, de hombres, quiero decir, porque al paso que vamos, si el predicador se reduce á

tronar contra los impíos y los incrédulos que no van á ellas, resulta que se ve reducido á hablar mal de los ausentes.»

—¿Le encocoran á usted las beatas, señor cura?

—Las *beatas*, como usted las llama, las mujeres, son mis principales auxiliatrices. Ya el profeta Balaán da en el Génesis el aviso de «seducir por medio de la mujer»; y en verdad que no es nuevo en la Iglesia este apostolado de la mujer cristiana. Miguel Angel tuvo un pensamiento, tan feliz como cristiano, cuando en su admirable fresco del «Juicio final», colocó á la derecha de Jesucristo, al lado de los elegidos, un grupo de mujeres que suben al cielo llevando de la mano á algunos hombres á los cuales parecen arrastrar ellas, con grandes esfuerzos, pero gozosas de darse tan pesado trabajo. Gracias á Dios este pensamiento se realiza hoy entre nosotros...

«Pero volviendo á los asuntos dogmáticos; á mis feligreses les sorprendería verme emplear mucho tiempo en argucias teológicas. Por el contrario, les gusta esa palabra evangélica que rotundamente afirma y sostiene las verdades de la Religión, hablando en nombre de Dios, sin admitir el *sí*, el *porqué* ó el *pero*, ni permitir entrar en disputas, como podría hacer con su padre un niño mal criado. En ocasiones, les hablo así, en tono regocijado:

—«Amigos; sé que hay todavía entre vosotros quien se avergüenza de ser cristiano, que dice á cada paso: «¿Á qué bueno conduce la Religión cristiana que encoge el espíritu y coarta la libertad? ¿Pues qué, no tenemos la religión natural que es mucho más sencilla y no nos opone tantas trabas y dificultades?» Oid ahora la res-

puesta. Hablando yo con un misionero recién llegado de África, me decía: «Ya quisiera ver á los hombres que hablan de este modo, pasando seis meses siquiera entre salvajes, y eso con las mejores condiciones posibles, aunque fuera en la corte del rey, á ver si un día les decía, como me dijo á mí: —¡Vaya, qué bien nutrido estás y qué gordo! ¡Á fe que debes tener buena carne!—Como queriendo decirme: —¿Sabes que me dan ganas de comerte?—Á fe mía que luego que hubiesen visto estas y otras cosas por el estilo, habían de proclamar en alta voz que la religión y la civilización del Evangelio valen más que la religión y la civilización natural, y habían de decir á toda prisa: vámonos, vámonos adonde haya cristianos, no sea que á este hombre le dé gana de comernos en pepitoria, que no parece muy escrupuloso en el particular».

»Para terminar, carísimo, aplico á mi oratoria el precepto musical de Beethoven, ya que éste es mi colega sinfonista: *Más expresión que descripción* (1); que hago cuanto puedo para interesar é instruir á mis oyentes, procurando sembrar las instrucciones religiosas con rasgos, hechos y palabras expresivas que despierten su atención, y aun hagan asomar la risa á sus labios.

—¿Y de las cuestiones sociales que tanto interesan á las clases obreras?

—Harto oyen hablar de este asunto para que se les haga pensar en él, cuando sólo se trata de formar hombres honrados y buenos cristianos. No se habla más que de mejorar las condiciones de las masas, pero no hay

(1) *Mehr Ausdrück als Malerei.* (Instrucciones para la Sinfonía pastoral.)

nadie que comprenda el verdadero sentido de estas palabras. Porque mejorar no es precisamente dar mucho que comer y que beber; mejorar no es sólo dar buen cuarto y buena ropa al que no los tiene; *mejorar* es producir un cambio en el alma; hacer que el holgazán se convierta en trabajador; que el disipado y pródigo, sea morigerado y sobrio; que el marido vicioso y disoluto, se haga un buen padre de familia; en una palabra: hacer una revolución en el individuo; colocar, en lugar del holgazán, del libertino, del que codicia los bienes ajenos, un hombre laborioso, prudente y justo. Permítame usted la frase: nuestro siglo, lo mismo en arquitectura que en moral, es el siglo de las enluciduras. ¿Se quiere hacer una gran reforma en una casa antigua? Pues se la pinta por fuera de amarillo, con ribetes de colorado, y cátate ahí una casa nueva. ¿Se descubre una enorme grieta en la pared? Pues que vengan los albañiles, exclama el dueño de la casa; que vengan pronto y tapen eso, que no lo vea yo más; y los albañiles ponen un poco de cal sobre las aberturas, y la enlucen bonitamente, con lo cual el dueño duerme aquella noche tan tranquilo. Esto es precisamente lo que nosotros hacemos. ¿Vemos grandes grietas en el edificio social? Pues «pronto — decimos — una ley de orden público, un aumento en la policía, reformas en las cárceles para la mayor seguridad de los presos»; todo esto con un hermoso baño de elocuencia y de consideraciones morales y filosóficas. Es decir, un buen enlucido, y nada más; lo cual no impedirá que el mejor día se venga á tierra el edificio por sí solo, ó que se caiga así que se le toque con la punta del dedo. ¡Oh!, no es éste, en verdad, el medio de conseguir la mejora de la sociedad. Subamos

al origen del mal para secar su fuente impura; vayamos en derechura á los corazones para renovarlos por completo.

He aquí, poco más ó menos, cómo creo que se debe operar para llevar las almas por el camino de la religión en estos tiempos de tibieza y de incredulidad.

—¿Qué quiere usted, señor cura? La religión no tiene hoy aquella fuerza y aquel prestigio que tuvo en otro tiempo; no hiere tan vivamente los espíritus; no produce tanta impresión en ellos....

—Oh, no; gracias á Dios, la religión no ha perdido todavía su imperio sobre las almas. El corazón del hombre se conmueve dulcemente al unirse con el Evangelio. El mal está en que no lo conoce, porque huye de la tribuna donde se enseña y se predica. Á los sacerdotes nos toca buscar la oveja descarriada y traerla á cuestas al redil; á cuestas, sí, porque es tan distraída que no vendría por sí misma. Si no hacemos esto, ¿para qué servimos? Y luego que la recojamos, que vea en nosotros celo y abnegación. Los sacerdotes tenemos poco éxito en el apostolado de la palabra, porque produce poco efecto en las inteligencias gastadas ya por los razonamientos; ensayemos, pues, otro medio, y lograremos conmover el mundo. Póngase el sacerdote á la cabeza de las obras de caridad, y su celo producirá sobre las almas una impresión casi divina. Por algo decía Cisneros—y ahora le devuelvo su cita de esta tarde sobre el cardenal—que el mejor de los predicadores es «Fray Ejemplo». Yo de mí sé decir que toda mi aspiración es que los aldeanos no vean en el cura un empleado más, sino el padre espiritual de las almas y el amigo de todos los hogares.

—Pero usted, pobre párroco de aldea—me permití objetarle—¿cómo puede ocurrir á todas las necesidades temporales de sus feligreses?

—Me contento con el bien que hago en el pequeño círculo de los que llamo «mis pobres». ¡Ah!, grande es el placer de la beneficencia, pero cuando el bien que se hace no se ve por vista de ojos, cuando no se gozan los efectos de él, es como si una persona aficionada á cultivar flores no puede disfrutar de ese placer creador. Quien goza real y verdaderamente, es aquel que se reduce á cuidar las macetas de su balcón; ese es el que se apasiona, el que toma cariño por cada clavel que ha escardado, regado, defendido del hielo y presentado al sol. Ese es el que día y noche ve su trabajo premiado, su esperanza realizada, su amor propio satisfecho; el que cuenta por minutos en cada botón que se abre, las hojas que se despliegan, las gotas de rocío que le bañan, los matices que se avivan, la fragancia que se aumenta. No se necesita ser rico para ser caritativo. Es verdad que en cuanto puedo proporciono á mis pobres, granos, reses, vestidos y asilo; pero, sobre todo, les proporciono consuelo, virtud y alegría; y así nos ayudamos mutuamente á la felicidad ellos y yo.

—Vamos, señor cura—dije alegremente—, veo que se puede ser tan buen truchero como buen párroco.

—Gracias, carísimo—me respondió complacido—. Como le dije al principio, predico todos los domingos á cuantos quieren oirme; pero también en mis homilías he introducido una novedad. Mis pláticas no siempre son absolutamente religiosas. Las más veces las reduzco á apólogos en los que entran las flores y los pájaros, el mar y las montañas, la vida del campo, etc. Son tan

breves, que, en muchas de ellas, no empleo arriba de un cuarto de hora. Procuro ser espiritualista en las concepciones, pero muy materialista en la expresión... ¿Sabe usted cómo han dado en llamar á estos apólogos?

—Usted dirá...

—Los *Cuentos del Cura*—añadió el clérigo sonriéndose—. Lo cierto es que estos cuentos tienen tantos ó más partidarios que la misa fonográfica, y que con estos alicientes se llena la iglesia. Sabido es que para llegar hasta el alma es preciso hablar á los sentidos. Vergonzoso es decirlo, pero á los curas nos pasa lo que á ciertos señores cuyos salones se ven atestados de gente, pero que no tendrían tantas visitas ni tantos amigos si no dieran comidas y refrescos, ó lo que es lo mismo, para llenar las iglesias hemos de regalar á los fieles con música, luces y sermón.

Hablando, hablando el cura, su sobrina que rato há había levantado la mesa, viniendo á hacer calceta en nuestra compañía, daba una que otra cabezada de sueño.

Movido á lástima, y por no alargar más la velada, hice ademán de levantarme.

—Déjela usted que cabecee—dijo el cura mirándola con benignidad—. Me gusta verla tentada de las tres tentaciones que Santa Teresa concedía á sus monjitas: de risa, de hambre y de sueño. La primera, porque es señal de que está contenta con su estado; la segunda, de que tiene buena salud; la tercera, de que es puntual en sus obligaciones.

Pero casi al punto sonaron las diez en el reloj de la iglesia, y el clérigo, levantándose, añadió alegremente:

—Razón tenía mi sobrina; á dormir tocan. Ella á su

cama, yo á la mía, usted á la suya y Dios con todos.

—Sentiría, señor cura, que por mí pasara usted mala noche.

—Nada de eso; dormiré bien como acostumbro. Ya lo dijo Bossuet: «El lecho duro, la poesía mística de la noche y la fatiga del día, atraen el sueño».

Movió suavemente en el hombro á la muchacha para que se despabilara, y volviéndose á mí, prosiguió:

—Voy á dejarle á usted en el gabinete del cazador de que le hablé, y por si le place entretenerse, pondré en sus manos el florilegio de mis *cuentos* para que los repase y me diga qué tal le parecen. Tropezará usted con algunos que están, ó quieren estar, en verso; pero de eso tiene la culpa el maestro de escuela, que me los pidió para sus párvulos.

Dijo, y tomando del estante un mamotreto, el original de sus apólogos, me lo entregó; y acompañándome al gabinete contiguo, nos dimos las buenas noches.

Al acostarme, me entretuve leyendo el manuscrito, hecho en hermosa letra de Torío. Era un ramillete de fábulas apólogas, de esas que, como dice Cervantes, deleitan y enseñan juntamente. Tanto gusté de ellas, que copié las que transcribo á continuación, pero acortando en algunas la moraleja final, que era donde más se extendía el predicador; por donde á quien las leyere le parecerán fábulas escuetas, en vez de demostraciones de doctrina cristiana, como realmente son.

## IV

## LOS CUENTOS DEL CURA

### *I.—El Pescado podrido.*

Un *dervis* (como se llama en Oriente á los hombres que viven pobremente para dedicarse al estudio y al ejercicio de la moral) llevó un día al bazar algunas madejas de algodón hilado por su esposa, para venderlo y con el producto subvenir á las necesidades de su familia.

Le fueron pagadas en un *direm* ó monedita de plata equivalente á 20 céntimos de peseta, y ya se disponía á realizarlo en comestibles, cuando se topó con dos fulanos, los cuales se insultaban y aporreaban tan furiosamente que el pobre dervis creyó que allí iba á suceder una desgracia. Preguntó la causa de la riña, y se le dijo que se trataba de un *direm.*

El dervis pensó: Esta es precisamente la moneda que he recibido á cambio del algodón; ¿no sería justo darla ahora, para impedir la efusión de sangre y tal vez la muerte de un semejante? ¿No es éste un deber más importante que el de proveer á mis necesidades personales?

Hechas estas reflexiones, optó por el hambre, y logró fácilmente reconciliar á los dos contendientes, entregando la única moneda que tenía.

Vuelto á casa con el corazón satisfecho y las manos limpias, contó sinceramente á su mujer lo que había pasado. Esta, digna de tal marido, no le hizo ningún repro-

che; pero la hora de comer llegaba y los hijitos pedían pan. La buena madre registró todos los rincones de la casa, y, finalmente, dió con un vestido usado y descolorido; y—Toma—le dijo á su marido—; procura vender este harapo y comprar algo de comer; pero date prisa porque los chicos están en ayunas desde ayer.

El dervis recorrió uno á uno todos los bazares de la ciudad, sin lograr su objeto. Mientras tanto sonaba en su oído la hora de comer y los gritos de su hambrienta prole. En esto, encontróse con un hombre que llevaba, colgado de un palo, un pescado grande. Por más que pregonaba su mercancía, todos los compradores se alejaban á causa de la fetidez que exhalaba el pescado corrompido.

He aquí el comprador de mi guiñapo—se dijo el dervis—y sin preámbulos preguntó al pescador:

—Eh, amigo, ¿quieres cambiar tu podredumbre con la mía? ¿Tu pescado muerto con mi ropa? Ya ves que nadie quiere comprar nuestras mercancías, y que así estaremos si no nos arreglamos mutuamente.

—Sí, cambiemos—respondió el hombre del pescado podrido.

Y no hubo más, sino que el dervis se apresuró á llevar su compra á casa y la dió á su mujer para que limpiara el pescado y lo aderezara. Pero, ¡cual fué su asombro, cuando al abrir el vientre del pescado tropezó con una magnífica perla! Llamó á su marido y le dijo:

—¿Sabes cuánto puede valer esta perla? ¿Puedes venderla?

—No lo sé—respondió el dervis—, pero tengo un amigo de probidad del cual puedo aconsejarme.

El dervis corrió, perla en mano, á casa de su amigo

y con éste fué á un joyero, quien aseguró que una perla tan grande y espléndida, nunca vista por los pescadores de la ciudad de Bahrain, valía muy bien 120.000 *direms*, ó sea 24.000 pesetas, cantidad que dió al dervis cuando éste dijo que se la vendía.

Cargado con tan considerable suma, el dervis volvía á su casa, cuando le salió al paso un mendigo que le dijo:

—Pues Alá te ha dado un hallazgo, asígname la porción que según la ley toca á los pobres.

El dervis reconoció la justicia de tal demanda, y, sin dudar un momento, separó 12.000 *direms* (2.400 pesetas), la décima prescrita por el *Coran*, y la entregó al mendigo, quien apenas se había alejado unos cuantos pasos llamó á su bienhechor, diciéndole:

—Mírame bien, ¿no me conoces?

Fijóse el dervis y reconoció al mismo individuo que le había cambiado el pescado por el harapo; sin embargo, renunciando á cualquier derecho que podía asistirle, declaró que estaba pronto á devolverle todo el dinero, producto de la perla, como á propietario primero del pescado; pero aquél, restituyéndole la parte antes recibida, le dijo:

—Yo no soy ni pescador ni mendigo; soy el enviado de Alá, el cual me ordena decirte que—pues diste espontáneamente tu único *direm* para hacer cesar la discordia entre tus hermanos—el Altísimo te promete una vida feliz desde ahora, y á tu muerte una felicidad mil veces mayor, en recompensa de tu vida honrada y religiosa.

## II.—Los Dedos de la mano.

Sucede con una familia compuesta de hermanos de distinta edad, lo que con la mano formada de cinco dedos de diversas proporciones, que se ayudan mucho mejor que si fueran de igual tamaño y forma.

Cuando los dedos toman juntos un objeto cualquiera, el pulgar, como es el más fuerte, estrecha él sólo lo que los demás tomaron juntos; y el meñique, con ser el más débil, cierra la mano, cosa que no podría hacer si fuera tan largo como los demás. Tampoco hay envidia por parte de unos dedos contra los otros que llevan la pluma ú ostentan el ornato de un anillo de oro.

Por mucha, pues, que sea la desigualdad entre los talentos y la condición de los hermanos, debe reinar entre éstos la concordia; deben amarse y ayudarse unos á otros en sus trabajos á fin de que puedan obrar de acuerdo como los dedos de la mano.

*La unión hace la fuerza.*

## III.—El Arco iris.

Una fresca mañana de primavera,
caballeros en sendas hebras de luz,
cuatro jinetes iban discurseando:
el Amarillo, el Verde, Rojo y Azul.
Céfiro matutino jugueteaba
con esta cabalgata cuadricolor,
cuya plática era: cuál de los cuatro
con mejores divisas pintaba el sol.

—Yo—dice el *Amarillo*—soy, entre todos,
el color favorito del astro-rey;
su augusta faz yo doro cuando amanece,
y al ocaso le doro segunda vez.
Con mi áurea divisa se ensoberbece
el oro, de la alquimia el rey-metal;
yo, en fin, amarilleo las ricas mieses,
que pródigas al hombre sustento dan.
—Alto ahí, compañero—replica el *Verde*—;
mis matices y galas malográis vos,
marchitándome árboles, plantas y flores.
¿Qué puede compararse con mi verdor?
—¡Á callar!—dice el *Rojo* dándose tono
con enfático acento de gran señor—;
mi color entre todos es el que prima,
que si valéis vosotros, más valgo yo.
Resplandores rojizos irradia el trono
á la salida y puesta del almo sol;
si ruge la tormenta, yo enciendo el rayo;
soy el volcán, soy fuego, luz y calor.
Yo ciño á la sultana de los jardines
su aromoso turbante de rosicler;
yo carmino los labios de los donceles,
las mejillas encarno de la mujer.
Mi color á la púrpura presto rumboso
para teñir la saya del cardenal;
el blasón más ilustre va en campo rojo;
de escarlata es el baño del manto real.
—Andáis equivocado; mis excelencias
superan á las vuestras—habla el *Azul*—.
Celestial y cerúleo me denominan
porque tiño los cielos y el mar de azur.

La inmensidad abarco; mas no por eso
me engrío y considero color sin par;
acordaos, hermano, que la violeta
es azul, y es emblema de la humildad.

—¿Qué algarabía es ésta, señores míos?
—dijo á este punto el *Blanco*, que se cruzó—.
Los cuatro sois hermosos, uno por uno,
pero juntos los cuatro, lucís mejor.

Descabalgad, si os place, pues á esta hora
ha retumbado el trueno, y va á llover;
no va á llover, ya llueve; buscad reparo
no sea que mojados os despintéis...

Ya, pasada la nube, quiero mostraros
cuán hermosos los cuatro en uno sois—.
Dijo; y casi al punto, los horizontes
espléndido arco iris circunvaló.

Los cuatro contendores, en él casados,
estáticos se vieron, y concluyó
por decir cada uno: —Razón tenía:
¡unidos parecemos mucho mejor!

## *IV.—Las Dos arcillas.*

Verdad que los hombres todos
iguales somos y hermanos,
supuesto que Dios nos hizo
á todos de un mismo barro,
y en el nacer y el morir
igual venimos y vamos;
pero en vida es otra cosa;
hay jerarquías y grados,

hay plebeyos y aristócratas,
hay hombres necios y sabios;
quiénes nacen para ricos,
quiénes nacen para ochavo.
Mejor que todo un discurso
lo dirá este breve diálogo.

* * *

Por obra de un alfarero
salieron de un mismo barro
un tiesto para maceta
y otro para el reservado.
Puestos en venta, los dos
aquistó un mismo amo;
quien llevándolos á casa,
luego fueron colocados:
uno con mata de flores
en la ventana del cuarto,
el segundo en cierto sitio
que nombrar es excusado.
Cierta vez, por carambola,
ambos tiestos se juntaron,
y uno con otro tuvieron
este interesante diálogo;
empezándolo, el primero,
el tiesto desheredado:
—Desque os vistieron de flores
me parecéis otro, hermano.
¿No se os acuerda, sin duda,
que somos del mismo barro,
ni que cuando llegue el día
que para nada sirvamos,

en el saco del trapero
volveremos á juntarnos?
—Verdad es—repuso el otro—,
¿ni cuándo yo lo he dudado?
Barro somos y nos hizo,
bien lo sé, la misma mano,
y en polvo nos volveremos
cuando así lo quiera el amo;
pero, con todo, decidme,
dejando la envidia á un lado,
¿dejaremos de haber sido
en el tiempo que sirvamos,
yo, una maceta olorosa,
cuando vos, inmundo vaso?

## *V.—La Hormiga y el Camello.*

A paso perezoso
por un camino iba
un rifeño camello vigoroso
cargada de marfil y oro la giba.
En tanto que mohíno
hacía su jornada,
una hormiga cruzóse en el camino
alegre, satisfecha, apresurada.
Sin pizca de fatiga,
con su carga en la boca,
parecía decir: seré una hormiga,
pero á mí el cansancio no me apoca.
—¡Poltrón, mírate en ella!—
exclama el camellero

hablando á su animal—; hágate mella
la hormiga que abastece su granero.
¿Cómo no te avergüenza
que una mísera hormiga
á un robusto cuadrúpedo le venza
á soportar el peso y la fatiga?
Atento oyó el camello
la monserga del guía,
al que volviendo el larguirucho cuello
le replicó con mucha sangre fría:
—¡Vaya, que no estás bueno!
¿No se te representa
que yo trabajo en interés ajeno
y ella trabaja por su propia cuenta?

## *VI. — La Alondra y el Segador.*

En un pequeño trigal,
á punto de madurarse,
vino una alondra á hospedarse
y en él puso su nidal.
Pasó un día y otro día,
los trigos ya se doraban
y en el barbecho piaban
los pájaros de la cría.
Un domingo, el labrador
fué al campo con sus amigos;
vieron maduros los trigos
y ajustaron la labor.
—¡Ay madre, somos cazados!—
dijo á una la pollada—.

¿Cómo mudar de posada
si estamos descañonados?
—No curéis dello, pichones,
que si han de ser los amigos
quienes sieguen estos trigos,
tiempo habéis de estar alones.
Otro disanto el patrón
fué al trigal con sus parientes,
concertando diligentes
la siega, sin dilación.
—Tampoco estéis impacientes—
dijo el ave á sus pequeños—;
tanto sirven para empeños
amigos como parientes.
Cansado de tanta brega
el bueno del labrador,
tuvo, al fin, por lo mejor
empezar sólo la siega.
—Pues á él sólo se encomienda—
dijo el ave—,
su intención ha de lograr.
Esto es grave.
¡Ea, alondras, á volar,
no sea que nos sorprenda!

## *VII.—El Chivo y el Carnero.*

Un chivo y un carnero de un mismo hato
entre sí se tenían amor tan grato,
que en todas partes se les veía
como la sombra al cuerpo sigue de día.

Es de advertir ahora, pues viene al caso,
lo que diré, por si alguien lo olvidó acaso:
el rabo del carnero se inclina al suelo,
al revés que el del chivo, que mira al cielo.
Sucedió, pues, que yendo juntos un día
á disfrutar del pasto que el buen Dios cría,
atajó á los amigos, en cierto trecho,
un arroyo entre piedras, bastante estrecho.
Como el vado era fácil, vino el carnero
y á la margen opuesta saltó el primero;
mas al pegar el brinco, lo hizo de modo,
que levantando el rabo lo enseñó todo.
Pues esto, que en el chivo es vicio innato,
le dejó poco menos que turulato;
y á su amigo el carnero, muy acremente
increpó, porque estuvo poco decente.
*Nuestros propios defectos no reparamos*
*y los mismos, ajenos, los censuramos.*

## *VIII.—El Premio de la manzana de oro.*

En cierta ocasión, un consejo de sabios llamó á juicio á la *Riqueza*, al *Placer*, á la *Salud* y á la *Virtud*, para premiar con una manzana de oro á aquél de los cuatro que demostrara ser más útil al hombre.

Habló la *Riqueza* y dijo:—Aspiro al galardón, porque yo soy el Dinero, que es lo que más apetecen los hombres. Con el dinero todo se alcanza.

Dijo el *Placer*:—Yo valgo más que la Riqueza. Todos los afanes del hombre para ganar dinero tienen por ob-

jeto mi adquisición; divertirse y darse buena vida. La Riqueza es el medio, yo soy el fin.

Dijo la *Salud:*—De nada sirven la Riqueza y el Placer sin mí. Soy la alegría del hombre. El pobre sano es más feliz que el rico doliente.

Y dijo la *Virtud:*—Más que el Oro, el Placer y la Salud valgo yo. Una conciencia tranquila es el mayor de los bienes humanos. Los remordimientos pueden más que el dinero, las diversiones y la salud.

Oídos estos alegatos, el tribunal deliberó y dió á la Virtud el premio de la manzana de oro.

## *IX.—Parábola de la viña.*

Quien considere una viña en ciernes y los trabajos que pasa la uva para convertirse en vino, verá un ejemplo de las edades de la vida.

El buen olor del majuelo es la niñez apacible que tanto contento da; el acedía del agraz, la juventud agria y destemplada; la dulcedumbre de la uva, la sensatez de los años maduros y cuerdos. Así como del agraz se hace la uva que da vino dulce y provechoso, así de las mocedades se exprime con paciencia, mosto de añoranzas y de desengaños que son alegría del corazón y medicina del alma.

De mozos locos se hacen cuerdos viejos: *no desesperemos de nadie hasta el final.*



# JORNADA OCTAVA

## EL HALCONERO DE PEDRO BERNARDO

He aquí un nombre de pueblo que suena á nombre de cruzado, por más que el Pedro Bernardo avilés no tenga nada que ver con Pedro el Ermitaño ni con el gran abad de Claraval.

El pueblo da nombre á la sierra en que está enclavado. El contraste del macizo sombrío de las montañas con el limpio verdor de las abras por las que se cuela el Lanzahita; la visión de tanto pueblo y alquería; las aspas giratorias de los molinos; las mujeres, con trajes charros, lavando en las acequias del egido, y el ondular de las recuas por escarpes y laderas, dan la sensación de un paisaje de Nacimiento en que cada palmo de terreno ofrece una nota variada y pintoresca.

Pedro Bernardo fué un tiempo famoso por sus sombreros de paño y por sus cazadores de rebecos; pero las fábricas vinieron á menos por la competencia de la gorra y del hongo barato, y los cazadores se acabaron con la veda de las cabras monteses, reservadas á las escopetas del rey y de algunos magnates.

Todo esto me lo cuenta en el casino don Braulio Cor-

valán, hidalgo del pueblo, capitán retirado de infantería, que se pasa el día adiestrando halcones, y la noche jugando al tresillo.

Es un tipo moreno, de complexión recia y de gran bigote negro borgoñón. Este don Braulio fué un tiempo, de los aficionados á correr gamuzas; pero al ocurrir la interdicción venatoria, colgó la escopeta de caza, jurando no volver á empuñarla en su vida. ¿Cómo había de resignarse á fusilar gazapos y perdigones un hombre avezado á la caza mayor?

—Esto, unido á los mordiscos de una pícara gota que me atormentó hace tiempo—siguió diciéndome el señor Corvalán—me convirtió á la cetrería, haciendo que los halcones cazen por mí.

—Caza nobilísima es ésta, señor don Braulio—contesté—; ¿pero está permitida?

—Como si lo estuviera; porque la ley de Caza si no la autoriza, tampoco dispone nada en contrario. Aunque así no fuera, en los pueblos no se hila delgado en esta materia. Figúrese usted que hace pocos días, el bruto del secretario municipal fusiló á una cigüeña anidada en el campanario, porque sí, porque le dió la real gana; porque ni la autoridad ni nadie se había de meter con él. Además, aviado estaría yo si también me prohibieran la caza de altanería; como que tengo aves adiestradas que valen más de 500 pesetas.

—Y ¿de qué le sirven á usted?

—Para cazar y para venderlas. En Inglaterra, en Francia y en Alemania, donde se conserva todavía la tradición de la caza de altanería, hay aficionados con los que canjeo mis aves; fuera de que en España no faltan aristócratas que también vuelan el azor en sus pose-

siones. Por estos mismos días ha llegado á Madrid un embajador marroquí con tres halcones que envía el sultán al rey de España.

—¿Es remunerativo el negocio?—seguí preguntando.

—Una cría de halcones *niegos*, ó cogidos en el nido, vale unas veinticinco pesetas; si el halcón es *mudado* ó cogido al paso, suele valer de ochenta á cien pesetas. Cuando está domesticado y adiestrado, su precio depende de la oferta y de la demanda. En general, un halcón perfecto vale de cuatrocientas á quinientas pesetas. El mejor ejemplar de la clase es el halcón peregrino ó pasajero que anida en los cantiles de las playas; y no es cosa de poco mérito alcanzar un nido que se halla en plano vertical y á una altura de más de cien metros. Añádase á esto el tiempo y paciencia que se necesita para enseñarles á cazar, y comprenderá usted por qué se cotizan tan alto algunos halcones.

—Por cierto, que para mí sería una novedad ver un halcón cazando.

—Pues hoy lo verá usted. Cabalmente, en estos días de siega pululan bandadas de cuervos y cornejas que devastan los campos; y el juez, que sabe mis aficiones, me ha requerido á que esta tarde dé una batida aérea á los avechuchos.

Por de pronto, don Braulio quiso llevarme á su morada; un edificio apartado, muy en consonancia con las aficiones de su dueño; un caserón con cubos salientes en los dos ángulos, cuya vetusta arquitectura daba á entender que otrora fué aquéllo un baluarte ó alcazaba del pueblo. Encuadradas sobre el antiguo patio de armas, corrían las galerías del plano superior con unos arcos tapiados y otros resguardados por esterillas y persianas.

En uno de estos corredores, expuesta al aire y al sol, estaba aposentada la volatería en alcándaras y jaulones, entre un arsenal de trofeos de altanería; redes de malla, cuerdas, señuelos con alas de pichón, cascabeles, chaperones, guanteletes y demás.

De algunas jaulas colgaban cartelas con el nombre del huésped alado, seguido de su filiación. Así:

CAÍN. *Halcón macho. Práctico en el vuelo de huída y en el vuelo á lance directo. Gran cazador de palomas.*

LUZBEL. *Azor. Adiestrado para el vuelo bajo. Cazador de liebres.*

GOLIAT. *Gerifalte gruero. Cazador de patos.*

Y así sucesivamente, con *Caifás*, *Tarik* y *Mambrú*, nombres, como se ve, sonoros y significativos de los principales educandos del señor Corvalán.

Á cuidado de estos avechuchos y, por ende, á servicio de su dueño, era una sola persona, el joven Melchorcán, halconero y ayuda de cámara juntamente.

Á primera vista el tal Melchorcán causaba extrañeza. Era un doncel que escasamente tendría diez y ocho años, de cutis fresco y sonrosado, de ojos azules, pero con la cabeza enteramente blanca, que hacía más blanca el negro bozo que alfombraba el labio. Pensé si este albor capilar consistiría en tener el cabello embadurnado con polvos de arroz, como estilan los lacayos de algunas casas grandes, pero pronto averigüé la verdad.

—Este joven—me contó el señor Corvalán llevándome á su despacho, convertido en museo de arreos militares y cinegéticos—es hijo de un antiguo cazador de rebecos, criado en los picachos de la sierra. Una tarde, y de esto hará tres ó cuatro años, estando juntos padre é hijo en su puesto, avizorando la presencia de

alguna cabra montés, oyeron los graznidos de unos aguiluchos asomados en un mechinal del tajo cortado á pique al pie de los cazadores. Como éstos hacían igualmente á pelo que á pluma, se les ocurrió apoderarse del nido para negociar la cría; pero como la aguilera estaba en un precipicio, no había más remedio para llegar á ella que descolgarse por un cable. Á este fin, el padre ató una cuerda al hijo por la cintura, lió el cabo á un árbol, á manera de torno, y fué arriando soga hasta llegar al nido. El muchacho, empuñando un cuchillo que le servía para cortar los espinos y zarzas de la muralla, iba cogido á la cuerda con la otra mano, y gateando entre las grietas del tajo pudo llegar al nidal y apoderarse de la cría implume. Dió una voz, y el padre procedió á izarle, cobrando soga y arrollándola al torno del árbol. Entretenidos en la faena, no vieron dos puntos negros que asomaban en el horizonte y que en un momento se convirtieron en dos águilas gigantescas. Eran los padres de los aguiluchos, que desde las alturas habían visto el robo de la nidada y venían en auxilio de su prole. Los cazadores, si bien cuitados por los aleteos y graznidos de las águilas, no por esto se intimidaron; el padre seguía izando al hijo, y éste ascendiendo con tiento y cuidado. Un metro escaso faltaría para llegar á la cima, cuando una de las águilas, una hermosa águila real, acometió tan de cerca al muchacho, que éste se vió en la necesidad de defenderse dando mandobles con el machete. En uno de los golpes ciegos que daba al aire, tocó la soga y la hizo un corte. ¡Qué terror! ¡Por arriba el águila que pugnaba por picotearle en los ojos; por abajo la sima abierta para tragarlo! Por fortuna se libró de uno y otro peligro, porque á los pocos minutos

llegó á salvamento, con la serenidad bastante para no soltar la presa. Pero el susto fué de órdago. ¡Qué tal sería que en menos de cinco minutos se le puso al muchacho todo el pelo blanco!

«Como usted comprenderá, un chico de esta historia era el que yo necesitaba para halconero; y por esto le tomé á mi servicio. Su nombre propio es Melchor, por lo que, á raíz de su metamórfosis capilar, diéronle en llamar Melchor *Cano;* pero como el mancebo no tiene nada de teólogo, yo se lo acorté en *Melchorcán*, nombre más eufónico y que tiene cierto dejo escuderil.»

No pude menos de celebrar el buen gusto del capitán en esto de poner nombres á personas y animales. Á todo esto, las rapaces de la galería alborotaban la casa con sus chillidos desagradables.

—Algo revueltos están sus educandos, señor Corvalán—le dije, por no decir que estaban hechos unos alborotadores insufribles.

—Es que Melchorcán está con ellos, y como le conocen, háblanle á su manera. Además, como él les sirve la comida, quiérenle más que á mí que los educo. Los halcones se parecen en esto á los niños, pero aventajan á algunos hombres, en que tienen el estómago agradecido. Cabalmente, todo el secreto de la cetrería está basado en este principio.

—¿Cómo así, señor Corvalán?

—El arte de adiestrar á los halcones, empieza por domesticar el ave. Se le ciñe el chaperón para poderla manejar más fácilmente; se le pone apiolada en la muñeca; se le acaricia con una pluma; se le acostumbra, en fin, á perder el miedo al hombre. Luego viene la lección del señuelo, que aprende pronto, porque el hal-

cón llega á comprender que en el señuelo vá la comida. El señuelo es un tablero en forma de herradura, en el que se fijan dos alas de paloma y donde se atan los pedazos de carne que se quiera dar al ave. Cuando está acostumbrada á comer en el señuelo, se le enseña á coger el animal para cuya caza se desee utilizar el halcón. Y aquí hago punto, porque usted juzgará de lo demás asistiendo á la cacería de cuervos anunciada.

La cual no se hizo esperar, porque á poco vimos venir al juez entre dos pardillos de cara afeitada y buen cogote, que por la pinta serían Camachos de pueblo ó labradores ricos. Bajó Melchorcán á abrir; el capitán hizo las presentaciones de rigor, y en seguida nos echamos afuera, llevando apiolado y encapillado á *Mambrú*, que había de ser el héroe de la jornada.

Bajando y subiendo callejas empinadas, algunas con escalinata, salimos al descampado. En el primer rastrojo vimos cernerse la bandada de cuervos, á los que se la tenía jurada el juez por el daño que hacían á sus labrantíos.

Hicimos alto todos; tomó el capitán á *Mambrú* de manos de Melchorcán, quitó el chaperón al ave y la preparó para el vuelo.

Á una distancia de cien ó ciento cincuenta metros donde posaba la bandada, soltó el halcón, dándole un capirotazo. El pájaro empezó por describir círculos alrededor de su dueño, subiendo en espiral á gran altura. Tan pronto como los cuervos le vieron, iniciaron la desbandada; pero como el vuelo del halcón es mucho más rápido que el de aquéllos, en muy poco tiempo los alcanzó. Eligió por víctima uno de los que estaban más separados de la columna, lo agarró y rápidamente se

remontó de nuevo, entre los fuertes graznidos de terror del prisionero.

Soltó luego la presa, y cayendo sobre ella, con las alas plegadas, la pasó con el espolón. Volvió á remontarse, y segunda vez se abatió para rematar á su víctima, rompiéndola con el pico la columna vertebral.

Como *Mambrú* había cumplido con su obligación, Melchorcán se dispuso á darle el cebo de premio: los sesos, el corazón y el hígado del cuervo, que de derecho le correspondían. Y fué cosa curiosa por demás ver cómo el halcón, que estaba posado con las alas abiertas sobre el cadáver, volvió dócilmente á manos de su dueño á un pequeño silbido que éste dió.

Todos, y yo en particular, veíamos con interés este ejercicio de cetrería; y no hay que decir si el capitán se enorgullecería de su educando, por ser el primer vuelo que éste hacía en libertad.

Pero *Mambrú* se la tenía guardada. Hastiado, sin duda, de la carne de caballo muerto que le servían á diario, y hallando suculentos por demás los despojos palpitantes de la pieza cobrada, el halcón resolvió hacerse independiente y cazar por su cuenta; así que, esquivando las caricias del capitán, echó á volar en busca de los fugitivos cuervos, que estarían á cien varas de distancia.

*Mambrú*, como un colegial tímido, hacía su escapatoria volando de mata en mata y de árbol en árbol; pero alejándose cada vez más, mientras su amo probaba atraerlo con llamadas y silbidos, secundándole Melchor, quien, á su vez, pretendía atrapar al fugitivo, corriendo tras el halcón y llamándole por su nombre.

Á los gritos del halconero acudió la muchachada de

los labradores vecinos, gritando á coro con él: *¡Mambrú, Mambrú!!*, hasta que el halcón, asustado de tal escandalera, voló y se perdió de vista. Entonces Melchorcán volvió sobre sus pasos, y vino á reunirse con nosotros, pero sin dejarle la chiquillada, que á grito pelado iba cantando:

*Mambrú se fué á la guerra,*
*mire usted, mire usted qué pena;*
*Mambrú se fué á la guerra*
*no sé cuando vendrá,*
*do re mi, do re fa,*
*no sé cuando vendrá.*

—Vámonos, señores—dijo amostazado el capitán—que ya ello no tiene remedio. Perdí trescientas pesetas que me hubiera valido la venta del malandrín, pero ya me indemnizaré con solos y arrastres... Por cierto que queda tiempo sobrado para echar una partida hasta la hora de cenar.

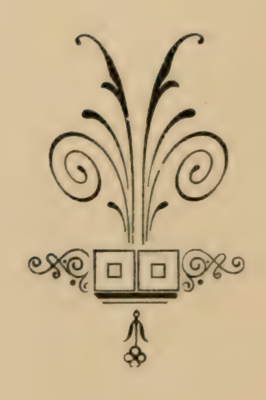
Y vuelta al Casino, donde no tuve más remedio que hacer unas veces de apuntador y otras de mohíno en la partida de tresillo organizada por el señor Corvalán.

El capitán fué afortunado en el juego: llegó á ganar tantas pesetas como cifras tenía el guarismo de las que le birlara *Mambrú*, esto es, tres pesetas, con lo que las trescientas de pérdida quedaron rebajadas á doscientas noventa y siete.

—¡No decía yo!—exclamaba satisfecho don Braulio al guardarse las ganancias—. Principio quieren las cosas.

Volvimos á vernos por la noche, y á hora conveniente nos retiramos á nuestros alojamientos, porque habíamos

convenido en salir de madrugada para Arenas de San Pedro, viaje que á todo trance había de hacer el capitán por tenerle citado á consejo de familia una su hermana, viuda de un general y vecina de aquella localidad.





# JORNADA NOVENA

## LA GENERALA DE ARENAS

### I

### DE CABALLO Á CABALLO

*La generala,* como por antonomasia llama todo Arenas á doña Petra, ha tiempo que vive desasosegada por causa de su hijo Paco, heredero de un nombre ilustre en los fastos de la milicia.

El caso no es para menos. Figuraos una madre que cifra todos sus amores y esperanzas en su único hijo; que lo crió á sus pechos; que le ha conducido de la mano por el camino de la vida; que le procuró educación civil y religiosa; que al verlo hecho un hombre le busca una compañera parigual á él, y que el hijo se la desprecia.

Paco hizo todavía peor que esto.

Acostumbrado á obedecer á una madre tan buena y previsora, al volver de Madrid de recibirse de abogado, aceptó en matrimonio la mano de una señorita del pueblo, rica y hermosa huérfana que doña Petra le tenía preparada para el caso; pero, consumado el matrimonio, el desaborido, pretextando un telegrama urgente, dejó

madre y mujer y se largó á la capital. Pasaban días y días y Paco sin volver, y lo que es peor, sin dar noticias suyas.

Ya se comprenderá la indignación de la generala y la aflicción de la bella mal maridada; sentimientos que se exacerbaron con una noticia que llegó á oídos de las dos mujeres: que el viaje á Madrid había sido una farsa, y que Paco estaba oculto en las afueras bebiendo los vientos por una damisela del lugar. Para más escándalo, muchos le habían visto suelto, y la extraña conducta de Paco era la comidilla del vecindario.

Pero la generala no era una mujer vulgar. En vez de alborotarse y de armar cisco á su hijo, dióse á pensar en el remedio; y cuando creyó encontrarlo llamó á su hermano, el capitán don Braulio, para que la ayudara á ponerlo en ejecución.

—Tal es el asunto de familia que me lleva á Arenas—me decía don Braulio en el camino—. No sé lo que habrá resuelto mi hermana, aunque supongo lo que querrá de mí. Que busque á Paco, y que, valiéndome del cariño que el chico me tiene, trate de reducirlo; pero lo veo tan difícil como que *Mambrú* vuelva á la jaula. Mi sobrino habrá catado otra carne fresca por ahí, y hace ascos á la vianda casera que su madre le tiene guardada. Los hombres nos dejamos atrapar tan fácilmente como los pájaros, pero como éstos somos difíciles de guardar.

—¿Habla el escarmentado ó el avisado?—me permití preguntar.

—No sé qué diga—respondió Corvalán—; porque si bien me han gustado las mujeres, no me dejé atrapar de ellas, y al paso que vamos difícil será que ninguna me cace.

—¿No le halagaría á usted tener mujer hermosa?

—Á los seis meses sería fea para mí y hermosa para los otros.

—En resúmen, capitán, que es usted refractario al matrimonio.

—Completamente. ¿No ha visto usted alguna vez la manera como ciertas personas llevan la cuenta de los días que tiene un mes; que cierran el puño y empiezan á contar, á partir del primer cóndilo, *Enero, Febrero...* y los meses que corresponden á los nudos tienen treinta y uno, y los que corresponden á las honduras treinta? Por este estilo, cuantas veces pienso casarme, abro la mano, y con los cinco dedos me doy una lección de previsión matrimonial.

Vea usted cómo—siguió diciendo Corvalán, levantando la diestra con los cinco dedos abiertos y tomándolos sucesivamente con el índice y el pulgar de la otra, á medida que decía—: El pulgar es la mujer; el índice, la ilusión; el medio, por ser el más gordo, el dote; el anular, la luna de miel; el meñique, el hijo. Ahora bien; la mujer queda. La ilusión se va en la primera noche de bodas—*y aquí don Braulio doblaba el índice*—. El dote se va también por una ú otra causa—*aquí torcía el dedo medio*—. La luna de miel tiene su menguante, su ocaso —*cierre del anular*—. El hijo queda también... ¿Qué dedos ve usted en pie?

—El pulgar y el meñique—respondí.

—Pues esto es lo que resta del matrimonio: la mujer y el hijo.

—El nido de la familia, señor don Braulio.

—Sí, pero de cría difícil y costosa, para la que se necesita verdadera abnegación, y como yo no la tengo,

de ahí que me contente con la más fácil y menos azarosa cría de los halcones.

Entretanto, nos íbamos acercando á Arenas, cortando por dehesas y pinares que aquí se extienden leguas y leguas. Estos pinos meridionales aparecen en verano tales cuales eran en invierno cuando toda esta tierra yace bajo un sudario de nieve. Lo único que ha cambiado es la canción que el viento arranca de sus ramas—arpas les llama Arolas—y el vaho de la aromática resina quemada por el sol. Algunos de estos árboles son centenarios, porque la civilización no entró todavía aquí, con el fecundo y ruidoso cortejo de sus inventos, á aprovecharse de los dones forestales.

También son las mismas las dehesas de labor ó de pasto, nombres con que en la agricultura española se designan aquellos campos que no se quieren ó no se pueden cultivar. Todo respira la incuria del que por no necesitar de nada deja las cosas abandonadas, y esta consideración disminuye el encanto poético de unos montes casi vírgenes.

Á la salida de uno de esos pinares, pasamos ante una enramada, con su banderita á modo de enseña, donde la mujer de un leñador está al acecho de caminantes ante una mesita con agua, aguardiente y otros licores infernales. Unos muleteros, sentados en los fardos, paladean unas copas, en tanto que las acémilas refrescan el lomo.

En el fondo de la enramada, ó, como si dijéramos, en la trastienda del tenderete, se ve una estatua viva de San Roque: un hombre con hábito de estameña, sombrero de anchas alas, el bordón en la mano y un perro á los pies. El fraile, romero ó lo que sea, está murmu-

rando una oración, á la que atiende la cantinera desde el mostrador.

En estos altos de la sierra son frecuentes las tormentas, y la buena mujer se hacía rezar una de estas oraciones populares contra el rayo.

Así que el rezador acabó y recibió la limosna en aguardiente, que transvasó á la calabaza, los arrieros le toman por su cuenta, unos en serio, otros en broma, mientras él permanece inmóvil como un oráculo.

—Buen hombre—prorrumpe uno—, va usted á decirme la oración de Santa Polonia para que se me baje esta hinchazón de la cara que me tapa un ojo.

—Se va usted á desacreditar, maestro—replica otro—. No se trata de dolor de muelas. Dióse de puñadas y ha de guardar la cuarentena.

—No haga usted caso de herejías—añade un tercero, levantándose y yendo al hombre del hábito—. ¿Puede usted hacer que una mujer para varón?

Quien calla, otorga. El interpelado da la callada por respuesta, y el arriero añade:

—Ahí va lápiz y el papel donde asiento los encargos, para que me escriba la oración, que yo la aprenderé de memoria. Dice mi mujer que no valgo para hacer chicos, y ya estoy con aprensión, porque tres hijos tengo y los tres hembras.

En este punto, don Braulio y yo dejamos la asamblea y seguimos viaje.

—Este farsante—díjome el capitán por el tío del hábito—es un *saludador*. Ha visto usted que hace á todo, pero su especialidad es curar la mordedura de perro rabioso.

—¿Y un ciudadano tan útil á la república, le dejan

vivir á salto de mata? Mal año para Pasteur y su descubrimiento.

—Y que lo diga usted—contestó don Braulio—; como que si viniera á estos pagos cualquiera de sus discípulos á jeringar suero, el jeringado sería él, en la fea acepción de la palabra, porque sobre no hacerle caso, encima le soltarían los perros. En cambio, es creencia popular que el séptimo hijo de una familia nace con una cruz en la lengua, por donde su aliento tiene la virtud de preservar de la rabia. Cierto, y yo lo he visto, que de higos á brevas, nace un niño con esta señal de sangre, como el famoso «Rasgo» ó cruz en el hombro derecho de los antiguos reyes de Francia; pero lo más cierto es que algunos pícaros se tatúan la lengua para engañar á los crédulos. Y están en lo firme; porque la gente del campo, entre la lanceta del médico y el aliento del saludador, opta por lo último. Igual pasa con la vacuna de Jenner; creen que vacunando á los niños de teta, éstos llegan á criar cuernecitos ó á balar como terneros. En fin, amigo mío, que están así como los dejó el bendito San Pedro.

—¿Cuál? El de las llaves, Regalado, Celestino, Alcántara...

—Basta—dijo don Braulio, cortándome la palabra—. Aquí no hay más Pedro que el de Alcántara. Los demás apenas se llaman Pedro. Mis compueblanos, enmendando la plana al santoral, llámanle San Pedro de Arenas, porque dicen que si bien nació en Alcántara, también San Antonio nació en Lisboa, y, sin embargo, Padua se lleva la fama. Lo único que han conseguido es imponer el nombre geográfico de Arenas de San Pedro, lo cual es rebajar mucho la medida, porque no es

lo mismo dar el pueblo al santo, que el santo al pueblo; pero ello les satisface, á trueque de quitar el saborete extremeño de Alcántara; que hasta en esto se conocen los celos regionales.

—¿Y va usted á comparar el Gran Alcantarino con un miserable santón ó curandero?

—Líbreme Dios de este sacrilegio — contestó don Braulio santiguándose—. Quise dar á entender, cuando lo traje á cuento, que á la gente de por aquí aun le dura la miel en los labios de los prodigios que el santo operó, y sigue esperando de lo sobrenatural el remedio á sus enfermedades. ¡Cualquier día vuelve á nacer tan gran milagrero como él! Ya sabrá usted que la flora de Arenas le debe dos maravillas únicas en el reino vegetal: *las zarzas sin espinas*, del convento de las afueras, y *la higuera milagrosa*. De vuelta de Roma, el Reformador de los Descalzos vió que sus pobrecitos frailes no tenían brevas en la huerta, y, movido á lástima, plantó su bordón en tierra; el palo reverdeció y se convirtió en higuera, que aun las da maduras.

«En esta sierra, por la que ahora vamos, hubo en tiempos una ermita, cuya dedicación se debe á otro milagro suyo, de los más galanos y poéticos de la Leyenda áurea. Caminaban juntos San Pedro y su lego desde Mombeltrán á Arenas. Sintiéndose cansados, y viendo que la noche se les venía encima, hicieron alto en el camino. Era en invierno y amagaba una nevada. El lego se asiló en el hueco de una peña y el santo se quedó afuera rezando de rodillas. Empezaron á caer copos de nieve; pero él no lo notó, porque ya estaba en éxtasis. ¡Qué tal sería la nevada, que le cubrió enteramente, si bien haciendo como una capilla alrededor de su cuerpo,

hasta que el sol del nuevo día clareó el techo, derritió las paredes y San Pedro se echó afuera.

»Pues el día de su entierro, que fué en Arenas, es tradición que las brujas de Gredos enviaron una manga de agua para deslucir la fiesta; pero la procesión siguió andando sin mojarse, viendo llover á una y otra parte. Hasta el viento, que hacía temblar los árboles, tenía precepto de Dios de no atravesar el camino por donde iba la comitiva, ni molestar la llama de los cirios; tanto, que ninguno se apagó, y lo que es más, iba la llama tan quieta como si estuviera ardiendo en un oratorio cerrado.

»Desde entonces el santo y las brujas se hacen guerra abierta; éstas, desde la Laguna de Gredos, mandan nublados de piedra y granizo para destruir las cosechas; aquél las conjura y aparta el mal.

»En suma, que San Pedro tiene mucho partido en Arenas, que como usted vé está justificada la devoción de los areneses y no me extrañaría que la generala, como devota suya, tenga encargada una novena al Santo por el logro de su intención.»

.............................................

.............................................

Acertó en su pronóstico el capitán, porque, como se supo después, el mismo día que llegábamos á Arenas, se cumplía el pío novenario encargado por la generala al convento.

Los alrededores de la población dan mejor idea de la agricultura de la tierra, porque aquéllo es un edén: campos de cereales y de yerbas pratenses, huertas y viñedos en profusión y valles cuajados de olivos, moreras y naranjos. Y como ogro de estos vergeles, el Pico de Gredos al norte de la ciudad.

Llegamos cansados, pero ufanos y satisfechos de la jornada. El capitán fué á casa de su hermana y yo á la fonda; pero como habíamos hecho tan buenas migas en el camino, quedamos en vernos y hablarnos á todas horas.

Así fué; porque no habría dos cumplidas, que vino Corvalán á mi alojamiento.

—¿Ha visto usted á la generala?—le pregunté.

—De su casa vengo y de oirle hablar largo y tendido—me contestó—. ¡Qué mujer mi hermana! Es todo una generala, una estratega consumada, y usted me dará la razón en oyéndome.

Y aquí don Braulio me contó con todos sus detalles el plan de operaciones que se le había ocurrido á su hermana para la reconquista de Paco.

—De suerte—acabó por decirme Corvalán—, que necesitando el concurso de muchos, usted me hará el bien de cooperar á la empresa. Con esto, descansa usted y tiene argumento para sus memorias de viaje.

## II

## OCTAVA EPITALÁMICA

Aquella misma tarde, don Braulio empezó el ojeo de su sobrino, logrando dar con el prófugo en una casa extraviada del pueblo, desde la cual tenía emplazadas las paralelas para el asedio de una mujer.

En vez de fruncir el ceño y de hablar con voz avinagrada, el tío trató al sobrino como á un camarada. Se congratuló de verle al cabo de tanto tiempo, y luego,

por sus pasos, llevó la conversación al terreno de la disidencia doméstica. El capitán, si bien no alabó la conducta de su sobrino, dió á entender que la dictadura materna fué extremada dando mujer que no se pedía; que hallaba muy humano, muy natural, el capricho por otra hembra, y que él mismo le ayudaría á satisfacerlo, sirviéndole, si preciso fuera, de encubridor—*alcahuete* fué la palabra que soltó don Braulio en prueba de llaneza y confianza—, á condición de que Paco acabara por disimular y volver junto á las dos atribuladas mujeres.

Date á deseo y olerás á poleo. Tanto habló don Braulio y tan bien se insinuó en el ánimo de su sobrino, que éste, entregándose del todo, le confió su mal de amores y cúya era la causa.

Saber callar cuando no se debe hablar no es cosa tan fácil como generalmente se cree. Los hombres sagaces usan de tantos artificios para descubrir lo que les importa saber, que es bastante difícil ocultárselo. Por otro lado, cuando el secreto es de alguna importancia, la utilidad ó la vanidad—y Paco se hallaba en ambos casos—tienen un interés peligroso en publicarlo. La mayor parte de los hombres se parecen al criado de Terencio, que nada podía ocultar, *al modo de un cántaro agujereado.*

En suma: que Paco estaba chiflado por una viuda joven y hermosa que, por más parecerse á Judit, defendía intacta su viudez contra los halagos y asechanzas de un hombre á quien sabía casado. Don Braulio tomó el nombre y las señas de la mujer fuerte, y diciendo á su sobrino que no hay hija de Eva que no caiga tarde ó temprano, se despidió, anunciando que iba á empezar las negociaciones amorosas.

Al otro día volvieron á verse tío y sobrino: éste inquiriendo, ansioso; el otro dando buenas esperanzas. Al tercero, quedó arreglado todo. La viuda, rendida al fin á las instancias del uno y á las persuasiones del otro, venía en otorgar una cita amorosa, á condición que ésta se celebrase en una quinta de las afueras, al toque de ánimas, y que dama y galán se encontraran en una alcoba á obscuras.

Don Braulio, al comunicar esta noticia que á tanta altura diplomática le ponía, acreditó igualmente su previsión, manifestando á Paco que tenía ya dispuesto el escondite para recibir á los tórtolos; un verdadero nido de amor, una quinta, próxima al castañar del convento, con habitaciones amuebladas que en tiempo de verano se alquilaba á los forasteros y que por feliz coincidencia estaba aún por arrendar. Á esa quinta, don Braulio en persona llevaría la viuda de tapadillo, al toque de oración de aquel mismo día, y, una hora después, al enamorado doncel.

Paco no encontraba palabras para alabar la destreza de su tío, y menos para demostrarle su agradecimiento; pero tampoco estaba el otro para oirlas, porque el tiempo apremiaba. Así que, dándole una palmadita en el hombro, se despidió del sobrino hasta la hora convenida.

Bien hubiera querido el mancebo acelerar la marcha del tiempo, para anticipar la puesta del sol en este día y aparecieran las estrellas que habían de ser las luminarias de su noche de amor; mas como todo llega en este mundo por sus pasos contados, así llegó la hora en que tío y sobrino, procurando no ser vistos de nadie, llegaron junto á la casita, donde seguramente estaría esperando la caprichosa viuda.

La noche estaba serena, y tibio y silencioso el ambiente; silencio y obscuridad apenas interrumpidos por el cabrilleo de las estrellas y los trinos de un ruiseñor en la olmeda del río. Los dos hombres dieron un rodeo á la casa, como medida de cautela, y á continuación don Braulio arrimó á la fachada una escalera de jardinero, ayudando á trepar á su sobrino. Á pocas varas del suelo estaba una ventana abierta y por ella se entró el galán. Entonces don Braulio retiró la escalera, y fuése...

Á cosa de las diez, le vimos entrar en el Casino. El *Capitán*, como le llamaban sus amigos de Pedro Bernardo y de Arenas, venía sonriente, alegre y, por lo que se vió después, dicharachero. Recorrió los billares y las mesas de juego; pero, cosa extraña en él, en esta noche ni tomó el taco, ni se sentó á ninguna de aquéllas, limitándose á llamar aparte á algunos de los tertulios y hablarles al oído.

De lo que les dijera puedo dar fe, porque acercándose también á mí, que en el Círculo estaba por fuero de transeunte, díjome:

—Al filo de la media noche tengo citados aquí á algunos de los notables para que me sirvan en un empeño. Dése usted también por invitado. No le importe perder la noche, porque verá ponerse en escena la obra de mi hermana Petra; pero, por Dios, no revele usted á nadie el argumento.

Y Corvalán se marchó á casa de la generala, á la que encontró velando en un gabinete, rezándole á un San Pedro de Alcántara puesto en una capillita entre dos cirios ardiendo. Hablaron los dos hermanos, y á esto de media noche el capitán volvió al Casino.

Cumpliendo un encargo suyo, el conserje tenía re-

servado un saloncito con la mesa servida para un refresco. Á ella nos sentamos todos los apalabrados por el capitán: el juez, el alcalde, el secretario municipal, el notario, el teniente de la guardia civil y tres personas más, entre fabricantes y ricos hacendados de Arenas.

El convite fué espléndido: empanadas de perdiz y de jamón, truchas escabechadas, mazapán y melindres de la tierra, cerveza, licores y vino Jerez y amontillado. Don Braulio dijo ofrecérnoslo á nombre de su hermana, la generala, cuyo era también el obsequio de una caja de habanos; y cuando se sirvió el café, dijo lo que quería de nosotros.

Tratábase nada menos de ir en comitiva á la casa donde estaban encerrados los dos amantes y sorprenderles en el garlito. La generala deseaba con este golpe de mano poner fin al escándalo marital de su hijo y que éste se decidiera por herrar ó quitar el banco, ó enmendarse ó divorciarse.

—Señores y amigos—terminó diciendo Corvalán—, constándome que todos ustedes quieren por igual á mi señora hermana doña Petra, no dudo que la servirán en este empeño, fuera de que yo también les quedaré agradecido.

Ninguno de la reunión puso reparo á estas manifestaciones; antes bien, pareció á todos tan divertido el lance, que, por unanimidad, casi por aclamación, decidimos actuar de testigos y manifestantes, dando así tiempo á digerir el espléndido agape de la generala.

Como era de rigor, don Braulio tomó el mando de la cuadrilla, que se repartió en dos coches de colleras, apostados á todo evento en la plaza, y al trote corto arreamos hacia el cigarral.

En estas y otras, la del alba sería cuando llegamos á la finca. Tomó la delantera el capitán, y, sacando una llave del bolsillo, abrió la puerta de la casa, invitándonos á que le siguiéramos, alumbrando nuestros pasos dos postillones, á cada flanco, con hachas de viento. Subimos la escalerilla, y al término de un corredor topamos con una puerta cerrada. Era la correspondiente al sitio donde estaba Paco refocilándose en el huerto de Venus, acariciando las más regaladas pomas del mundo.

Tampoco se detuvo allí don Braulio, sino que, echando mano á otro llavín, abrió bruscamente la puerta. Paco, que había oído el ruido de los coches y la irrupción de gente en la casa, pero que no esperaba verse en descubierto, saltó de la cama y, empuñando un revólver, se aprestó á repeler la invasión.

—Quedo, sobrino, quedo—dijo el capitán desde el umbral. —Soy yo, tu tío Braulio.

—¿Qué burla es ésta, tío?—repuso el mancebo—. ¿Qué significa esto? Así pone usted en la picota mi honor y el de la mujer que está conmigo?

—Querido sobrino—repuso don Braulio dando un paso adelante—. Tu honor está á salvo y, si se quiere, más acrisolado en este instante. Señores—añadió volviéndose solemnemente á nosotros—, entren ustedes á dar fe de cómo mi sobrino Paco no es un adúltero, como por ahí se dice, sino un marido cabal que se acuesta con su mujer.

La comitiva fué entrando de uno en uno, y al resplandor de las hachas vimos á Paco al pie de la cama, y en ésta un bulto de mujer arrebujada en las sábanas. Ansioso el joven de salir de dudas, tira nerviosamente de la ropa de la cama, y con esto se pone al descubierto

el torso de una hermosa mujer, cruzados los brazos y bajados los ojos púdicamente.

— Mírala, Paco — dijo don Braulio en actitud teatral —. Es tu mujer.

Era, sí, la nuera de la generala, que, instruída por doña Petra, se avino á representar esta comedia conyugal, jugando el todo por el todo.

—¿Me perdonas?—dijo la joven llorando y tendiendo los brazos á su marido, que apenas se daba cuenta de lo que veía.

—Sí—repuso éste instintivamente. Y luego, repuesto de la sorpresa—: Y tú, ¿me perdonas?—añadió comiéndosela á besos y abrazos.

—Todos perdonados y nosotros también — repitió sentenciosamente el capitán—. Ea, señores, ahuequemos de aquí y dejemos en paz á los tórtolos.

Cuando tomamos el coche, clareaba el día. Del castañar del convento venía el eco de la campana que tocaba al alba, mientras los gallos de la vecindad cantaban la diana en los corrales. Los postillones hicieron crujir la tralla, y en menos de quince minutos, los expedicionarios llegamos á la plaza de Arenas. Aquí se deshizo la caravana, yéndonos todos á tomar la horizontal.

Todos, menos don Braulio, á quien le faltó tiempo para ir á contárselo todo á su hermana. La generala escuchó impasible el desenlace de la aventura, como autor que estaba segurísimo del éxito de su drama. Después de oir al embajador, se levantó del sofá donde pasara la noche; mudó las velas á San Pedro, y llamando á las criadas, ordenó que removieran la casa como el día de la boda del señorito. Á continuación, comisionó al capitán para que contratase la banda del pueblo, la cual

debía apostarse en el puente por donde habían de regresar los esposos, y saludarles con bombo y redoblante.

Arreglados estos preliminares, Corvalán, tras un corto descanso, tomó la vuelta de la quinta, cargando en una tartana el equipo de novios que vistieran sus sobrinos cuando la boda.

Ya todo Arenas sabía la novedad. En poco tiempo los salones de la generala se llenaron de familias que iban á darle el parabién, y los señoringos concertaron salir en cabalgata al encuentro de la pareja.

Á esto del mediodía, atravesaba el puente, que une la población con el arrabal, la tartana florida en que venían Paco y su mujer, en traje nupcial, acompañados de don Braulio, muy erguido y peripuesto. La charanga tocó la marcha real, y el escuadrón volante desplegó en dos alas dando estruendosos vivas.

Así, como en alegre tornaboda, alternando la música con los vítores, llegó la comitiva adonde la generala, la cual, al frente de su corte femenina, esperando estaba en el atrio alfombrado de flores, y á sus hijos recibió con mayestática gravedad, limitándose á besarles en la frente.

Siguióse á esto el obligado piscolabis á la reunión; la arrebatiña infantil al pie de los balcones; las limosnas á la pobretería, que así acude á una boda como á un entierro, y, por remate, la invitación á un sarao vespertino.

Esto era ya echar la casa por la ventana; pero como la generala decía: «El Corpus tiene su octava y la boda de Paco también.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Don Braulio me llevó á la fiesta y me presentó á la generala, la cual hízome amabilísima acogida.

Como estaba enterada por su hermano del objeto de mi viaje, la buena señora quiso que le contara alguna de mis impresiones de camino. Cuando llegué al episodio del Viejo y la Niña, tuve la suerte de interesarla y conmoverla, y como uno de los votos que doña Petra hiciera en el novenario fuese la de prohijar una huérfana, recayó esta elección en Ramona.

Dile las gracias por su caridad, y sin pérdida de tiempo se envió un propio al monte de La Adrada con una carta mía al señor Vicente, recomendando otra de la generala.

Supe posteriormente que el señor Vicente se avino á entregar la niña y que la pobre Ramona tuvo en doña Petra una tutora compasiva y amante.

## III

## FUNCIÓN DE TÍTERES

No acabaron con esto los festejos de la tornaboda.

Para el día siguiente, que fué domingo, dispuso la generala una función de títeres en el patio de la posada, á cargo de un maniobrista de muñecos, al que doña Petra pagó bien y por adelantado, encargándole que divirtiese á la gente y que no se fuera de la lengua.

Verificóse la función por la tarde, siendo la entrada franca, lo que equivalió á tocar á asamblea de niños, mujeres y aldeanos.

¿Por qué nosotros no hemos de aprovechar también la invitación de la generala?

Frente á la posada tocan á dúo un cornetín y tambo-

rilero; en el patio, entoldado, se ven sentados en el suelo porción de gente del pueblo, y adosadas á la pared unas gradillas para la gente menuda de las relaciones de doña Petra. En el fondo del patio, el retablo escénico, velado á la sazón por una cortina roja. Así que ésta se descorre, los músicos callejeros descansan, la concurrencia calla y el espectáculo empieza.

* * *

Y aparecen frente á frente dos muñecos grandes, hombre y mujer, vestidos á la aldeana, que entablan este diálogo:

La Mujer. Marido mío, voy á hacerte una pregunta.

El Hombre. Bueno, haz tu pregunta.

La Mujer. Pero me has de decir la verdad, ¿eh?

El Hombre. Sí, sí, la verdad.

La Mujer. Pues dime si me quieres mucho; tengo verdadero empeño en saberlo.

El Hombre. Toma, ¿no me casé contigo?

La Mujer. De esto hace mucho tiempo; quiero que me digas la verdad.

El Hombre. Pues voy á serte franco; á veces te quiero y á veces no te quiero.

La Mujer. ¿Cuándo es que me quieres?

El Hombre. Cuando haces lo que te mando, cuando eres sumisa y trabajadora, entonces te quiero; te visto, te calzo y no consiento que te falte nada.

La Mujer. Ahora dime, ¿cuándo es que no me quieres?

EL HOMBRE. Cuando no haces lo que me cumple, no te quiero y te mido las espaldas.

LA MUJER. Ya lo sé; pero quiero enmendarme. ¿Qué te disgusta de lo que yo hago?

EL HOMBRE. Tienes mal genio, eres terca, siempre quieres tener razón, como si tú fueras el marido y yo la mujer.

LA MUJER. Por poca cosa te enfadas, Juan; yo te quiero más.

EL HOMBRE. Pues á mí me parece que no.

LA MUJER. ¿Acaso no te llamo: « maridito mío », querido Juan?

EL HOMBRE. Estas son zalamerías. Obras son amores.

LA MUJER. Pues bien, te quiero tanto, que daría mi vida por salvar la tuya. Si, por desgracia, llegaras á morirte antes que yo, no volveré á casarme. Te enterraré con mi mantón de fiesta y verán los vecinos el funeral que te hago.

EL HOMBRE. Si lo que dices es verdad, ciertamente que me quieres mucho. *(Los dos muñecos se abrazan repetidas veces y se dan ombligadas y besuqueos).*

LA MUJER. Ya lo sabes, Juan. Espérame un momento, que voy á sacar la colada. *(Se vá.)*

EL HOMBRE. Mi mujer dice que me quiere mucho, que me enterrará con su manto de gala. Pero si me muero no podré ver si lo que dice es verdad... ¡Ah, qué idea! ¡Si me hiciera el muerto, qué pena, qué consternación la suya cuando me vea! ¡Qué hermoso entierro querrá hacerme! Sí, sí, voy á hacer

la prueba y á fingirme muerto. *(Se deja caer en una silla, espatarrado y con la cabeza y los brazos caídos.)*

LA MUJER. *(De vuelta.)* ¡Vaya un zopenco! Dormido como un borracho. ¡Eh, Juan!, ¿qué haces ahí? Levántate y ayúdame á tender la ropa. *(Le sacude.)* Vamos, Juan, no hagas bromas pesadas... ¿Pero, qué te pasa? ¿Te has muerto?... ¡Ah, sí, Juan está muerto!...

EL HOMBRE. *(Aparte.)* ¡Ajajá! Se lo ha creído. Vamos á ver lo que hace. Va á llorar como una Madalena.

LA MUJER. No sé qué hacer; si llorar ó comer. Si empiezo á llorar y á dar gritos, acudirán los vecinos, tèndré que hacerme la inconsolable y me quedaré sin comer hasta la noche... No, no; primero me sorberé un par de huevos y beberé un vaso de vino; así podré gritar con más fuerza y desconsolarme mejor. *(Se va.)*

EL HOMBRE. ¡Hola, hola! Mi muerte le ha causado tanta impresión como la de una cucaracha... ¡Ya te arreglaré, tunanta! Voy á tener paciencia y á seguir la farsa hasta ver en qué para todo. En cuanto la oiga venir, me tiendo otra vez.

LA MUJER. Ahora que estoy confortada, puedo llorar á mi marido delante de los vecinos. Voy á llamarlos... ¡¡¡Vecina, vecina!!!

*(Comparece la Vecina.)*

LA VECINA. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

LA MUJER. (*Llorando.*) Una horrible desgracia. Me he quedado viuda. Juan se ha muerto de repente. ¡Ay, ay, ay!

LA VECINA. ¿Pero se ha muerto Juan? ¡Lástima de hombre! De veras que lo siento, porque era un buen amigo. Vaya, vecina, tenéis que conformaros con la voluntad de Dios.

LA MUJER. ¿Quién me mantendrá ahora? ¿Qué va á ser de mí?

LA VECINA. No os apuréis; á rey muerto, rey puesto. Buscad otro marido que os mantenga como lo hacía Juan. Lo que sobran son hombres.

EL HOMBRE. (*Aparte.*) Y mujerucas también. ¡Bonito responso me están echando!

LA MUJER. ¿Decís, vecina, que me vuelva á casar?

LA VECINA. En cuanto pase la cuaresma; faltan pocos días.

LA MUJER. ¿Qué será de mí mientras tanto? ¡Ay, ay, ay! ¡Nunca creí que hiciera tanta falta un marido!

LA VECINA. Vamos, dejaos de lamentaciones y pensad en el entierro. Sacad vuestro manto de gala para amortajar á Juan.

LA MUJER. Vecina, esto no puede ser; necesito guardar mi manto para mi segunda boda. Mejor es que le envolvamos con una piel podrida que pensaba tirar al muladar.

LA VECINA. El caso es que este pellejo será demasiado pequeño para el empleo que queréis darle. Ya que no sufrís desprenderos del manto, traed siquiera una sábana.

La Mujer. Tampoco; porque una tengo muy remendada que aun valdrá dos reales.

*(Sale otro muñeco, el marido de la Vecina.)*

El Vecino. Mujeres, ¿qué estáis hablando?

La Mujer. ¡Ay, vecino, qué desgraciada soy! ¡Ved á mi marido muerto! ¡Ah!, ¿por qué no murió todo mi ganado en vez de Juan?

El Vecino. Mucho le queríais cuando decís que dierais todo vuestro ganado á cambio de vuestro marido. ¿Qué ganado es el vuestro, vecina?

La Mujer. Voy á decíroslo; el que tengo en casa; el gato, el perro, una docena de ratones y un enjambre de pulgas y cucarachas.

El Vecino. Ahora me convenzo del gran cariño que le teníais. No hace falta que os desprendáis de este ganado. Más vale que consagréis al muerto tres libras de cera y una corona de siemprevivas.

La Mujer. No, vecino; no hay que meterse en estos gastos. Mi marido está muerto y no los ha de ver.

El Vecino. Entonces iré á avisar á la parroquia para que se lo lleven dignamente, y de paso que enciendan el altar y que toquen á muerto.

La Mujer. Tampoco; que esto cuesta dinero. Mejor es que le enterremos de noche, cuando salga la luna... ¡Ay, vecino!, ¡cuántos dolores de cabeza!

El Hombre. *(Levantándose de la silla.)* Yo te los curaré

de un garrotazo. *(Empieza á mojicones con ella.)*

LOS VECINOS. ¡Já, já, já!... *(Cantando con grandes aspavientos.)* ¡No me mates! ¡No me mates!...

EL HOMBRE. *(Dando paz á la mano.)* Mala mujer, ¿éste es el entierro que querías hacerme? Primero, te sorbiste un par de huevos y echaste un buen trago de vino; después, te pareció poco para mí una sábana vieja. Querías coserme en un cuero de buey. Eres una mentirosa y desvergonzada. *(Vuelve á zurrarle la badana, coreando los vecinos.)*

EL VECINO. Basta, Juan. No la pegues más, porque el árnica cuesta cara. Déjala que tome tila, y no te incomodes. Más vale que gastemos el dinero en vino. Vamos á la taberna á celebrar tu resurrección.

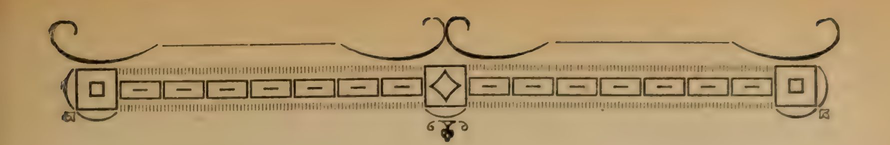
*(Se corre la cortina)* (1).

* * *

Á este número siguieron otros por el estilo y algunas suertes de manos, con gran algazara de la concurrencia, marcando cada entreacto el dúo de cornetín y de tambor.

---

(1) Esta farsa, que bien pudiera intitularse *Muérete y verás*, es una de tantas que, como la *Danza de la muerte*, se popularizó en Europa cuando la Edad Media. La representación del maese Pedro de Arenas es una paráfrasis de Hans Sachs, maestro cantor alemán del siglo XV.



# JORNADA DÉCIMA

## EL ESPECIALISTA DE MADRIGAL

### I

### EL BÁLSAMO DE LA MECA

Á partir de Arenas, el puerto de Gredos sube y sube por espacio de dos leguas; el viajero costea un grupo de montañas, de aspecto feroz, las más áridas y empinadas de ambas Castillas; y salvando dos ó tres pueblos más, baja á *Madrigal de la Vera,* pueblo cacerense.

De Ávila, tierra de santos, venimos á Extremadura, tierra de conquistadores.

Los extremeños, dando á un lado la etimología geográfica de su región, dicen que *Extremadura* deriva de extrema en todo. En parte tienen razón. Á la trágica tristeza de las mesetas castellanas; á la visión alpina de las grandes moles graníticas con su cortina de nieve, corrida en invierno, de un tirón, desde el cenit hasta los valles profundos; sigue, á partir de estas gloriosas alturas, una sucesión de montes y vegas que van á empalmar con el regazo lejano de la Vera de Plasencia.

Al luminoso cielo de Castilla, que da á los campos resecos un reflejo gris plomizo, sucede este cielo de Ex-

tremadura, menos deslumbrador, pero de matices más variados. Suben de las vegas vapores acuosos que recorta el viento, y navega el sol por un archipiélago de «rocas aéreas», como llama el salmista á los cúmulos ó borreguillos. Hasta el aire que se respira parece otro. Bate estas solanas una atmósfera animada, vital, chispeante; especie de champaña etéreo que embriaga los pulmones.

También los hombres están cambiados. Al castellano, pálido y cenceño, reflexivo y altanero, cuya tranquilidad muscular contrasta con la intensidad febril de su pupila, sucede el extremeño, membrudo y sanguíneo, con mucha dosis de amor propio, pero ágil de carácter, agradable y, á ratos, insinuante.

Esa diferencia de tipos y de poesía de ambas regiones, dan la sensación de dos mundos diversos en el espacio de pocas leguas.

Á Madrigal de la Vera llegué una buena tarde, á retaguardia de una tropa arrieril, esperada en el pueblo como agua de Mayo, á causa de venir con cargas de pimentón, artículo indispensable á los extremeños por su afición á los picantes y á los embutidos de cerdo.

Algunos de esos arrieros son ordinarios de los pueblos, que van y vienen de las estaciones inmediatas; los más, son trajinantes riojanos y salmantinos que exploran estas tierras, vendiendo su pimentón como oro molido.

Como quiera que yo venía de Arenas con carta de recomendación del insigne don Braulio para su primo el médico de Madrigal, preguntando á los arrieros topé con uno que iba con carga consignada á nombre del doctor. Al entrar en el pueblo, emparejé con mi guía, y sin sacudirnos el polvo del camino, paramos ante la casa.

Dió el arriero un aldabonazo; abrió la puerta una moza, y el hombre preguntó si estaba el doctor. Como la respuesta fuera afirmativa, soltó el arriero el vozarrón y dijo con la mayor naturalidad:

—Pues dile que llegaron las cargas, juntamente con un tío forastero.

No tuvo que molestarse la otra con el recado, porque á este punto bajaba la escalera toda la familia: el médico, su mujer y cinco muchachos, entre niños y niñas.

Sombrero en mano, saludé á los esposos, y preguntando por don Blas Pimentel, que así se llamaba el doctor, le entregué la carta del señor Corvalán.

Don Blas rompió la nema, leyó el papel y, estrechándome la mano, me dijo:

—Trae usted el mejor de los pasaportes, puesto que lo refrenda mi primo Braulio. Sea usted bien venido á esta casa y entre usted á tomar posesión de ella. Antes me permitirá que despache á este hombre.

Referíase al arriero que en la calle estaba al cuidado de las mulas cargadas y de mi caballo. En pocas palabras quedaron arreglados. Don Blas dió orden de que entraran los animales, y dejando á su mujer en el zaguán para recibir las cargas, me hizo subir á su despacho.

—¿Qué se hacía en Arenas el gran halconero de Pedro Bernardo?—me preguntó sonriente.

—Cazando, según acostumbra—le respondí—; pero esta vez por cuenta de su hermana la generala, que da quince y raya á don Braulio en la caza de altanería.

Y á continuación referí la caza del palomo Paco por el azor Corvalán, adiestrado por la castellana de Arenas.

—Sí; los dos hermanos son tal para cual—observó el doctor, cuando acabé mi relación—; dos tipos de caste-

llanos viejos de los que quedan pocos, muy señores de su casa y enamoricados de rancias pragmáticas. La generala es un trasunto de esas ricas hembras castellanas que nos sonríen desde las páginas empolvadas de la Historia y desde los cuadros de nuestros grandes retratistas. Pero tampoco se queda atrás Braulio; por su figura y por sus aficiones es un hidalgo del tiempo viajo.

«¿Sabe usted á qué debo mi crédito profesional, base de la pequeña fortuna que disfruto? Á una antigualla, á una ranciedad quirúrgica con que me vino hace años, ofreciéndose á ser el «anima vilis» del experimento. ¿No se la refirió Braulio?»

—No, señor—respondí—; pero tendré mucho gusto en oirla ahora. Diré, sin embargo, que me hizo grandes elogios de usted en todos conceptos.

—Ahí donde vió usted á mi primo—añadió el doctor satisfecho con el cumplido—, ahí donde le vió tan suelto y ágil de miembros, padeció en tiempos de ataques de gota en los pies, enfermedad más conocida con el nombre de podagra. Cansado de probar uno y otro medicamento, la casualidad puso en sus manos un manuscrito de Yuste que, como otros papeles del célebre monasterio, sirvieron para envolver granos y especias cuando el cierre de los conventos por Mendizábal. El tal manuscrito era nada menos que un *Diario de la vida de Carlos V en Yuste*, redactado por uno de los padres jerónimos que fueron compañeros del Emperador. Desgraciadamente, la obra que, á estar completa, hubiera valido un tesoro, tiempo hacía que fué descuartizada y andaba repartida por entregas para usos domésticos.

«Algunos de estos papeles sueltos fueron los que vió

mi primo. En ellos, con esa letra itálica tan de moda en el siglo XVI, pródiga en abreviaturas y extremadamente ligada, el buen fraile consignaba al dedillo las efemérides del César en su retiro: los personajes que iban á visitarle, los correos que recibía, sus paseos á caballo ó en silla de manos, sus conversaciones en el refectorio y en la huerta, etc.

»Una de las efemérides decía así: «*Día 6 de Mayo* »*(1557). El César recibió á un comendador de Malta re-* »*cién rescatado de los Baños de Argel. Tuvo con el caba-* »*llero larga y entretenida plática, y cuando éste se partió,* »*entretuvo el emperador á los frailes con la sabrosa rela-* »*ción de una receta con que curaron de la gota en Argel* »*al comendador. Cuando llegó cautivo y viéronle hincha-* »*do y que para nada servía, seis turcazos le atirantaron,* »*y desnudándole los pies se los pusieron en un cepo, dán-* »*dole en las plantas 400 golpes con una caña muy liviana;* »*lo que fué bastante para que los pies se deshinchasen más* »*de cuatro dedos. En seguida entraba un cirujano, que le* »*escarificaba toda la parte deshinchada, haciéndole echar* »*materia y la sangre extravasada con los golpes. En diez* »*veces de administrarle esta receta, el comendador curó* »*de la enfermedad. Los turcos la juzgan infalible para* »*la podagra, y llámanla* El Bálsamo de la Meca.»

»Cuando esto leyó mi primo Braulio, dió un bote de alegría, y tomando el portante para este Madrigal, vínose á mí con la maravillosa receta. La leyó, me preguntó qué tal me parecía, pero yo no aventuré opinión alguna. La tal receta era una verdadera cura de moro, un medicamento heróico que lo mismo podía sanar al paciente que matarlo. Pero Braulio, que venía resuelto á todo, exigió de mí que se la aplicara, y no hubo más re-

medio que complacerle haciendo yo de sayón y de cirujano á un tiempo.

»El resultado fué maravilloso. En menos días que los turcos curaron al Comendador, curé yo á Braulio, si bien el pobre quedó renqueando unos días.»

—Y después—interrumpí—, ¿cómo no dió usted cuenta á la Academia de Medicina de un tratamiento tan eficaz contra la podagra?

—¿Para qué? ¿Para que los académicos se rieran de mí y me llamaran bruto y médico á palos? No, señor; dejé á mi primo que se hiciera vocero y propagandista del nuevo método. A su reclamo fueron acudiendo á mi clínica otros enfermos de podagra y á todos curé á cañazos é incisiones en las plantas de los pies. Resumen: que mi tratamiento empírico de la gota en los pies tiene tanta fama en estas tierras como la hidroterapia del abate Kneipp, y que este pueblo extremeño de Madrigal es la Meca de los gotosos, como el bávaro de Worishofen es la de otros enfermos.

—Muy oportuna es la cita—repuse—; como que á medida que usted hablaba se me acordaba de Kneipp, quien, por cierto, se inspiró también en un tratado del doctor Hahn que cayó en sus manos.

—Ni mi teoría ni la suya—añadió el doctor—están científicamente establecidas. Nos limitamos á ser empíricos con buen sentido. Eso de curarse uno andando descalzo en agua fría ó sobre nieve recién caída y sin secarse luego los pies, parece tan disparatado como curar otro á fuerza de flagelaciones y escarificaciones. De ahí, que algunos cofrades vecinos me llamen el doctor Sangredo; pero les dejo que se rían de mi lanceta como yo me río de sus linimentos narcóticos y antigotosos.

En este punto de la conversación, llega á mi olfato un olor penetrante que casi me hace estornudar. Es que la señora médica entraba á dar cuenta del recibo y acomodo de la carga, y, como es natural, venía atufando á pimentón. Arrimados á la cola, seguían dos arrapiezos, parecidos á dos diablillos rojos, según iban tiznados del polvo de las sacas. Tomó don Blas el recado, de un soplamocos ahuyentó á los mascarones y, abriendo una gaveta, sacó el dinero para pagar al ordinario.

—Ea—me dijo—; véngase conmigo, que verá la casa.

## II

## APOLOGÍA DEL CUCHO

Otra sorpresa que no esperaba; porque cuando, despedido el arriero, supuse que Pimentel iba á enseñarme su sala de clínica, la de los cepos y camastros antigotosos, lo que vi fueron cubiles de cerdos y una gran cuadra, presidida por una capillita colgada á la pared con San Antón Abad, atestada la estancia de jamones y embutidos puestos á curar. La clínica de Chicago en lugar de la clínica argelina.

¡Pero qué zahurdas!; limpias, altas y espaciosas con pequeños corrales de sombra y de agua para solaz de los huéspedes, que si se revuelcan en sitios húmedos y sucios es, sencillamente, porque necesitan frescura.

—Los burlones—me decía Pimentel señalando á los animales—les llaman *cochinos*, *guarros*, *marranos;* pero les calumnian. Que los limpien y tendrán buen aspecto; según les hacen la cama así se acuestan; déseles trufas

y harán ascos de las mondaduras de patatas; no pasando hambre no comerán basura.

Agradecidos los cerdos á esta apología de su amo, daban gruñidos familiares, arrugaban la geta, caracoleaban los rabos y volvíanse á mirarle con aquellos sus ojos pequeños y hundidos, casi tapados por unas orejas en forma de hojas de remolacha. Entre tanto, don Blas me llevaba de una á otra corraleda, haciéndome mostrar por los guardianes, cerdos de cría y de mata, verrones para los cruces ó el engorde. Entonces me di cuenta del porqué de las cargas de pimentón que conmigo llegaron; que éstas y muchas más hacían falta para convertir tanta carne en chorizos, morcillas, salchichas y longanizas.

—Ya vió usted mi ganado, que es cuanto hay que ver en mi casa—díjome á lo último Pimentel—. Ahora catará usted su carne, porque nos estará esperando la mesa puesta.

En el comedor, para el que se destinaba en verano una galería descubierta con bodegones y trofeos venatorios en las paredes, salió á recibirnos la señora de la casa, muy limpia y acicalada, excusándose de acompañarnos á la mesa por haber de atender al envío de nuestras viandas y al gobierno de los niños, que en días de convite comían aparte, en la cocina.

A la manera que Parmentier, para acreditar la patata dió un banquete con sólo las variantes culinarias del tubérculo; así, don Blas, á fin de demostrarme las excelencias de su ganado, hizo desfilar por la mesa una serie de viandas porcinas á cual más variadas y apetitosas: «jamón de pobre», suculento y económico potaje, jamón encebollado, chuleta en pepinillos, lomo mechado, y qué sé yo cuantos platos más, que ni siquiera probé,

puesto que preferí viandas más ligeras que con las otras alternaban.

—¿Es éste el régimen que prescribe usted á sus gotosos?—pregunté á los postres, sonriéndome.

—Claro que no—respondió mi anfitrión—. Durante los intervalos del tratamiento, les prescribo sobriedad y nutrición simple. Por esto, para que no se les alarguen los dientes oliendo la cocina extremeña, los tengo aislados en una colonia de las afueras.

—Lo cual es el colmo de la discreción—añadí—; porque nadie más autorizado que un médico para decir sin escrúpulo á sus enfermos: «Haced lo que os digo, no lo que yo hago...»

—En lo demás—prosiguió don Blas—, la base de la alimentación en estas tierras es el cerdo. ¡Oh, próvido animal! De las orejas al rabo, todo lo del cerdo se aprovecha, todo se come. Su manteca y su tocino son indispensables para la cocina, así como su sangre, rica en albúmina y globulina. ¡Cuántos lugares le deben su celebridad! Rioja y Salamanca producen sus famosos chorizos; Cataluña y Mallorca, sus deliciosas butifarras; Avilés, sus jamones. Pero á todos gana esta Extremadura, de cuyas dehesas bien puede decirse que el cerdo es rey; como que Francisco Pizarro, con un cucho á los pies, debiera ser el emblema de la región, no tanto por haber sido porquerizo el conquistador del Perú, como porque uno y otro son el orgullo de mis conterráneos.

—Por menos—le contesté—erigieron los modernos flamencos una estatua al cerdo, allá en Spá, cuyas famosas aguas descubrió uno de estos animales hozando la tierra en busca de trufas.

—Aquí no andamos con tantas filigranas, ni la manía

estatuaria llega á tanto que divinice á los animales; á bien que poco falta para esto, porque tenemos un refrán que dice: *Dios y el cucho pueden mucho;* lo que equivale á asociar la providencia del uno con la del otro. Y en verdad, ¡qué pocos de mis paisanos comerían carne si no criaran cerdos! En estos pobres hogares extremeños y castellanos se cocina tan á la ligera que no da tiempo á criar hollín á la chimenea; pues

*Aunque veis que sale humo*
*de la villa de Alcorcón,*
*no penséis que cuecen carne,*
*que ollas y pucheros son.*

Creía yo que aquí diera fin la cerdosa conversación; pero, ¡quiá!; el bueno de don Blas, viendo en mí un oyente benévolo y, aunque me esté mal el decirlo, ilustrado, se dijo: «Aquí que no peco», y acabó por desembuchar todo el rollo cerdológico, que yo oí imperturbable y sin meter baza, para que cuanto antes acabara.

—Queriendo ennoblecer mi industria, pues como usted ve soy salchichero además de médico, he ennoblecido el cerdo. Véase cómo:

«Es bien sabido que antes del descubrimiento de América no había especie alguna de puercos en aquella parte del mundo, y que todas las variedades que allí se encuentran ahora vienen de un par de la especie que importaron los españoles. De esta premisa me sirvo para argumento de una Memoria que pienso enviar á la Academia de Ciencias, en lugar de la otra que usted me propuso acerca de la podagra con destino á la de Medicina.

»En esta Memoria trato de refutar el error de los que

admiten más de una especie humana. Y lo refuto valiéndome de la comparación del hombre con el cerdo, ya que los dos se asemejan en muchos conceptos. No en la forma de sus entrañas, como se creía en la Edad Media, por lo que en muchos anfiteatros estudiaban la anatomía del cuerpo humano en la del puerco; ni porque en tiempo de Galeno se creyera que la carne humana tenía exactamente el mismo gusto que la del hombre; ni porque se parezca tanto el cuero de uno y otro, adobado; sino porque ambos, con respecto á la economía de su estructura corporal, muestran á primera vista notable semejanza. Ambos son animales domésticos; ambos son omnívoros; ambos están repartidos por las cuatro partes del mundo; y ambos, por consiguiente, expuestos, en muchas maneras, á enfermedades provenientes del clima, de los alimentos, etcétera.

»Otra razón por la que elijo al puerco por término de comparación, es porque la degeneración y descendencia de la raza original son con mucho más ciertas y pueden trazarse mejor en esta especie que en otra variedad de animales domésticos. Dicen que el cerdo es la caricatura del jabalí; pero ningún naturalista pone en duda que el puerco doméstico desciende de aquél; y lo contrario es también verdad, porque si alguna vez se pierde un puerco en el bosque, luego se vuelve jabalí; tanto, que hay ejemplos de tomar los cazadores un puerco salvaje por jabalí, sin descubrir el engaño hasta hallar al animal castrado, cuando lo han abierto.

»De la variedad de la raza porcina paso á demostrar la variedad del linaje humano, rebatiendo á los que llevados de las variedades de color, de cabeza y de otros

accidentes, admiten una pareja original para cada raza. *Etcétera, etcétera.*

»Señor mío—acabó por decir el doctor—, de intento me alargué en estas filosofías, porque así fuí dando tiempo á la digestión de la carne de unos animalitos que, como dijo un poeta de la tierra:

*Es desvergüenza nombrarlos*
*y vergüenza el no comerlos.*

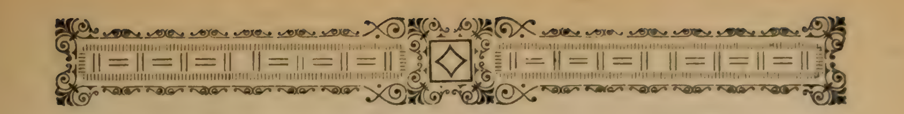
.................................................

.... .. ..........................................

Poco más hablaría con don Blas Pimentel, porque cansado como estaba yo de la jornada y rendido á su perorata, le pedí permiso para retirarme, pues pensaba madrugar para seguir viaje á Jarandilla.

Pero tuve buen cuidado de tomar nota de cuanto habló, y ved por dónde un estómago agradecido sirve en ocasiones para aumentar la clientela de un especialista y para recomendar una Memoria á las Academias.





# JORNADA ONCENA

## EN CUACOS

### I

### PARALELO ENTRE CARLOS DE GANTE Y QUIJOTE DE LA MANCHA

Todo este trayecto es incomparablemente hermoso. Una serie de lozanos valles y de extensas arboledas. Junto á los pinos del norte, el naranjo, el laurel y el granado, y ciñendo estos vergeles, un vasto anfiteatro de montañas con nieves casi eternas.

De pronto, desde un alto del camino, aparece la Vera, rica y pintoresca, cuajada de plantaciones y de caseríos. Jarandilla es el centro de la Vera y allí está el castillo que habitó Carlos V, mientras acababan el palacete que se hizo fabricar junto á la casa de los frailes de Yuste.

Á un tiro de fusil de Jarandilla se pasa un puente, y al poco trecho aparece Cuacos, en cuya jurisdicción está enclavado Yuste.

Á Cuacos llegué víspera de San Juan, en la noche, y como es consiguiente, hallé al vecindario entretenido con los preparativos de la verbena, fiesta que celebran los aldeanos con tanta ó más alegría que la Noche

Buena. Brillaban en los balcones linternas y faroles; algunos portales se exornaban con arcos y guirnaldas de verdura, y erizábanse en las calles más anchas, barricadas de leña y de trastos viejos, cuyo incendio esperaba con impaciencia la gente menuda. Los más traviesos habían prendido fuego á algunas hogueras y hacían auto de fe en Judas, saltando y alborotando como diablillos.

Al incendio de las piras se agregaba el estrépito de petardos y cohetes, algunos tan rabones, que serpenteaban á ras del suelo, y el estallido en la lumbre de algún leño verde, pletórico de savia.

Sorteando estos mongibelos, hice rumbo á la hostería, colmada de gente como santuario en día de jubileo.

Sin arredrarme, entré el animal, vi al mozangón de la cuadra, hícele mi escudero á favor de una propineja adelantada, y libre ya de impedimenta, me lancé á la conquista del yantar, porque en las posadas, y más en días de trajín, no basta con decir «aquí estoy yo»; hay que pedir, instar, implorar.

Hacía de comedor un estrado junto al zaguán, siguiendo á igual plano la cocina, cuya acampanada chimenea se destacaba en el fondo como dosel de un trono. Estaba la hostelera de media anqueta en un taburete, con la espumadera á guisa de cetro, y á su lado, hundido en un sillón de brazos, con el cuerpo feamente doblegado por la cintura, un personaje de flaco rostro y de rugosas manos que sería su marido y señor. Su cara afeitada, su nariz corvina y unos ojillos grises que brillaban como los de un gato, daban al viejo tullido cierto parecido con Luis XI, tal como lo vemos en el teatro. Para más semejanza, el cuitado suspiraba á cada momento: «¡Ay, Virgen de Guadalupe!», bien así como el

de Valois tenía siempre en los labios á Nuestra Señora de Embrun.

Dudando estaba yo á cuál de los dos, si al castellano ó á la castellana, diría la embajada de mi estómago, cuando rimbombó en la estancia un vigoroso rebuzno, como trompa de faraute. Yérguese el inválido y mirando en dirección al zaguán, dice con voz alterada:

—«Vaya un par de pigres. ¡Ni que hubieran llevado á bendecir el agua!»

Eran los interpelados el asno aguador y la moza de cántaro que juntos fueran á por agua al río. Otro rebuzno del animal que olía las huéspedas de la cuadra, subrayó la imprecación del viejo, en tanto que la chica, con ayuda de un arriero galante descargaba los cántaros á pulso. La moza disculpó la tardanza con el gentío que llenaba las calles y con el miedo del burro á las fogatas y á las carretillas.

El viejo, por todo comentario, dijo á su mujer:

—Esta polla está ya en edad de poner huevos y quiere gallo.—Mujer; busca otra más nueva que esté menos picardeada.

Y no dijo más, porque dióle un tirón la enfermedad y suspiró quejumbroso:—«¡Ay, Virgen de Guadalupe!

La muchacha se enjugó una lagrimilla con la punta del delantal y fué á sentarse junto al fogón. Entonces hablé á la mesonera y la expuse mis deseos, conviniendo en que se me serviría la cena en el soportal.

Volví á cruzar las antesalas: el comedor ocupado por mozos forasteros libando, y alegrándose con el albarillo de las guitarras, y el patio obstruído por un zaguanete de arrieros, cuál con la vara de avellano, cuál con la fusta de reata.

Afuera, sentados en el soportal, un coro de maestros cantores, con blusa de obrero, entretienen el hambre cantando. Deben de ser de lueñas tierras, porque su habla es exótica. En efecto, son corcheros ampurdaneses de los que bajan periódicamente á Extremadura y Portugal á la limpia de los alcornoques; cantan en la lengua de Ausías March, del *divino Ausías*, como llama Jorge de Montemayor al Petrarca lemosín. Junto á ellos, porque el porche no da más, otra rueda de bardos, de cuclillas en el solado, hace oir una cantiga en la lengua del Rey Sabio. Son segadores gallegos que, en espera del pote, sacuden la morriña cantando.

El soportal es una grillera; pero como la casa es horno y la calle quemadero, allí me quedo y me siento ante una mesa que está libre, mirando los fuegos artificiales que queman en la plaza. Noto cierto revuelo en mis vecinos, los trovadores provenzales y galáicos, é indago la causa. Era que la ventana que daba á la cocina se transformaba en aparador y en ella aparecía una bien oliente cazuela de arroz. Uno de los catalanes se levanta, la lleva á la mesa y los compañeros completan el servicio tomando platos y cubiertos. Aparece en seguida el pote de los gallegos, y á comer se ha dicho.

Á poco rato me toca á mí, si bien para más distinción, es la maritornes la que viene á poner la mesa. Los corcheros mientras comen, parlotean y bromean con esa alegría tan característica de los hijos de Cataluña de que hace mención un canciller de Castilla en el siglo XIII (1);

---

(1) Diego de Campo en el prólogo de su *Planeta*, elogiando al arzobispo don Rodrigo. (Véase la cita en Milá y Fontanals: *Historia de los trovadores.)*

los segadores mascan taciturnos y acansinados como bueyes rumiando. No estriba esta diferencia de carácter en que aquéllos sean catalanes y éstos sean gallegos, sino en que unos son obreros y otros jornaleros.

El jornalero y el obrero se distinguen desde luego en su aspecto exterior y en su trato: el primero es un hombre humilde y dócil, el segundo es un hombre altivo é independiente. De ahí la supuesta superioridad de los cráneos dolicocéfalos sobre los braquicéfalos, ó al contrario, en nuestra Península.

Estas reflexiones me hacía en tanto que saboreaba una espléndida tortilla de jamón, cuando se acerca un hombre y me dice:

—Caballero, voy á comer y no hay otro sitio donde sentarse. ¿Tendría usted inconveniente en que me siente á su mesa?

—Ninguno, amigo—le respondí casi sin mirarle—. En la guerra como en la guerra.

El hombre tomó un taburete donde lo encontró y sentóse frente á mí. Miréle entonces y le conocí en seguida. Era Pedro Mingote, el famoso Mingote del «Monte de las Ánimas» de La Adrada, pero más moreno y con la ropa más raída. Iba, sin embargo, muy limpio, y aunque no le hubiera conocido, le juzgara por lo que realmente era: un artista bohemio. También él me conoció, por lo que levantándose y quitándose el sombrero, me estrechó la mano.

—Llega usted á tiempo, Mingote. Cenaremos juntos; yo le convido.

—Juntos cenaremos, sí señor—me respondió—, pero pagando yo el escote de los dos.

—¿Le ha ofendido á usted mi invitación?

—Por el contrario, la agradezco. Pero yo quiero corresponder á su agasajo de La Adrada.

—¿Quién se acuerda de aquéllo?—contesté—. Además, no fuí yo el anfitrión, sino el señor Vicente.

—¿Y el rico café con que me brindó usted en aquella mañana? Nada, nada; hoy es mi desquite. Ha de saber usted que estoy *platudo*—añadió placentero, llevándose la mano al bolsillo, del que sacó un puñado de pesetas.

Luego, con acento trágico, declamó:

*¡El cielo quiso darme en este día,*
*tras de tanto dolor, tanta alegría!*

—¿Descubrió usted algún tapado por ahí?—le pregunté.

—No, señor; este dinero lo gané con mi industria, y ahora mismo acabo de cobrarlo. He servido de modelo á un pintor de este pueblo, y el hombre no se portó mal. Dióme quince pesetas por dos lecciones... Pero ya se lo explicaré luego. Ahora, comamos.

Y asomándose á la ventana aparador, dió una voz á la criada para que trajera otro servicio. Lo que empezó en comida iba á concluir en banquete. Ante la expectativa del refuerzo culinario, repartí mi ración con Mingote para no estar yo comiendo y él mirando.

Tras esto, anudamos la conversación.

—Explique su aventura pictórica—le dije.

—Pues estuve en Yuste y allí me encontré con un hombre pintando al aire libre. Hablamos un poco; di á entender al pintor quién era yo, le pareció bien mi tipo y propúsome servirle de modelo. Me apresuré á aceptar. Vinimos á Cuacos, llevóme á su casa y el artista me

vistió un casco, luego un gorro de corte, después un tabardo, en seguida una cota de armas; más tarde, me obligó á atacarme gregüescos y calzón de punto; sentarme, estirar las piernas como un tenor de ópera que representa *Don Carlos* ó Raúl de los *Hugonotes*, etc., etc. Y yo, hecho un mascarón, aguantando vela. No me ha pesado; por dos lecciones, á hora por día, hame regalado con quince del ala, como antes dije.

—Señor don Pedro Mingote, ¿qué vulgaridad es está *del ala?*

—Quise decir de adehala—repuso mordiéndose los labios.

—Muy bien... Y este pintor, ¿es vecino de Cuacos?

—Seguramente, porque aquí tiene casa abierta. Debe de ser una reencarnación del Ticiano, porque no sueña más que en pintar á Carlos V ó asuntos con él relacionados. Yo, por ejemplo, le he servido de modelo de Hernán Cortés. Ya sabe usted la entrevista famosa del conquistador de Méjico con el emperador allá en Orán.

—Bien, hombre—le dije, sin dejar de comer...—¿Qué tal le pareció á usted Yuste? Yo no le he visto aún.

—Pues será mejor que reserve mi opinión—contestó Mingote pinchando una aceituna—, porque así lo verá usted sin prejuicios. Todo espectáculo está dentro del espectador. Á Yuste se va por Carlos V, y la impresión que allí se recibe depende de la opinión en que el visitante tenga al César. La habitación de Carlos V á unos se les antoja la celda vacía de un loco; á otros, el santuario de un héroe.

—¿Qué fué para usted el emperador?

—Un hombre entre loco y héroe, un Quijote imperial. Un hombre empeñado en establecer la monarquía uni-

versal, que todo lo veía á través de este prisma fantástico. Nació duque de Borgoña, fué rey de España, llegó á emperador de Alemania, y ni fué valón, ni español, ni tudesco. En poco estuvo que volviera del revés el guante (Gante) en que nació; haciendo el paralelo entre las lenguas que conoció en su tiempo y que poseía, dijo que «el alemán era lengua para hablar con los caballos» (1). Lo cierto es que cuando Lutero, en la Dieta de Worms, pronunció su discurso en alemán, se lo hicieron repetir en latín, porque al emperador le placía más esta lengua.

«Por lo que se refiere á España, la consideraba como su gallina de los huevos de oro de las Indias. Fué una desgracia que el patrimonio de Isabel la Católica pasara á manos de un nieto pródigo extranjero, que descuidando los propios recursos de España, vivió inflado con la abundancia y esplendor de los tesoros de América. Un ejemplo entre ciento: cuando por vez primera desembarcó en España, en Villaviciosa de Asturias, como le sirvieran, entre otros platos, sardinas fritas que nunca había probado y que le gustaron mucho, prohibió que se las presentaran en lo sucesivo, porque se enteró del poco precio en que se vendían. Cuéntase en cambio de Isabel de Inglaterra, que para estimular la pesca del arenque en su país, se aficionó á este pescado y llegó á prohibir á los ingleses el uso de la carne dos días por semana.

»Fué campeón del Catolicismo, y tuvo preso al Papa, disculpó que colgaran de la horca al obispo Acuña y,

(1) «Y que el inglés era lengua para hablar con los pájaros; el francés, con los hombres; el italiano, con las damas, y el castellano, para hablar con Dios.»

aquí en Yuste, llamaba *hideputa* al pobre fraile que desafinaba en el coro.

»Había en él cierta influencia atávica, cierto desequilibrio mental que fué y sigue siendo el buitre de los Austria. Sin hablar de su madre, la infeliz doña Juana, á su abuelo paterno Maximiliano que se titulaba rey de Reyes, los italianos le cambiaron el nombre por el *Sin cuartos*, á causa de su avaricia y pobreza; Federico III, padre de éste y bisabuelo de Carlos, murió de una indigestión, después de haberse pasado la vida organizando sociedades de templanza, de las que era presidente. El Emperador, por no ser menos, se empeñó aquí en poner muchos relojes á una misma hora, cuando no había podido arreglar el reloj de su imperio.»

—Esto no pasa de ser una leyenda, como la de los funerales en vida—argüí.

—Lo sé—retrucó Mingote, que aprovechó la interrupción para beberse un vaso de vino—; pero estas leyendas dan la medida del juicio que los contemporáneos del César hicieron de él, tomando á insigne chifladura su retiro á un convento después de pegar fuego á Europa por los cuatro costados. Por menos llamaron loco á Nerón, porque en el incendio de Roma subió á una colina á cantar versos de Homero.

—¿Es este todo el concepto que le merece Carlos V?

—Admiro en él sus deseos de inmortalidad y de gloria, aunque errara en creer que la voluntad consigue todo lo que desea. En lo demás, no fué el fénix de su tiempo, ni mucho menos. Bien es verdad que le tocó vivir en un siglo que daba á puñados los grandes hombres. Fué, sí, un águila que empolló los aguiluchos que habían de escalar el empíreo á más altura que él. Aun

así desconoció á algunos de ellos y quiso aniquilarlos. Cuando Carlos V vió por primera vez al Reformador, en aquella Dieta de Worms, al hombre cuya palabra revolvía el imperio, hubo de volverse á uno de sus cortesanos, diciendo con desdén: «*Por cierto no será este hombre el que me convierta en hereje.*» Más tarde se arrepintió de no haberle quemado vivo. No llegó á comprender el emperador que el movimiento reformista estaba en la Iglesia, en el pueblo, en el siglo.

«Tampoco se enteró de la reconquista católica á que se lanzó la milicia de Loyola. Lea usted si no su conversación en Yuste con San Borja, tal como la refiere el cronista Sandoval.

»Note usted que ni siquiera el siglo en que floreció Carlos V lleva su nombre, sino el de los Médicis, y es porque, al revés de estos príncipes y del gran Papa León X, el emperador no supo adornar la realeza con la serenidad de las Gracias. En lo que también le llevó ventaja su rival Francisco I, el cual, en vísperas de una batalla, oía música, sonetos y cuentos de amor, en tanto que Carlos de Austria velaba repasando las cuentas del rosario.»

—Por último, Mingote, ¿tampoco le impresiona á usted el retiro del César á este rincón del mundo, este vencimiento de sí mismo, que tanto encomian sus panegiristas?

—Déjese, amigo, de vencimientos de sí mismo y de otras frases hechas adobadas por filósofos. La mayor parte de los titulados «héroes de sí mismos», son Diógenes soberbios que pisan la vanidad de los hombres con una vanidad mucho mayor. Carlos V se retiró porque se veía viejo y enfermo, y porque se consideró caballero andante vencido después de la cerdosa aventura

de Magdeburgo. Pero se retiró con ostentación. «El que se retira con ostentación — escribe Séneca — convida á todos á que le visiten», *convoca turbam*. Esto hizo el emperador, y así convirtió Yuste en palacio y Cuacos en arrabal de cortesanos y soldados.

«So pretexto de hacerse eremita, hizo ni más ni menos que un mercader de Flandes que liquida sus negocios y se retira al campo. Al soltarse el regio manto, quedó el hombre al vivo: el flamenco aficionado á la buena mesa, á la cerveza y á las mujeres, aunque éstas no las catara en Yuste. No obstante, para su compaña y conorte se trajo á este retiro una servidumbre compuesta de cuarenta y cinco personas, de las cuales: cuatro cocineros, un pastelero, dos salseros, dos panaderos, un frutero, un gallinero, un cazador, un tonelero, un cervecero, dos sirvientes de cava, etc., etc.

» Trájose también la reliquia de uno de sus amoríos: el hijo natural de la Blomberg, que aposentó en Cuacos, haciéndole pasar por cosa del mayordomo Quejada. Por cierto que el tal rapaz — porque era un niño de diez años —, gustaba de merodear en cercado ajeno, lo que le valió una pedrea de los chicos de este pueblo. Fué entonces cuando la voz de la sangre pudo más en el emperador que la razón de Estado, y el niño Jerónimo resultó ser *Don Juan de Austria*. Aun les dura el susto á la gente de Cuacos, y esto que ha llovido desde entonces; como que el Emperador les amenazó con arrasar el pueblo si no daban cumplida satisfacción del agravio. Lo más chusco es que mientras el viejo león sacudía airado las melenas, el orbe católico le creía un manso cordero postrado al pie de la Cruz, haciendo ejercicios de cristiana paciencia.

»En fin, llegó el último del emperador; se murió. La parte principal voló al cielo, en expresión del Maestro León; quedó en tierra su cuerpo, al que no tuvo por qué pedir perdón del mal trato que le diera, como diz que hizo el seráfico de Asís en su hora de muerte; y quedó, además, la fama de «héroe de sí mismo», como antes decía usted.

»Á buen seguro que Cervantes le tenía presente cuando escribió el irónico epitafio de Don Quijote:

*»Yace aquí el hidalgo fuerte,*
*que á tanto extremo llegó*
*de valiente, que se advierte*
*que la muerte no triunfó*
*de su vida con su muerte.*
*»Tuvo á todo el mundo en poco;*
*fué el espantajo y el coco*
*del mundo, en tal coyuntura,*
*que acreditó su ventura,*
*morir cuerdo, y vivir loco.»*

## II

## CONFERENCIA FILOLÓGICA

Mingote no trazó este bombástico paralelo de un tirón, como parecerá á quien lo leyere, sino que entre pausas y apartes engullía y bebía desaforado.

Su naturaleza robusta, y el hambre atrasada que llevaría, le hacía alampar las viandas; y como no estaba cohibido por mi invitación, pues quedamos en que él convidaba, repetía las raciones y menudeaba los tientos

al jarro de vino. Yo le dejaba comer y hablar, complaciéndome en ver lo bien que hacía las dos cosas.

Luego que enterramos á Carlos V, hablamos de asuntos baladíes; y aun en estas nimiedades, hacía Mingote gala de su ingenio. Alardeaba de erudición; pero ponía tal saborete de metáforas pintorescas, de extrañas hipérboles y de fina ironía, que de esta mezcla de procedimientos retóricos resultaba ameno sin pedantería.

Á todo esto, el servicio de la hostería iba muy despacio, porque, como ocurre siempre, todos se juntan á comer á la misma hora. Para colmo de males, la maritornes parecía haberse olvidado de nosotros; por lo que Mingote hubo de asomarse muchas veces á la ventana de la cocina á pedir y tomar lo que hacía falta. El protocolo mesoneril trataba por el mismo rasero á corcheros, á segadores y á viajantes.

Quienes daban más que hacer eran los catalanes que en la mesa del lado banqueteaban. Como es consiguiente, hablaban entre ellos en su lengua, pero para entenderse con la moza, en castellano.

Á Mingote le ponían frenético sus catalanadas.

—Pero ¿á usted qué le importa de esta gente?—le dije, cuando me lo hizo notar.

—No puedo remediarlo—me respondió muy serio—. Me incomoda oir hablar con desaliño. Sería capaz de hacer lo que Malherbe, aquel poeta enriqueño, que en su hora postrera hizo salir de su alcoba al agonizante que le auxiliaba, porque representándole éste las dulzuras de la vida eterna, empleó una expresión incorrecta.

—Entonces—repliqué—tendrá usted que taparse los oídos con algodones, porque los aldeanos no son académicos.

—Ya quisieran estos señores hablar como los paletos de Castilla. Por esto, porque estoy hecho al habla limpia y castiza de estas tierras, por las que peregrino, me repugnan disonancias como las de nuestros vecinos. Pasen las concordancias vizcaínas y los barbarismos provinciales, que, al fin, son faltas de construcción ó de dicción que saltan á la vista; pero no el castellano traducido, ó sea palabras castellanas adobadas á la catalana ó á la francesa, que vienen á ser puñaladas traperas al idioma, porque nadie las advierte. ¿No da grima oir, como dice esta gente, *Llévame la sal, déjalo ir*, y otras catalanadas por el estilo, que hacen temblar el credo... gramatical? Se dice bien en catalán: *Portam la sal, dexal 'aná;* pero quiere el castellano que se diga: «Tráeme la sal»; «Suelta tal cosa, ó suéltala».

»¡Pues no he leído, hará pocos días, en un periódico atrasado que me encontré en el camino, cómo un diputado catalán, rectificando á un ministro, decía muy fresco!: «El señor ministro es hábil á razonar; pero yo, que fuera de él...», etc., etc. Si esto oyó Cervantes, se estremecería en su pedestal de la plaza de la Cortes. No, señor; hartos galicismos tenemos para que se nos cuelen en el campo del idioma estos gazapos catalanistas, hermanastros de los galicanos.

No parece sino que los catalanes se enteraran de las palabras de Mingote, porque, á esta sazón, gritaron á coro:

—*Patrona: ¡No nos vemos á comer! ¡Lus, lus!*

Mingote se revolvió indignado y les apostrofó:

—No se cansen ustedes en pedir *llus*, porque éste no es puerto de mar.

Hay que advertir que Mingote sabía el catalán y que en esta lengua, *llus* significa merluza.

El equívoco hizo reir á los corcheros. En vez de enfadarse y tomarse con el intruso, uno de ellos le dijo:

—No haga usted caso, somos *andaluses del Clot.*

San Andrés del Clot es un agregado de Barcelona, y la frase aquella es muy corriente en la Ciudad Condal para abroncar al hijo de la tierra que se las echa de parleta castellano.

Á Mingote, que sabía esto mejor que yo, le hizo tanta gracia, que, levantándose y empuñando el jarro de vino lo vació en los vasos de los ampurdaneses.

Luego, volviéndolo á llenar por la ventana, se reunió conmigo.

Razón tenían los catalanes en pedir luz, porque si hasta ahora nos veíamos á la lumbrada de las hogueras próximas, éstas iban apagándose y el soportal quedaba en la obscurana. Muy oportunamente, la luna apuntó en el horizonte y, á poco, se dejó ver grande, llena y reluciente como una rueda de plata. Casi al mismo tiempo, sopló una brisa que, barriendo la neblina de los fuegos callejeros, despejó la atmósfera, dejando ver un cielo limpio de nubes.

Mejor noche no podía regalar San Juan á los festejantes de su verbena. Y que Mingote se disponía á festejarla, lo demostraba la obstinación con que trasegaba mosto por la garganta. Queriendo curarle en salud, hube de decirle:

—Cuidado, Mingote; de las aves que alzan el rabo, la peor es el jarro.

—Déjeme usted almacenar alegría—contestó—. La alegría es el atavío del pobre. Además, quiero alegrarle á usted la digestión. Para ello necesito inspirarme. Crea

usted, amigo mío, que sólo cuando he bebido mucho hablo por quince. *Quindecim poetæ.*

—Observo, Mingote, que es usted muy aficionado á los latinajos.

—Quien las sabe las tañe. Es la enseñanza por irradiación, ¿no se dice así?... Usted, verbi gracia, sabe ya, por si se lo había olvidado, que *quindecim* es quince.

—¿Esas tenemos, Mingote? ¿Con que latino, eh?

—Soy latinista, que no es lo mismo. Mi latín no es el clásico que ni los sabios saben traducir, sino el bárbaro de los aforismos salernitanos y de los refranes que todos entienden. Una jerigonza que conserva el esqueleto de la lengua madre, pero revestido de una fraseología oratoria, más bien que gramatical, tomada del castellano ó del francés, ó del italiano, y que se deja entender mejor que cualquiera de estos idiomas, á solas. Hoy, como en los tiempos de Estebanillo González, el que chapurrea latín se da á comprender de todo el mundo. Recuerde usted, si no, lo que cuenta aquel buscón de cómo estando en Baviera con una compañía de soldados, hubo de dar con un patrón que por hablar tan cerrado alemán é ignorar la lengua española, ni el patrón entendía á los soldados, ni éstos á él; hasta que Estebanillo, hablándole en latín macarrónico, logró sonsacarle aquel famoso *relleno imperial aovado,* con que se le alegraron las pajarillas al buscón, en tanto que sus camaradas ayunaban.

—Bien, ¿y qué tenemos con esto?

—Ahí es nada. Figúrese usted que estando en la misma Baviera haya de recurrir, por ejemplo, á un médico que esté en el caso del patrón de Estebanillo. Si para decir tengo calentura se lo digo en castellano, no me

entenderá, como tampoco si le dijese en elegante latín: *Febris exurat me;* pero sí, diciéndole: *Habeo febre.* Ni si sufriendo de jaqueca le digo: *Contremisco capite*, en vez de *caput dolet.*

»Manejado así el latín, es decir, evitando frases y locuciones selectas, intercalando tal cual palabra del idioma que se quiere substituir, ríome yo del volapuc, del esperanto y demás lenguas auxiliares. Bien pensado, es la mayor ventaja práctica que podemos sacar del latín que nos obligan á aprender en el bachillerato».

Esta reflexión de Mingote paréceme tan oportuna y tan discreta, que ella sola me ha determinado á traer á cuento su estrafalaria conferencia filológica.

—Y para que usted se convenza—añadió el conferenciante—, de la utilidad de mi jerga, voy á brindarle con una prueba á raja tabla... ¿Ve usted este gringo, que será francés ó ruso, que por ahí ronda como alma en pena? Daréle un pedazo de pan para que se acerque á nosotros, yo le hablaré á mi manera y él me entenderá.

Este á quien se refería Mingote, era un hombre joven, pálido, delgado, de tipo extranjero, vestido con un levitón que le llegaba á los talones. Parecía andar á tientas, explorando el terreno, pasando y repasando por delante de las mesas como quien quiere pedir algo y no se atreve. No sería un mendigo, pero se le podía alargar un mendrugo, sin temor á que se le afrentara.

—Oiga—díjole Mingote, llamándole—. Tome usted.

Y le dió una rebanada de pan.

El hombre la tomó con avidez y como si le mareara el vaho de nuestro agape, se quedó plantado ante la mesa sin poder articular más que un débil: *¡Oh! Mersí, grasias.*

—Es francés—dijo Mingote volviéndose á mí—. Presumo que entenderá el español, pero le hablaré en latín clásico, que estoy cierto no entenderá.

—¿*Quorsum tendis*?—preguntó Mingote al extranjero.

—*Oh!*, *non comprando pas*—repuso éste extrañado de oir tal jerigonza—. *Je suis fransés.*

—Oído á la pisada—volvió á decirme Mingote—; ¿*Quo vadis*?—siguió interpelando al hombre.

Es de notar que Mingote acentuó estas dos palabras á la francesa, de suerte que vino á decir: «qui-vá-dí», muy parecido al *oú-vas-tu* francés.

Sin vacilar, el hombre respondió:

—Á Madrid, *mais pas d'argent*, *monsieur.*

—*Mon amí*—observó sentenciosamente Mingote guiñándome un ojo—; *qui non laborat*, *non habet argentum.*

—¡Ah! *Pas de travail en Espagne*—respondió humildemente el extranjero, dando á significar que entendía lo que se le decía.

—¡Vaya! Este es de los míos—díjome Mingote muy fresco...—Siéntate, francés.

El hombre acercó un taburete de la mesa de los catalanes, que ya eran idos, se sentó y Mingote le puso delante su plato con comida, su cubierto y un vaso de vino. El francés empezó á comer con timidez, avergonzado de verse en nuestra compañía; pero, poco á poco íbase reponiendo y se aforraba bravamente.

Mingote, compasivo, le alargaba los regojos de pan, le escanciaba vino y le ponía al alcance los relieves que de nuestra cena quedaron.

Hablóle después en su lengua, y el francés contó su historia, entre triste y divertida.

## III

## HISTORIA DE GASTÓN

Llamábase Gastón.

Era sevillano francés, de Burdeos, y le tocó servir en infantería de marina. En un crucero, su barco hizo escala en Lisboa, y él desertó, escapando á Oporto, donde se las prometía muy felices trabajando en los viñedos de la tierra, de los que oyera hablar en Francia. Había sido cavador de viñas antes de ser soldado.

No sucedió como pensaba y hubo de apencar á ser cargador de muelle. En este trajín, un enganchador le hizo proposiciones halagüeñas para ir á los gomales del Africa portuguesa, y Gastón se embarcó para Loanda. Al llegar aquí lo internaron en los bosques; diéronle por todo un rancho á orillas de un río, un fusil de caza y los utensilios del oficio: el *machadiño* de picar los árboles y las *tichelas* para recoger la goma, y le dejaron solo, sin más compañía que la de los monos aulladores y la de los papagayos.

Una vez por semana venía un lanchón á recoger las pellas de goma; dábale el capataz á Gastón un frasco de pólvora y se volvía. Él aguantaba, fiado en que al expirar el año del contrato le pagarían todo junto. Cumplió el plazo y le entretuvieron con buenas palabras. Dejó pasar otro año, y lo mismo. Viéndose engañado, é imaginando que era inútil acudir á las autoridades, que en las colonias están siempre de parte de los comerciantes, aprovechó el paso de una caravana de negros por el seringal para irse con ellos.

Estos negros eran congoleses, entre salvajes y civilizados, que recorrían los bosques de Angola en busca de marfil de elefante para venderlo á las factorías belgas. Como Gastón tenía una buena escopeta y era además excelente tirador, los negros le admitieron gustosos en su compañía.

Al mes de estar con ellos, murió el jefe de la tribu, recayendo la potestad en su única hija y heredera, Masinga. La princesita era una real hembra en toda la extensión de la palabra: por su sangre y por su palmito. Un injerto de Venus y Diana, una virgen negra recién entrada en la mocedad, que manejaba el arco y sabía hacerse respetar de todos.

A Masinga le gustaron los ojos zarcos y la barba rubia del extranjero y le hizo su esposo, dando un mico á más de un pretendiente. El brujo de la tribu, médico y sacerdote á un mismo tiempo, bendijo la unión, y los desposorios se celebraron con danzas al son del *tam tam*, evoluciones guerreras y libaciones de un néctar preparado con la maceración de cocos ó almendras. En suma, una escena al natural del cuarto acto de «La Africana».

La caravana iba con mucha lentitud. Se detenía á orilla de los lagos, pescando de día y cazando de noche á la luz de la luna; y, en ocasiones, acampaba meses enteros en los lugares frecuentados por los elefantes, dedicándose la gente á la búsqueda de colmillos en algún huesal viejo, pues sabido es que aquellos paquidermos tienen cementerios como las personas.

Inútil es decir que la carabina de Gastón habíase convertido en la de Ambrosio por falta de municiones; pero ya no le hacía falta, porque había ascendido de aliado á señor.

En este tiempo, Masinga dió á luz un hijo, un cupidillo mestizo, prueba eficiente de la paternidad de Gastón, que vino á aumentar la influencia moral de éste sobre la negrada.

Al cabo de un año de este viaje errante por las selvas de Angola, llegó la caravana con unas cuantas arrobas de marfil á la vista de Maladí, en la frontera del Congo, destacando un grupo para negociar el botín.

Como era natural, Gastón, á fuer de co-rey y de europeo, fué el encargado de la comisión. Pagáronle los comerciantes blancos con un puñado de libras esterlinas. Buena parte de este dinero la empleó en comprar café, azúcar y arroz, sombreros y cuchillos; y reexpidiendo á los cargueros con los fardos, los emplazó para otra remesa.

Cuando Gastón se vió solo, cuando gustó los placeres de la vida civilizada, después de tres años de destierro, se sintió ingrato, pérfido; que ingratitud y perfidia fué abandonar á Masinga y escapar, río abajo, á un puerto del litoral.

Aquí se le ocurrió una idea magna. Cerca del muelle vió una barraca, en la que un negro se ganaba la vida exhibiendo un león sabio, pero tan viejo, que no hubiera asustado al borrico más pusilánime del mundo. Pues bien, Gastón se haría domador; llevaría el león á Europa y lo enseñaría en ferias y mercados. Bien pensado, era el mejor empleo que podía dar al exiguo capital que le quedaba.

Se arregló con el negro de la barraca; hízose del león y de la jaula de hierro, y acompañado del rey de las selvas, se embarcó en un vapor que, con rumbo á Amberes, había de tocar en Lisboa.

Y aquí empieza la cuarta época de la vida del gascón. Gastón, soldado de marina; Gastón, picador de goma; Gastón, *rey femea* (rey hembra), como llaman los portugueses al príncipe consorte, se convierte en domador.

Á Mingote se le caía la baba oyendo la portentosa odisea del francés. Tal era su arrobamiento, que apenas se acordaba de servirle de copero, á bien que el narrador, cogiendo la ocasión por el asa del jarro de vino, dábale buen meneo á cada inciso de su perorata.

Gastón, pues, llegó á Lisboa sin más capital que media docena de esterlinas y su león enjaulado. Así que desembarcó, dióse á buscar una barraca donde exhibirlo. Pero, ¿qué caso iban á hacer los lisbonenses de un león enteco y miserable? Gastón no tuvo más remedio que internarse en Portugal y andar los pueblos.

El negocio no fué del todo mal. Los aldeanos acudían al reclamo y daban lo suficiente para que el amo pagase los gastos y la manutención del discípulo que, viejo y todo, devoraba. También rugía, por cierto bastante bien, y estos rugidos, que eran el mayor aliciente de los bobalicones, despertaban un enjambre de remordimientos en el alma de Gastón, porque le evocaban aquellas noches de África, pasadas en el regazo de la enamorada Masinga, entre el rugido de las fieras que cercaban el campamento.

Forzoso es creer en la telepatía. Las maldiciones de la infeliz Masinga, allá en el Congo, repercutieron, sin duda, en Portugal sobre el pérfido amante; porque como obra de maleficio, un buen día, como suele decirse, pero malo, muy malo para Gastón, el león no quiso comer; al otro día no quiso rugir, y al tercer día no quiso vivir; se murió.

Aquí de la consternación del improvisado domador. La muerte del león era, para él, el acabóse; la ruina total, irremediable.

Cuando ésto meditaba, lloroso y afligido, junto al cadáver del animal, se le apareció, no precisamente el Diablo, sino un pobre diablo famélico y harapiento que le propuso una solución asombrosa: vestirse la piel del león y hacer las veces de la fiera difunta.

Dicho y hecho; curtieron la piel del león, cosiéronla hábilmente, hicieron una cabeza de mimbres recubierta con la piel de la testa del animal, y vistiéndose todo ello el ayudante de Gastón, quedó convertido en un león magnífico.

Pronto comprendió el domador que había sido una ventaja para él la muerte del león verdadero, porque el león falso era mucho menos costoso de mantener y de trasladar de feria en feria y, sobre todo, mucho más corpulento é inteligente que el otro. Bajo el látigo de Gastón rugía, saltaba, hacía equilibrios portentosos y ganaba ovaciones delirantes de la multitud.

Pero una noche, noche terrible de ahora en adelante en los recuerdos del sabio león, su larga melena, aunque postiza, se erizó de espanto. ¡Oh, poder del miedo! El domador, ante el vecindario entero de un villorrio, había intentado un espectáculo soberbio, emocionante, espeluznante. Junto á la jaula del león había hecho llevar otra jaula, y en ésta había un tigre que daba vueltas en su estrecha prisión, con unos ojos que echaban lumbre y unos movimientos de lo más felino que soñarse puede.

Y el domador dijo á la multitud:

*—Señorres, grran combate entre el lïón y el tigrre.— ¡¡¡Terrible espectacle!!!*

Pegó las jaulas, abrió ambas puertas, quedando heroicamente dentro del lugar del combate, y hubo un segundo de estupor en la concurrencia. Pero no fué más que un segundo, porque al momento exclamó el león:

—¡Jesús, María y José! ¡Yo no peleo, que me va á destrozar!

—¿Quién es éste?—gritó en seguida el tigre.

La concurrencia, al oir este diálogo, salió de su apoteosis y se abalanzó á los barrotes, dispuesta á hacer una de «pópulo bárbaro»; pero en aquel momento, Gastón, con una sangre fría propia... de un domador, se adelantó y dijo sonriendo!

—¡Pero si he sido yo quien ha hablado! ¿No sabían ustedes que yo soy ventrílocuo? ¡Esto ha sido una broma!

El público, convencido á medias nada más, esperó á que empezara la lucha; pero las fieras, según declaró el amo, no estaban aquel día con ganas de pelea.

Tal manifestación colmó la indignación popular. El público, despechado, se tiró á las jaulas tratando de agredir por entre las rejas al domador y á las fieras, con palos y garrotes. Algunos salvajes ataron navajas en las puntas, dispuestos á lancear á los tres enjaulados.

Ante estas amenazas, el león se llevó las manos á la cabeza con intención de quitarse la testuz de mimbres; el tigre hizo lo mismo, y Gastón, antes de que se descubriera el pastel, y que los aldeanos hicieran picadillo de su persona, zafó como pudo y puso pies en polvorosa, renunciando á las pieles, á las jaulas y hasta al maletín que tenía en la posada.

Á campo travieso, salió á un pueblo inmediato donde había estación de ferrocarril. Esperó el tren, y otra vez

á Lisboa. Gastados los pocos ahorros de que disponía, intentó trabajar, como antes, de cargador; pero vió que le faltaban las fuerzas. Oyó entonces hablar de España, de la buena vida del vagabundo y del mendigo, y se entró por Cáceres á probar fortuna. Pero como no sabía el español, como no sabía pedir y ablandar los corazones, se moría de hambre.

Tenía pensado correrse hasta Madrid, presentarse en la embajada francesa y pedir que le repatriaran, suceda lo que sucediere.

Á Mingote le pareció bien su resolución, y á fuer de práctico caminante dióle instrucciones acerca el modo de sacar socorro en los pueblos del tránsito, y aun le escribió en francés y castellano un formulario pedigüeño, para que se lo aprendiera de memoria.

Sintiendo yo cansera de tan larga sentada, me levanté con cualquier pretexto, dejando á Mingote y á Gastón enfrascados en su coloquio.

## IV

## LA VERBENA DE DON JUAN

Como no era cosa de recogerse temprano en noche tan alegre, me eché á la calle á ver la verbena.

Al incendio de las piras, al bureo infantil acabado con el sueño de la gente menuda, habían sucedido alegres pasacalles de las rondallas de mozos. Algunos grupos venían de cortar la verbena y paseaban las calles ofreciendo ramos y cantando coplas á las mozas más galanas del pueblo, quienes corresponden al agasajo re-

partiendo, á porrillo, mollares y acerolas, frutas ambas cuya digestión facilita la copeja de aguardiente que algunas mozas de rumbo añaden á la convidada.

En una calle sonaba la gaita y el tamboril; en otra, la guitarra y la mandolina; en otra, la dulzaina y el rabel. Para más algarabía, al volver de una esquina oigo una murga compuesta, ó por mejor decir, descompuesta—y valga el retruécano—, de clarinete, cornetín, trompa y bombardino; una suena en musical anarquía, sin sujeción á batuta ni compás. Esta murga tocaba algo que quería ser una habanera, y daba escolta á un pipudo tonel montado sobre una carreta de la que tiraban dos novillos overos, con las astas doradas y en la cerviz guirnaldas de pámpanos.

La comitiva, precedida del boyero con la picana y de dos gastadores con hachas de viento, se encaminaba á la plaza, en la que al poco rato desembocó. La gente que aquí estaba tomando el fresco se arremolinó á su paso, y oí que alguien decía placentero:

—Es el tonel de don Juan.

En efecto; á medida que la carreta iba avanzando, oíase tal cual viva á ese nombre, y cuando aquélla hizo alto frente á una casa, que sería la del dueño de la cuba, los vítores arreciaron, convirtiéndose en coro general.

Un hombre se asomó al balcón, saludó campechanamente con la mano; aguantó el último chaparrón de vivas y pimporreos de la murga; volvió á agitar la mano y se metió adentro.

El tal don Juan, á lo que averigüé, érase un hombre como hay pocos. Un rico labrador á quien llamaban el «Rey de Cuacos», no tanto por sus bienes de fortuna, cuanto por su influencia política. Él nombraba alcaldes

y regidores; él daba ó quitaba el acta al diputado del distrito; siendo fama, además, que era hechura suya también el gobernador de la provincia.

Algo habría de verdad en esto, porque en época de elecciones, sobre todo, venían automóviles de Cáceres y de Plasencia, que haciendo retemblar el suelo de Cuacos, iban á vaciar su carga ante el portal de don Juan.

Lo más singular es que este personaje, aun cuando tuviera que ir á la corte á ver al primer ministro, vestía siempre á la usanza de rico labriego extremeño: sombrero cordobés, felpudo chaquetón con alamares y fina camisa de chorrera, realzando este tocado una cara más limpia y lustrosa que la de obispo.

Con lo que se acredita la sensatez del hombre que no pretende salir de su esfera, disfrazándose como la mona de la fábula; sino que se enorgullece en mostrarse al natural, tal cual era: un hombre de campo, de recia catadura, de porte histórico, de frase breve y concisa, y, cuando convenía, de modales señoriles y altivos; fuera de que su traje plebeyo dábale entre los magnates una figura representativa que no le hubieran dado el levitón y la chistera, ni cualquier otro pegote indumentario.

Origen de su influencia política era, amén de su cuantiosa fortuna, el acertado manejo que de ella hacía. Era terrateniente, cosechero y ganadero en grande escala, pero á despecho de mayordomos y capataces él por sí administraba su hacienda con un tino y una liberalidad tan extremados, que le hacían amable á arrendatarios, particioneros, aparceros, collazos y colonos, tantos en número, que formaban la cohorte electoral de la Vera.

Cuacos, sobre todo, adoraba en él, porque á su in-

fluencia y á su generosidad debía el vecindario muchas mejoras locales y no pocas dádivas de beneficencia.

Dígalo, si no, esta noche de Junio, víspera del Baptista, cuya verbena celebraba Cuacos con inusitado esplendor, debido á la munificencia de don Juan. Elevación de globos, cucañas, carreras de burros con premios en metálico, fuegos artificiales, todo lo costeaba él, incluso aquellos pícaros rabones que á mi entrada en el pueblo se me antojaron cohetes á la Congrève; la iluminación á la veneciana de la torre de la iglesia y el pipudo tonel acabado de entrar en la plaza, y que bien merece párrafo aparte.

Por todo lo cual, no es de extrañar que la gente de la Vera contara los días que faltaban para la verbena, y que llegada ésta, se diera cita en Cuacos para celebrar la *Verbena de Don Juan*, como apellidaban á la noche del 23 de Junio, no por irreverencia, ni que renegaran del patrocinio del Baptista, sino porque el patronazgo y los agasajos del cacique les llegaban más al alma.

Y más que todo, la chupandina del tonel, el cual, si no tan grande como el famoso de Heidelberg, bien tendría un metro de altura por el ancho correspondiente, lo que supone una cabida mínima de 300 litros ó 30 arrobas aproximadamente.

Ese tonel era tradicional en la verbena de Cuacos. Don Juan lo hacía traer de un lagar próximo, en una carreta cubierta de juncias, arrayanes y otras yerbas olorosas, tirada por dos novillos de un mismo pelo, y lo emplazaba frente á su casa á disposición de todos cuantos quisieran beber, sin más límites que cerrar la espita después de cada sangría.

Era un tácito obsequio al montón anónimo de gaña-

nes de la Vera y forasteros á quienes cogía en Cuacos la fiesta de San Juan. El tonel venía á ser en tal noche la arteria aorta, que inyectaba alegría á chorros por las calles del pueblo. Los aldeanos, los cantores y guitarreros de las rondallas, los pobres indígenas y forasteros, todos los trasnochadores, en fin, zumbaban á su alrededor esperando la media noche, momento solemne en que era permitido abrir la espita, llenar las botas y beber al talante de cada cual hasta el toque de alba, en que del mermado tonel volvía á tirar la pareja de novillos camino del hospital, para convertirse cuba y animales en sangre y carne de los asilados.

La vez primera que á don Juan se le antojó esta humorada, hubo de vencer no pocas dificultades, entre otras las que le opusieron el cura y el alcalde.

Decía el clérigo que el tonel era fomes de escándalos, de juramentos y blasfemias; decía el alcalde que debiendo mirar por los intereses de sus administrados, le parecía pertinente protestar en nombre del gremio tabernil. Don Juan redarguyó al primero con un principio de casuísta: «El fin justifica los medios», aludiendo á la limosna del hospital; y al segundo, con otro dicho: «De noche todos los gatos son pardos», y que puesta á beber la gente, él hacía obra de higiene dándoles vino puro, que si se subía á la cabeza, no dañaba el estómago, en vez de ambas calamidades á la vez que operaba la alquimia tabernaria.

Como don Juan además de dialéctico era cacique, cura y alcalde se dieron por convencidos. En cuanto los taberneros, no dijeron oste ni moste, porque aparte que en su mayoría eran clientes y deudores de don Juan, éste les hizo ver que no era tan grande el perjui-

cio de la bebendurria á deshoras de la noche, y aunque así fuera: «Un día es un día». Otro apotegma que selló los labios.

Con que, todos contentos y entre todos don Juan por el gustazo de salirse con la suya y dar que hablar á la Vera con este rasgo nuevo...

Á todo esto, mientras yo os dibujo al héroe, en el reloj van á dar las doce. Ya desuncida la yunta, yérguese pomposo el tonel en la carreta con hierática majestad. La luna, en su cenit, baña de luz el florido templete; pero al quebrarse algunos rayos en los relieves del ventrudo armatoste, le dan cierto parecido á esos ídolos aztecas que los compañeros de Cortés vieron en México. Sordo rumor, como de zánganos arracimados á una colmena, zumba en la plazoleta; pero en cuanto el reloj de la torre da la primera campanada de las doce, hay una de gritos y palmadas que es cosa de taparse los oídos.

Con mucho sosiego, en ordenada fila india, van avanzando los bebedores. En llegando al tonel abren la espita, hacen su trasiego, cierran el caño y adelante. Unos se van solitarios, á paso furtivo, á acariciar su bota en la sombra, como perro que roba una tajada; otros, más despejados, se plantan ante el balcón de don Juan, se desgañitan dando vivas y beben á su salud.

Pero don Juan, ni les hace caso, ni les puede oir, entretenido como estará en los honores de un sarao casero á las familias principales del pueblo, á juzgar por la espléndida iluminación de las salas y las parejas de baile que se atisban por los abiertos balcones.

Sólo, por excepción, cuando alguna rondalla venía á cantar coplas al aire libre, se hacía avisar y se asomaba á dar las gracias.

Satisfecho del espectáculo no quise ver más y retiréme á la posada, que, como creo haber dicho, daba esquina á la plaza, resignado á dormir en un jergón de paja, en el suelo de un camaranchón, que á dicha pudo agenciarme la mesonera. Ya iba á entornar la ventana y matar la luz de una apestosa vela de sebo, que oigo subir de la plaza un bisbiseo, como si alguien se dispusiera á perorar.

Movido á curiosidad, me asomo á la bohardilla y aguzo el oído.

—¡¡Silencio!! ¡¡¡Silencio!!! —oí que decían por última vez; y fué el silencio.

Y un hombre rompió á hablar así, con voz potente:

—*Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.* (Fué un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan). Palabras del último Evangelio, capítulo I, versículo 6.

¡¡Horror!! Era Mingote, predicando á la luz de la luna, nada menos que al cacique, aprovechando sin duda un momento en que éste se salió al balcón á tomar el aire. Mingote estaba subido á un poyo de la plaza, á la vera del templete báquico; y en la improvisada tribuna se movía con singular desenfado sobre un mar de cabezas. Su voz, aunque algo vinosa, resonaba como la de un Adamastor en el reducido ámbito de la plaza...

Pero oigámosle, que sigue hablando:

—No penséis, alto y magnífico señor, que vengo á espetaros un sermón, como podrá pareceroslo por la cita que encabeza mi discurso; quiero, sí, cantar vuestro panegírico. ¿Qué más natural que endosaros á vos, héroe de esta noche, las palabras que un Pontífice aplicó al héroe de Lepanto? Éste y vos sois glorias de Cuacos;

pero, de hazañas á hazañas, las vuestras valen más. Don Juan de Austria fué un matamoros; vos, un matapesares; por cada turco que él mató, vos engendráis diez turcas en esta noche...»

Aquí hizo una pausa Mingote; y el público, aunque no entendía jota, aplaudió á rabiar sugestionado por la entonación y el bel gesto del orador. También aplaudían los convidados al sarao, que, asomados á los balcones de la casa del cacique, hacían á éste como una corte de honor.

—Sí, don Juan—prosiguió Mingote con más fogosidad que antes—, el nombre obliga. Entre tantos ilustres tocayos vuestros, yo he de evocar tan sólo á *Juan primus*, Gambrinus, príncipe, cervecero y trovador, á quien la posteridad representa como un rey de copas con su chop en la mano. ¡Ah, don Juan! Algún día también os levantará Cuacos una estatua sobre el pedestal de una cuba, en remembranza de vuestras olímpicas verbenas; pero no os importe el tabernario zócalo; viva la fama, magüer sea fama infame. Y que famoso ya lo sois, lo dice este concurso que os vitorea; lo proclamo yo que soy su portavoz. ¡Felices días, don Juan! ¡Ea, hermanos, á beber por él! ¡Viva!!!

Un ¡viva! general, estrepitoso, ensordeció la plaza, tintineando de un modo raro el *ijujú* de los segadores, extraño alarido entre ululato y carcajada. Luego, á un tiempo todos, empinaron las botas al compás del orador, quien, acabado el brindis, se dispuso á bajar del banco. Pero no le dejaron; entre dos gañanes le cogieron en vilo y se lo cargaron á hombros como á un torero después de una buena tarde.

Mingote se dejó llevar en volandillas, y como al pasar

por delante del balcón, viera al cacique con intención de echarle algo, aparó el sombrero y recibió la dádiva, con el tino de alguacil que recoge las llaves de los toros. Fuera un duro, fueran cinco, ello es que Mingote se salió con la suya; á fuer de maestro en asir á la ocasión, no por un cabello, sino por el copete, hasta dejarla calva del todo.

La turba, aullando y saltando como coribantes, atravesó la plaza, llevando en triunfo á Mingote. Creí que éste se apearía en la posada; pero como pasó de largo, deduje que iría á empalmar la verbena con la mañanada de brevas y aguardiente tradicional de San Juan, y, luego, á dormir la mona en una era.

Cerré la ventana y me acosté.





# JORNADA DUODÉCIMA

## EL SOLITARIO DE YUSTE

### I

### UN ENCUENTRO EN EL MONASTERIO

Con la fresca de la mañana subí la cuestecilla que de Cuacos lleva al monasterio.

*Yuste* ó San Jerónimo de Yuste, lo cual es albarda sobre albarda, está enclavado en una rinconada, en el paraje más adusto de la Vera, ceñido por calvas montañas; pero son tan alegres el cielo y las lejanías que se divisan desde esta hoya, que el contraste hace agradable el sitio.

Yuste no tiene más valor que el que le da el recuerdo de Carlos V, cuya augusta sombra parece que se cierne todavía sobre estos lugares, como águila caudal. «La vida de los muertos consiste en la memoria de los vivos», dice Cicerón.

Todo cuanto aquí enseñan los frailes franciscanos, sucesores de los monjes jerónimos, tampoco tiene otro mérito que el imaginativo; pero por poco que ello sea, el viajero ha visto lo suficiente para sentir la honda emoción que inspira el recuerdo de la antigua grandeza des-

hecha por la mano del tiempo ó por las devastaciones de los hombres.

De vuelta á Cuacos, la mirada se embebe en la contemplación del paisaje, como queriendo retener la memoria de estos lugares que vieron al César; y, á cada recodo del camino, se figura uno tropezar con aquellas lujosas comitivas que de todas partes del mundo venían á contemplar el ocaso del sol imperial.

Abstraído en estas contemplaciones, tropiezo, al doblar de unas bardas, con un hombre pintando al pie de un rollo que corona una cruz de hierro, en un campillo estrellado de margaritas y verbenas.

Le saludo, y el artista, interrumpiendo su trabajo, me corresponde afable.

Es un joven de buena presencia, más delgado que robusto; su cara, aguileña con barba puntiaguda; su traje, un terno de dril blanco, camisa de cuello vuelto, corbata de lazo y sombrero pajizo. Echo una mirada al lienzo y en seguida adivinó el asunto: «Tránsito del emperador á Yuste, en silla de manos.»

Es un boceto nada más, una pintura de primera mano, pero el tema aparece claro y conciso. En el centro, la litera, en cuya testera asoma el busto del César tal como le representa en sus últimos tiempos el Ticiano; y ocho portantes, entre hombres de armas y gente del pueblo. Los cuatro villanos de las varas de atrás y sus compañeros de relevo, evocan por sus caras alegres y vinosas, «Los borrachos» de Velázquez. A cada estribo, un capitán á caballo. El de la derecha, con túnica de terciopelo acuchillado, de hermoso color carmesí; el de la izquierda, con acerado casco, llevando sobre la cota una camiseta de color verdoso. En primer término, un pelo-

tón de infantes con arcabuces y alabardas, y en el fondo, un viejo á caballo, con ropas negras y amplio sombrero: el secretario y confidente Quijada.

Los trajes, las armas, el carácter de las distintas personas, están trazados con arte exquisito, en este cuadro de puntoso españolismo y al que daba cabo el artista con los últimos apretones y toques de luz.

—¿Qué tal parece la obra?—me preguntó.

—Parece tan bien—respondí—, que es puro traslado de uno de tantos cuadros fantásticos que á mi fantasía sugerían estos lugares. *Anche io*...

El joven se sonrió y dióme las gracias, inclinando la cabeza.

—¿Viene usted del convento?—me preguntó—. ¿Qué tal le ha parecido aquéllo?

Yo le di francamente mi parecer.

—Pues, con poca diferencia, antaño fué lo mismo que ahora—dijo el pintor—. Los que vienen á ciegas, creen visitar una rica abadía, un suntuoso monasterio, y se encuentran con una sencilla granja de labor. Seco y rugoso nos pintan Navarrete y Ribera á *San Jerónimo*, pero la tradición popular da al fraile de esta orden el alegre y respetable corambobis de Falstaff.

»Como quiera que sea, los jerónimos son los frailes que mejor vida se dieron. Á pocas leguas de sus casas matrices tenían granjas de placer, con un tino tan especial en la elección del sitio, que hasta los reyes se las envidiaban. Carlos de Austria se enamoró de Yuste, una granja de Guadalupe; como Felipe de Anjou se enamoró de San Ildefonso, otra granja del Parral. Estos reales enamoramientos proporcionaron á los frailes ricas permutas. Á esta cuenta, á cambio del alojamiento que

los jerónimos dieron aquí al emperador, el hijo de éste los aposentó espléndidamente en el Escorial.

«Esto es lo que sigue siendo Yuste, una alquería conventual entre parrales y huertas. ¿No le parece á usted que en este escenario la figura de Carlos V se empequeñece, porque se nos antoja verle cuidando coles, como Diocleciano; al paso que la de Felipe II se agiganta en la celda del Escorial, como un Faraón en su pirámide?

»... Pero, en fin, viva la gallina con su pepita, y vivan mil años Yuste y Carlos V que tan buenos cuartos me dan á ganar.»

—¿Cómo así, señor mío?

—Pintando á trochemoche vistas del monasterio y retratos del emperador, que vendo á los forasteros que caen por aquí. ¡Si viera usted mi estudio! Es un bazar de tablas y lienzos, de tarjetas y acuarelas, de todos precios y para todos los gustos.

—Ó lo que es lo mismo, de obras buenas y malas—osé decir.

—Claro está—me respondió sonriéndose—. Yo no pinto para la eternidad, pinto para comer. No puedo limar y corregir mis cuadros, porque necesito multiplicarlos. Hay que contar, además, con la equidad de los turistas.

—¿De manera que usted es de aquí?

—Soy vecino de Cuacos, para servirle; el *pintor*, como me llaman por antonomasia, y también *El Solitario de Yuste*, porque á todas horas me ven pintando solo en las cercanías del convento.

Conocí que este hombre era el pintor de Mingote, y por si me hablaba de éste, di un giro conveniente á la conversación.

—Pero, ¿cómo encontrar en una aldea modelos para asuntos históricos como el que tiene usted entre manos?—pregunté, señalando el caballete.

—Voy á decírselo; pero pongámonos á la sombra; porque empieza á picar el sol.

Y llevándome al pie de un frondoso árbol que allí estaba, prosiguió:

—Con ayuda de la imaginación se encuentran modelos, á tropezones, así en villas que en ciudades; porque en el pueblo español es innato el arte de la postura bella y airosa.

«¿No ha reparado usted en sus correrías en la nativa elegancia y donosura de nuestros lugareños? En su mayoría parecen hidalgos venidos á menos. Debe de ser herencia de raza, porque tengo entendido que igual acontece en la plebe criolla. El gaucho argentino, el huaso chileno, el cholo peruano, el llanero de Venezuela y Colombia, el lépero de México, el guajiro cubano, el jíbaro portorriqueño, asombran por su prosopopeya; por su intuición artística, orgánica y espiritual. Los rasgos faciales, el temperamento de la raza hispana persisten al través de los siglos y de las mezclas étnicas. El tipo nacional se conserva incólume, lo mismo en la ciudad, que en el campo; en el rudo trabajo, que en la molicie. Nuestros hidalgos de lugar siguen siendo, como fué Don Quijote secos de carnes y enjutos de rostro; los pastores de Murillo tienen el mismo tipo sanchopancesco de los rabadanes de ahora; los soldados de Breda se parecen á los carabineros y guardia civiles veteranos de nuestros días.»

Aquí hubo una interrupción. Una mariposa intrigada por alguna mancha de color, revolaba junto al lienzo,

amenazando posarse en él. El pintor hubo de levantarse para ahuyentarla. La mariposilla se remontó; dió una vuelta al picote de piedra, como jugando al escondite; el pintor volvió á espantarla con el pañuelo y, ella, asustada voló hasta salir del campillo.

Entonces el artista volvió á mi lado y anudó su conversación.

—La adaptación pictórica—dijo—es asunto de indumentaria y de tocado. Este pueblo de Cuacos es un cinematógrafo de tipos trashumantes. Raro es el día que no desfilen por aquí, gitanos de airoso talle y gitanas de ojos de almendra y cabellos de azabache; romeros de Guadalupe que parecen frailes de Zurbarán; mendigos sorianos y salamanquinos, como no los soñara Salvator Rosa; segadores astures y leoneses, caballistas andaluces y extremeños de arrogante postura, y otros más de su equivalencia figurativa que me dan hechos los personajes de mis obras.

«Tal aconteció con un bohemio, tipo indefinido, entre buscavidas é hidalgo, á quien encontré en este mismo sitio en que ahora estamos, y al que di á ganar unas pesetillas llevándole á mi casa para modelo.

»Por cierto que ese hombre es tan buen modelo para un pintor como para un novelista. ¿No oyó usted un sermón á media noche en la plaza? Él fué el predicador. ¡Qué habilidad la suya! ¡Vaya un capote que le echó al cacique!

—Y al que éste se prestó de buena gana—repuse—; porque, á lo que me pareció, remató la suerte con un regalo.

—Es verdad; el cacique le envidó un billete de cinco duros; lo que no me daría á mí por su retrato.

—¿Tan bellaco es este don Juan?

—No le ponga usted motes. ¿Quién resiste á la lisonja? Un pintor se muere de hambre en Cuacos y en Madrid; un adulador saca tajada en todas partes socaliñando la vanidad de los ricos... Además, yo no puedo hablar mal de don Juan, porque si bien no sea mi Mecenas, influye para que los alcaldes de su cacicazgo me encarguen obras. Este boceto, verbigracia, es el de un cuadro en grande que ha de figurar en la sala del Ayuntamiento de Cuacos. El asunto es tan conocido que no necesita explicación; usted lo adivinó á primera vista. Sabido es también que, por única recompensa de su trabajo, los villanos pidieron un pellejo de vino, manera muy delicada de pagarse. Tan alegre episodio es nota dominante en mi cuadro.

—En verdad—añadí—que es un asunto digno de Velázquez.

En tanto que hablábamos, ó hablaba el pintor, porque éste se lo decía todo, pasaron ante nosotros algunos vecinos de Cuacos, que irían á oír misa tempranera al convento. Los muchachos se paraban ante el caballete y, no pocos, hacían comentarios paseando el dedo por el lienzo.

Comprendiendo el artista que peligraba la integridad de su cuadro, recogió los trebejos y, rogándome que le esperara un momento para que volviéramos juntos al pueblo, fué á dejar aquéllos en la hospedería.

—Vamos andando—díjome en cuanto volvió.

Siguiendo los callejones de bardas, vimos un lego con la azada al hombro, que vendría de regar la huerta; otro motilón arreando una vaca lechera con su cría, y, á pocos pasos más, «el hermanito», el demandadero del

convento, que volvía con el borrico de hacer la colecta en los pueblos.

Al asomar al recuesto que conduce á Cuacos, se divisan los humos del vecindario, que corta el aire en cendales, y suenan á uno y otro lado la campana del monasterio y la campana de la parroquia, tocando á misa, en competencia.

## II

### R. I. P.

Ya en el pueblo, el artista se empeñó en llevarme á su casa, á que viera su estudio.

Vivía el pintor á lo último de una calle, casi á orillas del campo, y su casa era un primor. Un cubo de paredes blancas, muy blancas, sin más resguardo que un seto vivo que ceñía el edificio.

Colgantes á trechos, como escalas de asalto, trepaban enredaderas á la altura de las rasgadas ventanas, y en éstas asomaban encendidas rosas y purpúreas clavelinas entre copos de celindas y alelíes. En medio del patio, una pirámide escalonada con tiestos floridos, por los que revolotean mariposas blancas; y, á los flancos, sendas albercas ó lavaderos de chorro continuo, con toldos de parra. En el fondo, la casita del guardián, un perro que se deja acariciar por los amigos de su amo, y, á continuación, el gallinero alambrado, para que no siendo andadoras las gallinas, pongan más huevos.

Á trechos bajan á mojar el pico unas palomas caseras anidadas en el tejado.

Las habitaciones sencillas, aireadas, sin burletes y cortinas, ni alfombras y pabellones de cama; con suelos de baldosín y paredes de estuco gris, tan limpio como el vidrio. La vivienda, en fin, de un hombre sano; una morada alegre como todas las casas aldeanas, cortadas por otro patrón que el de las casas de alquiler que entristecen la vida en las ciudades.

Llegamos por fin al estudio; un saloncito de gala convertido en pinacoteca y museo de antiguallas heráldicas; un alegre desorden en cuadros, caballetes, estofas, manóplias y maniquíes vestidos.

—Amiguito—dije al pintor al cabo de la visita—, usted lo entiende; la suya es una casa mixta de Belvedere y de Buen Retiro; mansión de artista filósofo.

—Por algo me llaman «El Solitario de Yuste»— contestó risueño—, aunque no falta quienes me llaman también el *Pintamonas*, por aquello que del Capitolio á la Roca Tarpeya no va más que un paso. ¿Á que no adivina usted quién me puso este mote?

—No, por cierto; ¿la muchachada quizás?

—¡Ca, no señor! Un regidor del pueblo, enemistado conmigo por un viaje de aguas de su casa á la mía, y que habiendo perdido el pleito, me la tenía guardada. El cabildo municipal habíame otorgado una pequeña subvención anual para retocar los cuadros de la iglesia, resquebrajados y desvaídos de color, de puro viejos. Ineludibles ocupaciones me impidieron poner mano á la obra en seguida. Al discutirse el presupuesto municipal del año siguiente, el regidor, mi enemigo, se opuso á la subvención, alegando que «el Ayuntamiento no estaba en el caso de pagar *Pintamonas*»; y como en estos consistorios lugareños la razón es casi siempre del

último que habla, faltándome un abogado defensor, el Ayuntamiento aprobó la enmienda. Digo enmienda, porque como las reparaciones eran necesarias y yo el único pintor de Cuacos, se acordó que yo cobrara por cuenta detallada de cada cuadro. Lo cual era cortarme el revesino, porque no es lo mismo cobrar por un tanto alzado que ir cobrando por pequeñeces y tiquis miquis.

»Acepté, porque todavía me traía cuenta; hize las primeras reparaciones, pero me vengué del atajo de zopencos concejiles que estimaban la labor de un artista como vil remiendo de pintor de brocha gorda, presentando mi factura en tono irónico. Se la voy á enseñar, porque guardo copia de ella.»

Mi hombre se levantó, abrió una carpeta, registró papeles y, al cabo, dió con el que buscaba. Tomé el documento y leí:

*Cuenta detallada de las reparaciones hechas á los cuadros de la Parroquial Iglesia por cuenta del Ayuntamiento de la Villa.*

| | | |
|---|---|---|
| *Cuadro de Moisés.*—Por corregir y embarnizar los diez mandamientos de la ley de Dios... | 5 | pesetas. |
| *Cuadro de San Pedro.*—Por poner cola nueva al gallo.............................. | 2 | — |
| *Cuadro de la Pasión.*—Por poner colorete á las mejillas de la criada del pontífice Caifás. | 3 | — |
| *Cuadro de la Creación del Mundo.*—Por renovar el cielo, añadir dos estrellas, dorar el sol y limpiar la luna...................... | 7 | — |
| *Cuadro de David.*—Por poner una piedra en la honda.................................. | 1 | — |
| *Cuadro de Sansón.*—Por poner dientes á la quijada del asno........................ | 3 | — |

| | | |
|---|---|---|
| *Cuadro de Susana.*—Por la hoja de parra en salva la parte.............................. | 2 | pesetas. |
| *Cuadro de la Degollación del Baptista.*—Por acentuar las curvas de la bailarina Salomé.. | 5 | — |
| *Cuadro del Hijo Pródigo.*—Por remiendo de la camisa y limpia de los cerdos............. | 5 | — |
| *Cuadro de los Tres Mancebos.*—Por avivar las llamas del horno.......................... | 4 | — |
| TOTAL...................... | 37 | pesetas. |

(Firma y fecha.)

—Sí, señor—díjome el pintor á la conclusión de la lectura—; treinta y siete pesetas por hacer de veterinario, astrónomo, dentista, jurisconsulto, etc., etc. Pero tras ellas vendrán muchas más, porque quedan esperando turno los Reyes Magos para que les mude los mantos apolillados; la mujer de Putifar, que está muy averiada; la Magdalena, que si bien arrepentida, pide á gritos que le tiñan la cabellera, y otros por el estilo.

»Fuera de este percance, vivo tranquilo, ni envidiado ni envidioso, que es el sumo bien que desear se puede en una aldea.»

—¿Y cómo fué venir á establecerse aquí?—pregunté, á riesgo de ser indiscreto.

Á esta pregunta contestó el pintor:

—Soy natural de Plasencia, pero criado en Cuacos. Nací cesón, por lo que mi padre hubo de confiarme á una robusta aldeana de este pueblo, que había servido en casa. Cumplidos cinco años me devolvió á mi familia, y cada uno tomó por su lado: ella á vegetar á la aldea, y yo á estudiar, á hacerme hombre. Pasé á Cáceres y

luego á Madrid. Al cabo de los años, en ocasión que mis tutores me llamaron á Plasencia á que tomara posesión de una pequeña hacienda, hube de acordarme de mi nodriza de Cuacos. Vine á verla, y la encontré viuda, con la casita embargada y viviendo del escaso jornal de su único hijo. Alcé el embargo, pagué á la propietaria el prorrateo en venta, adquirí la finca, la mejoré, y en ella vine á instalarme al lado de mi vieja ama y de mi collazo, que lo es en la doble acepción de la palabra, porque es hermano mío de leche y mi mozo de labranza, que atiende á la huerta y á un campito que por ahí tengo. De este modo, ellos viven en su casa y yo en la que me destetaron.

—Pero—repuse—un joven del mérito y de las prendas de usted, ¿no echa de menos la vida de la ciudad, sus diversiones, sus placeres?...

—Este reparo me obliga á que le cuente un hecho trascendental de mi vida, un crimen que perpetré hace pocos años, y del que no me arrepiento.

—¿Esas tenemos?...—dije alarmado por esta revelación á boca de jarro—. ¿Y se vanagloria usted? ¿Ó será que se chancea?...

—No, señor—replicó el artista, imperturbable—; hablo en serio; pero usted me absolverá en oyéndome. Creo haberle dicho que estudié en Madrid. Gusté en la corte los placeres de la sociedad, y tuve, como es consiguiente, muchos amigos, buenos y malos, discretos é indiscretos, aunque esto es para sabido más tarde.

»Entre tantos, hubo dos que me dominaban; me tenían sugestionado. Eran mis inseparables desde que me levantaba hasta que me acostaba; en el teatro, en los salones, en todas partes.

»Ellos eran dos hermanos: hombre y mujer, de extraño parecido físico y moral. Él pertenecía á aquella clase de hombres delgados y pálidos ante los cuales se inclina el ánimo más intrépido; ella, por su desabrimiento y delgadez, era un verdadero esqueleto de tristezas.

»Más que harto, avergonzado de estos compañeros que por lo antipáticos hacían el vacío en mi alrededor, resolví deshacerme de ellos. ¿Pero, cómo? Nada más fácil que formar proyectos, la dificultad está en la ejecución. Yo no sabía por dónde empezar ni de qué medios valerme. Estos casos son muy frecuentes en la juventud. Queremos reñir con la novia, con un amigo, pero como no dan motivo para el rompimiento, los aguantamos y les ponemos risa de conejo.

»En estas vacilaciones, caí en la cuenta que donde me seguían de peor gana los hermanos era al campo, en las pocas veces que se me ocurría hacer una escapatoria de la ciudad. En consecuencia, menudeé las salidas para que me dejaran sólo. Pero no lo logré; porque comprendiendo ellos la influencia que sobre mí tenían y temerosos de perderla dejando que se enfriara el trato, resolvieron seguirme también, aunque á regañadientes, casi á rastras; tanto que, en ocasiones, quedábanse rezagados mientras yo corría campo travieso, como colegial en día de asueto.

»En estas giras mi salud iba ganando, cuanto la de ellos iba perdiendo. No había duda; la naturaleza de los dos hermanos estaba reñida con la luz y el oxígeno del campo. Entonces premedité un plan criminal: irlos matando á dosis de sol y de aire puro, como se mata á otros á dosis de atropina ó de arsénico; y como su terquedad en seguirme podía más que el instinto de conservación,

se prestaron á mis intenciones, aniquilándose de día en día, como plantas de estufa expuestas á la intemperie.

»Fué por entonces mi llamada á Plasencia y mi propósito de ir á Cuacos. Los hermanos se enfurecieron; quisieron á todo trance oponerse al viaje, pero yo que me sentí fuerte, arreglé la maleta y tomé el tren de Cáceres. En el andén de *Las Delicias* me encontré á la pareja, resuelta á acompañarme.

»Con esto, sobrevino la catástrofe. Viniendo los tres de Plasencia, al descubrir la Vera de la que ni el recuerdo me quedaba, quedé tan embelesado, que hube de hacer alto en el puerto para recrearme en el paisaje Y me senté en una piedra señoreando como un rey en su trono, el panorama circundante, dando la espalda á los dos hermanos aplanados en el suelo, y con el hipo de la agonía.

«Mas cuando volví la cabeza, ¡oh alegría!, les vi tiesos, inertes, muertos, como luces que apagó una ráfaga de aire.

»Me sentí feliz, doblemente feliz, aunque me delate como descorazonado y contumaz; porque me libraba á un tiempo de una amistad enojosa y de una sugestión invencible. Como Dios me dió á entender, cavé allí mismo una hoya y escondí los cadáveres siete pies bajo tierra. Hice una cruz con dos ramas de un árbol que como centinela se erguía en la cumbre, y en una astilla, grabé con el cortaplumas este epitafio:

*Yacen aquí el Fastidio y la Melancolía.*
*La Vida del Campo y el Aire de las Montañas*
*les mató.*

R. I. P.

»Desde esta hecha—concluyó diciendo el pintor—, me convertí en ratón campesino, me hice vecino de Cuacos. Voy á la ciudad para lo más necesario, á hacer compras, á darme un baño de cultura, pero devolviéndome en seguida á la aldea y á mi casa.»

Para quitarme el susto del cuerpo, el bueno del pintor hizo poner la mesa en el estudio y me convidó á almorzar. La vieja nodriza guisaba y su hijo hacía de ayuda de cámara.

Acabado de comer, di las gracias á mi huésped por su amable conferencia y fina invitación, y en la misma tarde dejé Cuacos para tomar la vuelta de Madrid, yendo á salir á la carretera de Extremadura...

* * *

Á todo esto, ¿qué fué de Mingote; qué de Gastón? No lo sé, porque los perdí de vista. ¿Quién pagaría la opípara cena de San Juan, en el soportal de la hostería? Esto mismo me preguntó la hostelera cuando pedí el caballo para irme, y yo apretado contesté metiendo mano al bolsillo y pagando el escote de ambos, según lo que á la mujer se le antojó pedir.





# CONCLUSIÓN

## I

## LA VUELTA Á MADRID

Saliendo del regazo de la sierra, ¡qué sensación tan distinta la que da la árida planicie!

Esa Mancha toledana—cuyos aledaños tocamos poco más allá de Talavera, pasado el Alberche—; esa llanura amplísima y despoblada, con su color ocre y con la leyenda cervantina que allí campea, es la doble personificación de la tierra y de la raza.

Todos los pueblos se parecen; pero estos viejos pueblos toledanos tienen algo que les diferencia de los demás. Guardan muchos recuerdos históricos en palacios, castillos é iglesias, pero no ofrecen nada grande y permanente del trabajo contemporáneo. *Talavera de la Reina* retrata en el Tajo la rota diadema de sus antiguos torreones, llora sus perdidas manufacturas de seda y apenas sostiene las de alfarería y loza ordinaria; *Maqueda* tiene destrozado su castillo, aunque ostenta con orgullo, en medio de la plaza, su ilustre *Rollo*, con cuatro leones por capitel; en *Torrijos* y en *Illescas* de la

Sagra, son casi recuerdos, respectivamente, el alcázar de Don Pedro el Cruel, y el en que vivió el prisionero de Pavía; injuriado por el tiempo, levanta sus desportillados torreones el castillo de *Escalona*, como ejecutoria de un marquesado...

Pocas son las casas que no luzcan escudos heráldicos en la portada; pero faltan los ilustres huéspedes de antaño, porque la miseria ó el absentismo les hicieron emigrar. Los pocos hidalgos que quedan, se van muriendo lentamente á la sombra del viejo solar, como el *perezoso* de los trópicos al pie del árbol, después de haberse comido todas las hojas.

Las poblaciones, pocas y desperdigadas, parecen caravanserrallos, hospederías en el desierto. Los que fueron campos de labrantío, son ahora dehesas ó pampas incultas. Distritos hay por los que se hacen dos y tres leguas de camino sin encontrar una sola casa habitada. Dicen que de esto tuvieron la culpa dos *Santas* y un *Honrado* (1); pero ¿quién la tiene ahora que sigue todo igual?

Estos campos de soledad, estos pueblos silenciosos, fueron un tiempo núcleos de población, centros fabriles donde florecieron el arte árabe y el comercio judío. No es importuno el recuerdo: como si perdurasen los odios de raza ó de religión, á las abluciones coránicas y al cordero pascual israelita han sucedido y permanecen, como ejecutorias de cristianos viejos, el horror al agua y el culto al cerdo.

Bien es verdad que á esto contribuyeron, además, la sequía del suelo y la poca ganadería del país.

---

(1) La Santa Inquisición, la Santa Hermandad y el Honrado Consejo de la Mesta.

## II

## LA RAZA PARDA

Mi viaje ecuestre termina en Navalcarnero, á cinco leguas de Madrid, en el camino de Extremadura.

Cansado de la monotonía y del polvo de la carretera, me detuve en aquel pueblo y al primer chalán que encontré le propuse en venta mi caballo. Ganoso de sacar siquiera lo que me había costado, hice al tratante el elogio del animal; ponderé su nobleza, su resistencia á la fatiga y aun creo que repetí la lección del gitano sobre la bondad de una mula; pero no valieron argumentos; hube de malvender el cuatrago, del que me despedí, como de un compañero, acariciándole y deseándole buena suerte.

Quien la tuvo buena fuí yo, encontrándome en la casa de postas con el «Anarquista de Valdeiglesias», ó sea el naturalista Scherer. Ambos, al vernos, nos reconocimos en seguida.

—¿Usted por estos trigos, Scherer?—le dije—. ¿Encontró al fin el desorio de los ventisqueros? ¿Se vengó del sacristán? ¿Vió usted á la partiquina? Y de la reclamación ante el cónsul, ¿qué?

Á este chaparrón de preguntas, el tirolés se tapó los oídos y luego fué dándome cumplida respuesta.

—Vamos por orden—contestó—. El endoso que usted me hizo de la Carmencita, fué un presente griego. Madre é hija me recibieron en palmas, pero en menos de tres días se me llevaron una mensualidad universitaria en cenas y regalos. Aligerados los bolsillos, me acordé que era naturalista y fuí á ver al cónsul, al que pedí

un adelanto sobre mi consignación y enteré del desaguisado de los civiles. La reparación fué completa; no ya el gobernador, sino el ministro de Gobernación, dióme mil excusas y me proveyó de un pasaporte especial, con instrucciones á los cabos de puesto para que me atendieran y auxiliaran en mis pesquisas. Con esto volví á Valdeiglesias. Comprendiendo que sería perder el tiempo hablar al cura del sacristán, perdoné al chupacirios y me encaminé á Guisando, reconstruyendo la escena tal como me sorprendieron los guardias la vez primera. En efecto, no tardaron éstos en presentarse á pedirme los documentos, á cuyo tiempo tuve la satisfacción de restregarle al cabo por las narices el pasaporte ministerial.—¡Oh transformación!; la pareja me saludó militarmente y manifestó ponerse á mis órdenes.—Di las gracias, pero no quise abusar: me contenté con aceptar un piscolabis con que me obsequiaron en la caseta del puesto. El cabo, sin embargo, quiso congraciarse conmigo y, al efecto, en un rato que picaba el sol y yo estaba descansando, se echó afuera con mi manga de cazar insectos, y me trajo considerable número de éstos. Agradecí el obsequio, pero como eran bichos vulgares, los tiré al suelo, procurándome el gustazo de oir á las mujeres de los guardias dar saltos y chillidos y arremangarse las faldas ante aquella derrama de gusanos y escarabajos.

«Satisfecho con esta pequeña venganza, dejé Guisando y erré muchos días por los altos del Guadarrama en busca de mi desorio; pero como la nieve iba faltando, desistí de mi exploración y no sé cómo he venido á caer á este pueblo de Navalcarnero, del que pienso salir hoy mismo para Madrid en la diligencia.»

—Pues haremos el viaje juntos—díjele al final de su perorata—, si es que hay plaza en el coche.

No solamente había lugar disponible, sí que también sobrante. Con tanta pena del ordinario, como alegría nuestra, Scherer y yo éramos los únicos pasajeros que la diligencia llevaba á Madrid. Así, pues, corrimos la posta holgadamente, y pudimos hablar largo y tendido.

Como antes yo, al desembocar en la Mancha, y como todos los que viniendo de fuera se van acercando á Madrid, el tirolés se lamentaba de la aridez del paisaje.

—¡Oh, la estepa castellana!—decía—. ¡Qué triste, qué árida!

—La llanura castellana, señor Scherer—hube de decirle—, aunque parezca una estepa á primera vista, no es absolutamente triste cuando se anda por ella. Es, sí, de paisaje uniforme: una sábana de tierra de pan llevar, hasta una pequeña loma; en la loma, una hendidura, por la que baja un arroyo por entre adelfas, retamas y zarzamoras; el agua, ahondando la cañada pedregosa, erizada de cañas y juncos; en los secales, el tomillo, el espliego y el romero, bajo cuyas matas se ocultan conejos ó perdices, y á las pocas leguas, la montaña pelada ó erizada de encinas ó carrascos.

—No me convence usted—me respondió Scherer—. He viajado mucho; he visto las pampas de Buenos Aires, los llanos del Chaco y de Mojos, sitios que bien puede decirse tienen la poesía de la extensión. Pero aquí no la veo. Además, la brusca transición del llano á la montaña y de la montaña al llano, da al agro ibérico un tinte marcadamente gris, que se acentúa más y más, con el otro corte brusco y repentino entre el mundo y la soledad. La aparición de Madrid al extremo de

la planicie desierta—porque ni Alcorcón ni Móstoles valen la pena de tenerse en cuenta—, reviste á la capital de un colorido esencialmente pardo.

—Vaya, Scherer, dígalo de una vez; repita aquello de que «Madrid es el pueblo más grande de la Mancha».

—No, por cierto; Madrid es una creación portentosa de la civilización contemporánea, y lo parece más, por el contraste de sus alrededores. Pero esto se ve cuando se está adentro; vista desde afuera, sobre todo entre el polvo de la carretera, la ciudad, repito, se presenta con colorido terroso, y esta impresión de color es la dominante en todos los pueblos de la meseta castellana. Ese tono de color, ó porque persiste en la retina ó porque es en realidad, me hace llamar á estos llaneros la *raza parda.*

—Amigo Scherer; paréceme que fuerza usted la nota y generaliza demasiado «pardamente», á mi juicio.

—Pudiera ser; pero no exageraré tanto, cuando ustedes mismos llaman «El Pardo» á las doce leguas de monte donde está emplazado el real sitio de este nombre; lo cual prueba que las espesas arboledas que crecían al pie de Madrid en tiempo que era candidato á capital de la nación, no amenguaron esa impresión de color á que me refiero. Pero lo que justifica mi título de *raza parda,* entre otras cosas, es la afición de estos llaneros á vestirse de pardo, y, en general, de color obscüro. No se ve entre ellos aquella algarabía de colores en indumentaria que tan agradable hace la perspectiva de los pueblos del norte, del sur ó de levante; son pocos los que visten de blanco, ó de encarnado ó de verde, y los que lo hacen es por moda y no porque les salga de adentro. El negro ó el pardusco son los co-

lores favoritos suyos, como lo fueron de los hidalgos de ropilla y manto. De los campesinos no se diga, ¿no les llaman ustedes pardillos ó pardales por el color de su indumentaria?

—Esto se debe sencillamente, amigo Scherer, no á la afición, sino á que la lana de que se hacen las capas, anguarinas, calzones, etc., de los labriegos castellanos, es parda, por ser éste el color de los borregos de que se saca. Es tela sin teñir, por ser esto en la industria casera, y aun en la industria primitiva, más barato. No han escogido este color; se lo da la materia misma. No es, pues, asunto de psicología, sino de economía.

—Sea—concedió Scherer—; y puesto que habla de psicología, voy á este terreno. No me negará usted la gravedad castellana. Es el orgullo nacional y de ella se hacen lenguas los extranjeros. Los dos rasgos característicos de esta gravedad son el estoicismo y el buen sentido. Los castellanos son estoicos, graves de carácter; son la gente más sobria, más morigerada y más timorata de Europa; no abusan de nada, ni del placer, ni del trabajo, ni del pensamiento. El pardo es el color de la moderación y también del cerebro.

—Amigo mío, esa gravedad, ese estoicismo son circunstanciales; fueron impuestos á rebencazos. Prueba de que hasta el buen sentido nos faltaba, es que nuestros aventureros del siglo XV andaban buscando en La Florida la *flor del Buen sentido*, una flor fosforescente que irradiaba de noche la luz solar de que estaban impregnadas sus hojas, á manera de rocío.

—Eso se cuenta—repuso Scherer—; pero lo admirable es que cuando lo andabais buscando en América, dióse de repente en España como una mimosa en el pan-

tano de la Inquisición. De esta hecha vino la fiebre nacional del Buen sentido: esto es, los españoles os acostumbrasteis á disfrazar ideas y emociones, os volvisteis recelosos y desconfiados... Creo que no se molestará usted con estas manifestaciones.

—Nada de eso, señor Scherer; cada nación carga con su sambenito: los italianos, avaros; los alemanes, soñadores; los franceses, frívolos; los ingleses, excéntricos; los turcos, celosos; los españoles, devotos y además cazurros, según usted. A bien que no le falta razón, porque nuestra sabiduría popular da por el mejor código de sapiencia, «la Gramática parda»; y ahora soy yo el que pardeo.

—Sí, pardeemos—replicó el tirolés alegremente, señalándome la muestra de un parador, que decía: «Al buen pardillo de la tierra», y en el que hizo alto la diligencia para refrescar el tiro.

Bajamos del coche; en una mesa del andito tomamos un vaso del tinto, acompañado de aceitunas; convidamos al mayoral y al postillón, y á los pocos minutos volvimos á correr la posta y á anudar nuestra conversación. Pero antes que empezáramos á hablar, nuestros compañeros del pescante, animados por las agujetas en vino que les diéramos en el descanso, preludiaron uno de estos aires flamencos, tristes y acansinados, desleídos en ayes y jipíos.

—*¡Ay!... ¡Ay!... ¡¡¡Ay!!!...*—salmodiaba el postillón, en tanto que el mayoral hacía restallar la fusta para que las mulas no cambiaran de paso.

—¿Qué le dolerá á este hombre que así se queja?—dijo Scherer.

—No se queja—respondí—; canta, ó va á cantar una *soleá*.

—Ya lo sé—replicó Scherer—; no es la primera vez que oigo estos cantes andaluces, que llevan el nombre cambiado.

—¿Cambiado, dice usted?

—¿Acaso no es un contrasentido llamar *andaluz*, nombre que es todo sol y alegría, á un canto triste, cuyo asunto es el llorar, mejor que cantar? He observado que vuestros aires nacionales son, ó descompasadamente alegres, ó profundamente tristes; de ordinario, melancólicos. Ya sé que el cante flamenco no es el genuinamente español; pero como se ha convertido en motivo de espectáculo público, los «cantaores» y «cantaoras» de los cafés cantantes le han dado patente nacional. En lo demás, la verdadera música española es vaga, melancólica, incolora, «parda», casi moruna. De ahí que Bizet instrumentara su *Carmen*, ópera tan española, con aires populares argelinos. No hay que atribuir á los gitanos, á los *flamencos*, el origen de esta melopea española, sino á los árabes, ó á sus sucesores, los moros. Los españoles tenéis más levadura árabe de lo que se os imagina.

—Esta es la opinión de los extranjeros, que pueden juzgarnos mejor que nosotros mismos; por mi parte la suscribo.

—Vuestro atavismo moruno es innegable—siguió diciendo Scherer, animado por mi asentimiento—. La toma de Granada señala una era nueva en el carácter castellano. Llamáis «Reconquista» lo que es precisamente el principio de una gestación nacional, la amalgama de la sangre goda con la árabe. Tal como Grecia se vengó de Roma inoculando á ésta sus vicios, tal los moros se vengaron de los castellanos pasándoles los suyos, y el primero de todos el fanatismo religioso.

—No sé á qué viene esto—argüí—, cuando desde un principio los españoles lucharon por su independencia bajo el lábaro de la Cruz. Caballeros moros y caballeros cristianos luchaban por su fe y por su honor militar.

—Pues yo le mostraré las diferencias que se operaron en la Religión y en la Milicia españolas á partir de la época indicada—contestó Scherer—. Al término de la Reconquista, el brioso temple del español se empleó en sostener categórica y resueltamente el dogma católico: el fervor religioso se convirtió en fanatismo; la natural propagación de la fe, en persecución. Á veces coexistían estos elementos y entonces era de ver el contraste de lo novísimo con lo antiguo: Torquemada quemando judíos y Las Casas abogando por los amerindos; Talavera aprendiendo el árabe para hacerse entender de los vencidos granadinos, y Cisneros haciendo auto de fe de los manuscritos arábigos en la plaza de Bibarrambla; los místicos delirando de amor divino, y los inquisidores de cólera.

«El poder eclesiástico de acuerdo con la potestad civil, aplicó la ley marcial á los enemigos del dogma, y el pueblo se aficionó á las expiaciones religiosas. De ahí esa religión espantable, *á la española* como decimos los extranjeros, que aun perdura en procesiones y romerías, con el espectáculo de penitentes que se flagelan en torno de imágenes patibularias y que arrastran pesadas cruces, como esas que se ven en las cimas de algunos montes ó en los patios de muchas casas lugareñas.

—Amigo Scherer—dije—, yo creo que esto no debe referirse á españolería, sino á una religión que es todo dolor y sacrificio.

—Y que los españoles se empeñan en adolorir más

todavía—replicó el tirolés—. Vea usted si no la diferencia de pueblo á pueblo, en representar la *Pasión*, el episodio más trágico del Cristianismo. La Semana Santa de Sevilla, á pesar del lujo de pasos y cofradías, parece una procesión penitencial, debido á los encapuchados que simulan fantasmas, á las *saetas* de los cantores y á las doloridas imágenes que van en andas. La Semana Santa de Sevilla no es triste del todo; pero la de Toledo, sí. En su Viernes Santo revive la España penitencial, gimiendo bajo el peso de la Cruz y de lúgubres ropones. Pues comparemos estas escenas con la *Pasión de Jesucristo*, de Oberamengan.

«Oberamengan es un modesto pueblo de Baviera, á seis horas de Munich, donde se representan cada diez años los dolores del Mesías. Como he visto el espectáculo, puedo describirlo. La representación se verifica en un vasto escenario; los espectadores, en número de ocho ó diez mil, permanecen á la intemperie durante doce horas largas que aquélla dura, y que sólo se interrumpe para que coma la gente. La Pasión se divide en tres partes principales, que se subdividen á su vez en diez y siete cuadros al vivo. Los trajes son riquísimos y de una exactitud histórica maravillosa. Durante la representación un coro de cantores entona aires de Mendelssohn y otros sinfonistas. El espectáculo, la función, ó como quiera llamarse, deja en el alma profunda impresión, pero no ciertamente de congoja; algo por el estilo de lo que se experimenta en el «drama sacro de La Asunción» en Elche, que siendo usted español ya conocerá (1).

---

(1) He aquí algunos detalles sobre esta extraña fiesta religiosa. Comienza con la *alborada*, la noche del 13 de Agosto, en los te-

—Esto le probará á usted—contesté—que la religiosidad española no es triste en absoluto.

—Pues á mí me lo parece; porque funciones sacras, como la de Elche, son una excepción en España desde que cesaron de representarse los Autos sacramentales, en tanto que en el extranjero menudean para solaz de almas sencillas y fervorosas. Hasta en una aldea inglesa del Worcesterhire se representan episodios de La Pasión, en los que intervienen unas cincuenta personas, entre niños, adultos y ancianos, haciendo el cura del pueblo el papel de Jesucristo. ¿Cuándo un cura español se prestaría á hacer lo mismo? Entre vosotros, el cura es siempre el «sacerdote», el representante de una

---

rrados de todas las casas de Elche, comiendo sandías y disparando cohetes, y acaba el día 15 por la tarde, con la coronación de la Virgen en la iglesia parroquial de Santa María, un templo hermoso y espaciosísimo, que en estos días pierde su fisonomía especial y se transforma por completo. En el centro de la cruz latina que representa el plano de la iglesia, se coloca un extenso tablado con más escotillones que el escenario de un teatro en que se representan comedias de magia. El drama religioso que se representa es sencillo y á la vez grandioso, siendo de ver el efecto que produce en el público; que hace de la Iglesia su casa durante cuarenta y ocho horas, que aplaude como en un teatro, que come racimos de rico moscatel y reza; que se arrodilla lleno de humildad y conquista á cachetes un buen sitio; que oye con embeleso las armonías de los ángeles y procura olvidar el calor bebiendo horchata; que mira á la Virgen postrada en frente de la Cruz pidiendo afanosa la dicha inefable de poder estar junto al hijo querido; el Ángel que desciende del cielo sobre dorada nube para anunciar á María que sus deseos se verán satisfechos y entregarla la bendecida palma; los Apóstoles congregados en torno del cuerpo de la madre de Dios; el entierro; la resurrección gloriosa y la ascensión al cielo entre coro de serafines, armonías de órgano y nubes de incienso.

casta. Ese eclesiástico cervantino que acrimina á los duques porque dan vaya al hidalgo, al que llama *don Tonto*, es la personificación del clero nacional. En la época de Cervantes era, además, el delegado teocrático en palacios, consejos y campamentos. Á su espalda se veía la sombra del Santo Tribunal; bien así como detrás del delegado de la Convención, proyectaba la suya el Comité de Salud Pública. ¿Cuándo un rey de España se atrevería á decir á un obispo, lo que Luis de Baviera al prelado que le reprendía por sus amores con Lola Montes:

*Bleibs du mit deiner stola*
*und lass mir meiner Lola?* (1)

—¿Olvida usted, señor Scherer, aquellas valientes palabras que el Romancero pone en labios del Cid, encarándose con un prelado:

*Llevad vos la capa al coro;*
*yo el pendón á la frontera?*

—Esto le demostrará á usted—repuso el tirolés, sin desconcertarse—el cambio operado en el carácter castellano, á que antes me refería. Don Quijote, que á vivir en los tiempos del Cid hubiera envidado al clérigo con iguales palabras, se sulfura, tiembla de ira, pero todo se le va en sutilezas y vana palabrería.

»Con esto vengo al terreno de la milicia. La generosidad y nobleza del antiguo caballero español cede á la rienda invisible de un poder oculto: la teocracia. Es hermoso, es épico el espectáculo de aquellos arzobispos de Toledo que acaudillaban mesnadas contra la mo-

---

(1) *Guárdate tu estola, y á mí déjame mi Lola.*

risma, montados en mula y llevando al frente el guión prelacial; como el del otro paladín que clavaba el *Ave María* á las puertas de Granada; pero es sombría la tragedia de Cajamarca, que se inicia con el «*¡blasfemante!*» del padre Valverde; y la rendición de México, que remata con la quema de Guatimocín, suplicio indigno de los castellanos y del héroe azteca, que si mereció la muerte, pudo hacérsele morir como guerrero, no como un hereje vulgar. Las pavesas de esta hoguera manchan de tizne vuestra epopeya indiana, como el humo de las hogueras de Flandes empaña la gloria militar de vuestro *Duque de Hierro*.

—¿Es usted también de los que miran las glorias españolas con criterio protestante, al través del prisma ahumado del sectarismo religioso?

—No por cierto, porque soy también católico. Tanto polvo de grandeza cubre las manchas de vuestra historia, que no es posible no olvidemos faltas y no perdonemos extravíos para reconocer el alma de un gran pueblo; pero visto desde el extranjero, se atisba un no sé qué que hace parpadear el sol de la gloria española. Soy hispanófilo, conozco vuestro *Siglo de oro;* pues bien, en los grandes escritores y pintores que florecieron en tal tiempo, veo algo indefinible, algo así como un matiz grisáceo que entenebrece sus obras.

—¿Cómo—repuse medio indignado—; grises Garcilaso, Quevedo, Cervantes? ¿Grises Velázquez, Murillo y Zurbarán? Señor Scherer, repito que abusa usted de la nota parda.

—Diré lo que pienso. En vuestros grandes artistas se adivina la característica del tiempo en que vivieron: el sobresalto de ánimo de quien teme persecución ó

censura. Léanse despacio vuestros clásicos: hipógrifos violentos se disparan en alas de la imaginación, para pararse en seco ó tergiversar el curso de sus lucubraciones, como si una mano oculta los sofrenara. Esto donde se ve á vista de ojos, es en los autógrafos venerables conservados en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional. No hay página sin tachas ó enmiendas; el tizón de la censura es la antorcha siniestra que preside el parto de los ingenios españoles y quien les inspira la fórmula aquella entre altanera y quejumbrosa «*Con caridad y suficiencia*», mediante la cual impetran la aprobación de sus libros.

»Hasta en las obras más desenvueltas, más naturalistas, como se dice ahora, se ve el tira y afloja, las excusas y protestas de quien se siente vigilado y teme. Con este pie forzado, Cervantes escribió su Don Quijote. Por cierto, que es donosa su manera de tocar en este libro el asunto de la expulsión de los moriscos. ¿Recuerda usted la ironía con que reprueba y pide al mismo tiempo la *libertad de conciencia?* (1).

» Pasajes así abundan en los clásicos españoles, por donde éstos si no resultan tristes de remate, parecen tristones, porque se muestran serenos y resignados.

---

(1) «*Fué inspiración divina — hace decir á Ricote — la que movió á »su magestad á poner en efecto tan gallarda resolución, no porque to- »dos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verda- »deros; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo »eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos »dentro de casa. Finalmente con justa razon fuimos castigados con la »pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nues- »tro la más terrible que se nos podia dar... Pasé á Italia, llegué a Ale- »mania, y alli me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque »sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como »quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de concien- »cia.*» (Parte II, Cap. 54.)

»*Pintura española*—siguió diciendo Scherer, imperturbable como abogado que dice su alegato—. Color preferido de los pintores españoles ha sido el pardo, barniz de los pucheros de la tierra. Para Velázquez era el color de la vida, de la verdad; para Murillo, el de la idealidad, de la unción. Sólo por clasicismo, el último pintó rubia á su *Concepción*, como El Ticiano á *Venus* y Rubens á *Eva*. Hasta el Greco es gris, siquiera sus grises sean azuleantes cárdenos, casi purpúreos. De Zurbarán, de Juan de Juanes, no se diga.

—¿Y Goya, y Fortuny?—interrumpí.

—Estos intentaron colorear con toques alegres la pintura española, pero no consiguieron formar escuela nacional. Ahora mismo, Zuloaga se impone á Sorolla. La impresión de las salas españolas en el Museo del Prado, tal vez porque el tiempo haya atenuado matices más brillantes, es esencialmente gris. Por ésto, el cuadro que llama más la atención en la galería de retratos, ¿sabe usted cuál es?: el «*Felipe Segundo*» de Pantoja, el Rey de la Raza parda...

* * *

*Fi... fi... fi...*—silbó á este punto el ferrocarril de Villa del Prado corriendo por la cañada, paralelamente á nosotros—. Tantos eran los pitidos y tan estridentes, que desconcertaron á Scherer y le hicieron callar. ¿Serían para subrayar la crítica del tirolés, ó en señal de protesta contra la nota parda?

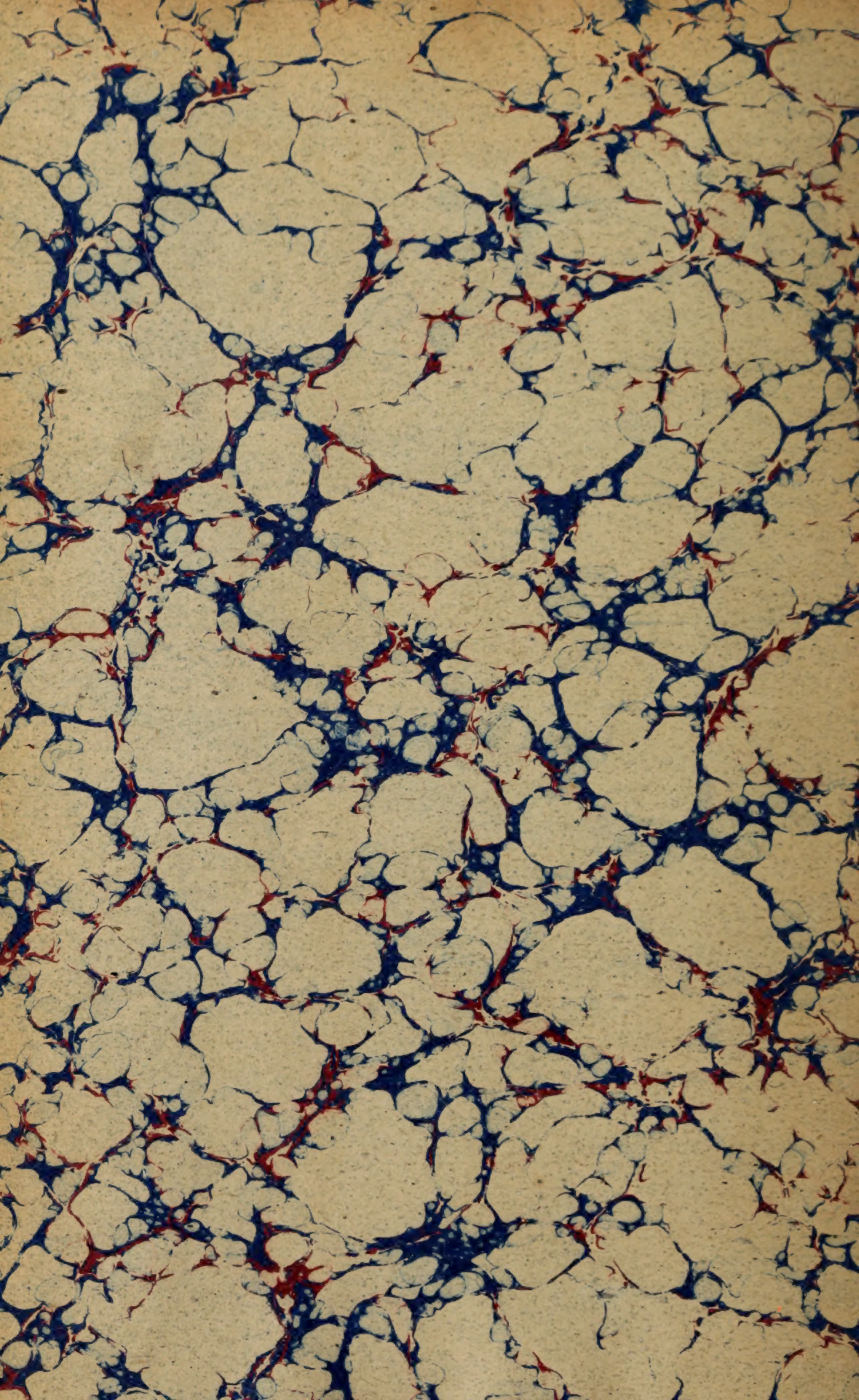
A i lettori l'ardua sentenza.

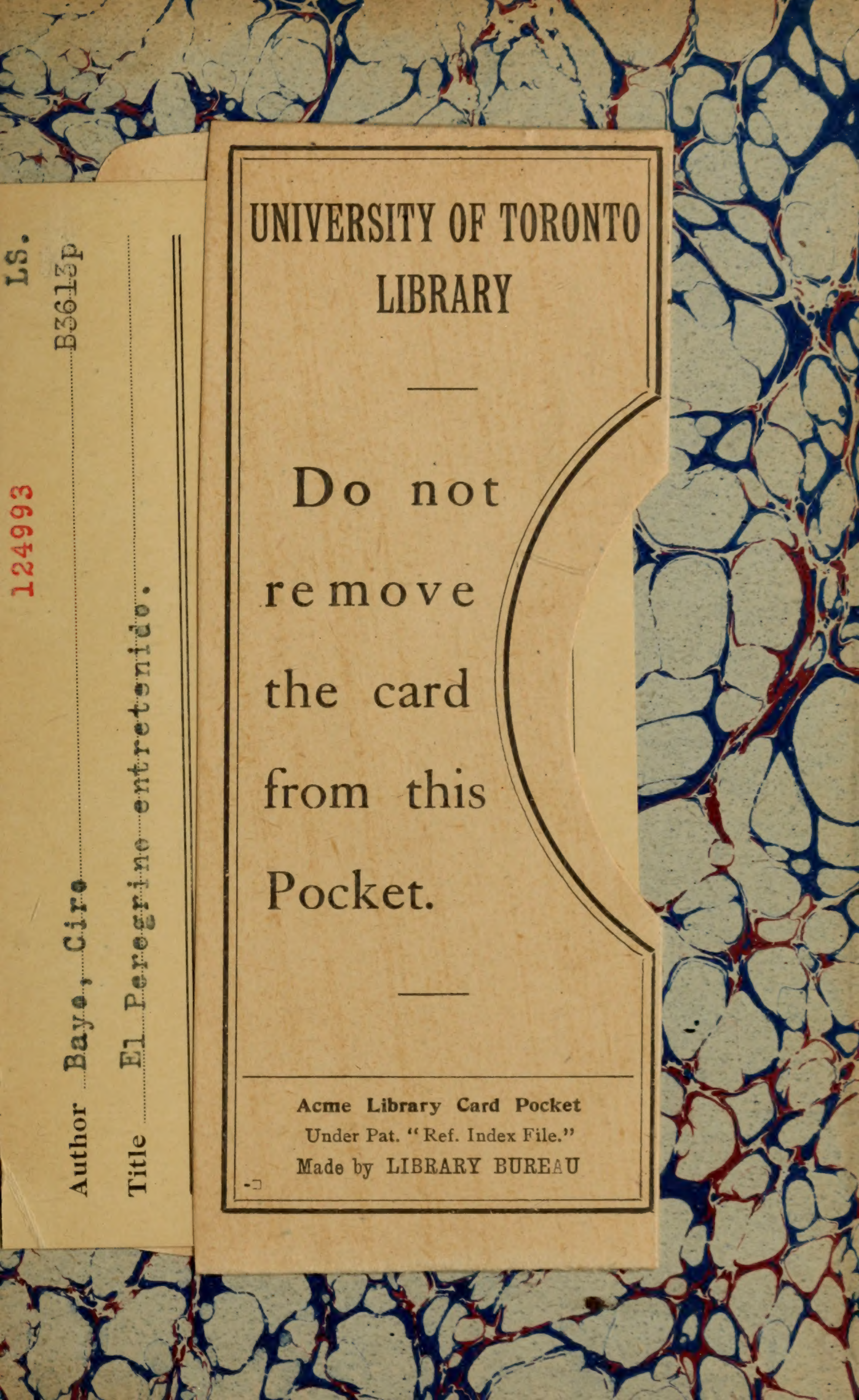
FIN



# ÍNDICE






LS.
B3613p
124993
Author Baye, Ciro
Title El Peregrino entretenido.
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

